

# el programa comunista

---

**ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL**

---

## EN ESTE NÚMERO

- **Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino para futuras guerras en Europa y en todo el mundo** **1**
- **Porqué Rusia no es socialista** **13**  
(de *Le Prolétaire*, nºs 75-84, 1970)
- **La guerra de España (4)** **29**
  - El programa agrario de las organizaciones obreras en la Guerra Civil (1936-1939) 29
  - El proletariado industrial 41
- **Oriente Medio:** **54**
  - Los actos terroristas, hoy de Hamás, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras palestinas, no pondrán fin a la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de todo Oriente Medio, Europa y el mundo, está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países! 54
  - De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente Medio en los últimos cien años, no se sale con el nacionalismo, sino con la lucha por la revolución proletaria y comunista 57

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.



# UCRANIA

## Una guerra que sigue allanando el camino para futuras guerras en Europa y en todo el mundo.

(«Il Comunista»; n° 173; abril-junio 2022)

Han pasado más de tres meses desde el inicio de una guerra de rapiña que están librando la potencia imperialista más cercana e interesada -Rusia- y la potencia regional, Ucrania, apoyada política, económica y militarmente por los imperialismos occidentales -Estados Unidos a la cabeza, asociado al Reino Unido, Alemania, Francia e Italia-, provocando una nueva masacre de proletarios, ucranianos y rusos, con el único fin de defender y/o repartirse un territorio estratégico hinchado de recursos energéticos y alimentarios.

Nuestra posición sobre quién es el agresor y quién es el agredido es bien conocida. La guerra burguesa en la fase imperialista del capitalismo es siempre una guerra de expolio, no importa quién disparó el primer tiro. La política burguesa, que es siempre una política de defensa de los intereses del capitalismo nacional y de explotación de su proletariado, en el desarrollo de los contrastes interestatales y de la competencia internacional, no puede sino convertirse en guerra burguesa, cuya caracterización imperialista viene dada por la implicación directa de las potencias imperialistas para ampliar sus zonas de influencia y los mercados para sus mercancías y capitales. No cabe duda de que sigue siendo válida la famosa afirmación del general prusiano von Clausewitz: *la guerra es la continuación de la política por otros medios, por medios militares*, precisamente. Y, puesto que la guerra implica siempre el enfrentamiento entre dos ejércitos opuestos, o entre dos bloques armados uno contra otro, significa que la política llevada a cabo hasta ese momento por los respectivos gobiernos no ha logrado resolver las disputas surgidas en la guerra permanente de competencia en la que vive el capitalismo «bajo todo cielo»; significa que la política llevada a cabo en el período de paz imperialista que precede al período de guerra imperialista *es una política de guerra y no de paz*. Una guerra de competencia, ciertamente, pero también una guerra que cada burguesía dirige sistemáticamente contra su propio proletariado porque tiene que doblegarlo a las exigencias del capitalismo al que representa y de cuyos beneficios disfruta en exclusiva, preparándolo -a través de los diversos medios políticos a su alcance, desde la represión a la colaboración de clases- para que se doblegue a las exigencias de la guerra articulada sobre

diversos frentes. Sí, porque no sólo para los marxistas, para Lenin y para todos los comunistas revolucionarios de todas las épocas, el capitalismo conduce inevitablemente a la guerra; también para la burguesía rige la misma perspectiva, y es por esta razón que todo Estado tiende a armarse de manera cada vez más avanzada y poderosa. Toda burguesía sabe que llegará el momento en que la guerra de competencia se convierta en guerra militar. Las crisis económicas de superproducción que caracterizan el desarrollo del capitalismo nos enseñan exactamente esto: los mercados, habiendo alcanzado un cierto límite, ya no pueden transformar las mercancías en dinero y ya no pueden ser rentables para el capital excedente. El capitalismo y su híper desarrollada producción de mercancías entra en crisis, tiene que liberar mercados para las mercancías y, por tanto, eleva la competencia entre empresas y entre Estados al nivel de la confrontación política y, por tanto, militar. La guerra y la destrucción que la caracteriza es la única solución política que adopta la burguesía para superar la crisis de sobreproducción; pero para la guerra cada burguesía necesita disciplinar a su proletariado que, al mismo tiempo, representa tanto una cantidad de fuerza de trabajo inutilizable por el capital en crisis, como un ejército de soldados que debe luchar en defensa del poder burgués. Y siempre que no se formen tendencias clasistas y revolucionarias en el proletariado, la burguesía de cada país tendrá más fácil engañarlo, desviarlo y canalizarlo hacia sus tropas de defensa nacional e imperialista. Los proletarios, de esclavos asalariados en las galeras capitalistas, se transforman así en carne de cañón en beneficio de Su Majestad el Capital.

Siempre ha habido movimientos pacifistas que creen, y siguen engañándose, que los mismos gobernantes que desarrollan su política hasta la guerra pueden detenerla antes o después después de que haya estallado, volviendo a las negociaciones de «paz» en las que se pueda encontrar un compromiso satisfactorio para ambas partes beligerantes. El hecho es que la política burguesa siempre está hecha de compromisos, porque es esencialmente una política de intercambios mercantiles, de chantaje, de actos de fuerza, de trampas distribuidas a lo largo de cada vía diplomática,

de *quid pro quo* que normalmente, en las «negociaciones», recompensan al más fuerte, al más equipado económica y militarmente. Pero hay situaciones -y los conflictos interimperialistas las generan continuamente- en las que la guerra no es decisiva, sino que se convierte en la norma, en las que puede haber periodos de baja, alta o muy alta intensidad, pero siempre es guerra. Basta pensar en el conflicto palestino-israelí, en una tierra en la que ni los imperialismos vencedores de la Segunda Guerra Mundial, ni la nación judía, ni la nación palestina, han conseguido nunca resolver el problema de un arreglo nacional que satisfaga a los dos pueblos; o en los conflictos que ven al pueblo kurdo sistemáticamente agredido por los turcos más que por los sirios, por los iraquíes más que por los iraníes, con el único fin de arrancarles el control de las montañas y valles del Kurdistán (ricos en recursos energéticos y minerales y en tierras fértiles para la producción de cereales). Y cuanto más se interesan las potencias imperialistas por estos conflictos, más se prolongan, enconándose en matanzas mutuas y continuas sin posibilidad de solución en beneficio de los pueblos implicados, pero manteniendo abierta la perspectiva de la opresión permanente o del genocidio. La verdadera solución no está en manos de las potencias imperialistas, que viven de la opresión de los pueblos y naciones más débiles, sino en manos del movimiento proletario y de su lucha de clases, cuyo objetivo histórico es el derrocamiento de todo poder burgués y de todo Estado burgués mediante la revolución, es decir, la guerra de clases, la única guerra que puede poner fin -venciendo internacionalmente- a toda guerra burguesa e imperialista.

### LOS PRIMEROS 100 DÍAS DE GUERRA EN UCRANIA

La guerra de rapiña ruso-ucraniana, por el hecho mismo de que, además de los dos países implicados, también ha involucrado directamente a otros Estados, Estados Unidos y la Unión Europea, e indirectamente a China, India, Turquía, no es una guerra local, aunque sólo tenga lugar en territorio ucraniano, sino que es una fase de una guerra de dimensiones globales que se avecina. Lo que está en juego no son simplemente cuestiones territoriales y «fronterizas» entre Ucrania y Rusia, sino cuestiones mucho más amplias: materias primas para la energía y la alimentación, como el gas, el petróleo y los cereales; zonas estratégicas para Rusia en lo que respecta al control de determinadas rutas comerciales marítimas y terrestres; el dominio político y militar de zonas geopolíticas sobre las que las potencias enfrentadas insisten directamente (desde el Mar Negro hasta el Mediterráneo oriental, y a lo largo de toda la bisagra europea que va desde el Mar de Barents y el Báltico hasta el Mar Negro a lo largo de 4.800 km) y en la que, desde el colapso de la URSS, la alianza militar euroatlántica, la OTAN, se ha instalado progresivamente, con el objetivo de incluir también a Ucrania (y Georgia), amenazando a Rusia con sus propios misiles no desde lejos, sino a unas decenas de kilóme-

tros. Era inevitable que esto elevara considerablemente el nivel de las tensiones con Rusia. Ya desde la explosión de la URSS, los países de Europa del Este, desde los Estados bálticos hasta Bulgaria, con la excepción de Bielorrusia y Ucrania, se incorporaron a la OTAN en cinco años, de 1999 a 2004. Y es bien conocido el hecho de que la OTAN se creó con una función expresamente antirrusa, y a instancias de Estados Unidos. Pero lo que hay que subrayar es el hecho de que los 30 países que hoy son miembros de la OTAN son, a excepción de Estados Unidos y Turquía, todos europeos. Esto no significa que en cada guerra en la que esté implicado un país de la OTAN, se mueva toda la alianza militar. Por ejemplo, en 1982 tuvo lugar la guerra entre Argentina y el Reino Unido por las Malvinas-Falkland, aparte del apoyo político de Estados Unidos al Reino Unido, que se desarrolló y terminó mediante el enfrentamiento militar anglo-argentino; pero este enfrentamiento tuvo lugar lejos de Europa y de sus fronteras inmediatas, donde, en cambio, como en el caso de las guerras en la antigua Yugoslavia de 1991 a 2001, la intervención militar de las fuerzas de la OTAN fue muy fuerte, o en el caso de la guerra que la OTAN desencadenó contra la Libia de Gadafi en 2011. Por no hablar de la guerra desatada por una coalición de países del Occidente democrático contra el Irak de Saddam Husein que había invadido Kuwait (1990-1991) o la guerra contra la Siria de Bashar al Assad (apoyada por Rusia, Irán e incluso China) llevada a cabo por fuerzas rebeldes sirias apoyadas, a su vez, por una coalición internacional liderada por Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Alemania, etc.

Hasta ahora, las grandes potencias aliadas en la OTAN, o en todo caso Occidente encabezado por Estados Unidos, han librado y apoyado guerras contra pequeñas naciones (Serbia, Irak, Libia, Siria, etc.), guerras en las que se mantuvieron bien lejos de atacar directamente a la gran potencia militar y nuclear adversaria, Rusia. La actual guerra ruso-ucraniana, a diferencia de las guerras yugoslavas, ha visto a Rusia como protagonista directa, mientras que Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia y los demás aliados de la OTAN han declarado desde el principio su intención de no implicarse directamente, pero han garantizado su apoyo económico, financiero, político a Ucrania comprometiéndose a enviar enormes cantidades de armas para que el ejército ucraniano, que ya había sido abundantemente abastecido con todo tipo de armamento por los países de la OTAN durante años, pudiera apoyar una guerra en nombre de la OTAN y del Occidente «democrático» contra Rusia. Esta guerra, no sólo para Rusia, sino también para EE.UU. y sus aliados, estaba planeada e iba a quedar circunscrita únicamente a Ucrania. Las cancillerías occidentales sabían perfectamente que Rusia, después de acumular más de 100.000 soldados en las fronteras con Ucrania y después de apoyar a los prorrusos en el Donbass en una guerra de ocho años de baja «intensidad», decidiría cruzar las fronteras ucranianas con sus propios tanques. El designio ruso estaba claro desde el principio:

añadir a Crimea, anexionada en 2014, toda la franja costera del mar de Azov garantizando la continuidad territorial entre Crimea y Donbass, apoderándose así de todo el territorio del sureste, partiendo Ucrania en dos -un poco como había ocurrido en la guerra de Corea en 1950- y, sobre la base de esta partición territorial, impedir que Ucrania entrara en la OTAN.

¿Podrían las potencias occidentales haber impedido que Rusia llevara a cabo este designio? No, porque habría significado entrar en guerra con sus propias tropas contra las tropas rusas y, por tanto, desencadenar al momento la Tercera Guerra Mundial. Habría significado movilizar a cientos de miles de soldados que se sumarían a los doscientos mil del ejército ucraniano para ocupar militarmente Ucrania e invadir Bielorrusia, que es la avanzada occidental aliada de Moscú. Pero antes de movilizar las fuerzas de la OTAN contra Rusia, Estados Unidos debería haber tenido la certeza de que los países europeos se inmolaban en una guerra mundial, con el riesgo de que se convirtiera en una guerra nuclear, de la que ¿quién saldría más beneficiado? Estados Unidos, por supuesto; ¿y qué país se inmolaría por la causa estadounidense? Desde luego, ni Alemania ni Francia, pero tampoco el Reino Unido, por muy ligado que esté a Washington. Por enésima vez, Europa habría sido el epicentro de una guerra imperialista mundial que la habría destruido cien veces más que la segunda. Si la guerra es la continuación de la política por medios militares, no hay burguesía imperialista que reniegue voluntariamente de sus intereses imperialistas, defendidos en todos los frentes con su propia política imperialista, para favorecer exclusivamente los intereses de un país o coalición imperialista competidora.

No, por tanto, a la acción militar directa, sí -pero con las debidas distinciones- a las sanciones económicas y financieras. Sin embargo, en comparación con los diversos paquetes de sanciones con los que los países occidentales han intentado doblegar financiera y comercialmente a Rusia, se está demostrando que si están de acuerdo en la letra, no lo están fácilmente en su aplicación; basta pensar en los suministros de gas y petróleo rusos de los que depende el 40% de la energía europea, y especialmente Alemania e Italia, para comprender que el poder imperialista ruso puede contar con la división de intereses entre los propios países europeos, aunque las sanciones antirrusas sigan causando daños reales a la economía rusa (daños que, como manda el capitalismo, pagarán en su mayor parte las masas proletarias rusas).

Los medios de comunicación internacionales han gritado repetidamente «lesa democracia», «lesa soberanía nacional», elevando himnos a los valores de la civilización occidental en contraposición al totalitarismo y la barbarie de Rusia, y para cuyos valores se justifica el suministro de cantidades masivas de armas a la Ucrania de Zelensky porque allí «se defiende Europa». Pero no pueden dejar de ver que las sanciones que la UE, Estados Unidos y el Reino Unido han adoptado contra Rusia ciertamente causan daños a Moscú,

pero también a Europa, y no a Estados Unidos. Si, pues, con las sanciones económicas y financieras, Occidente pensaba meter en problemas al actual gobierno ruso (Biden llegó a decir que los rusos harían bien en derrocar a Putin), para hacerle desistir de continuar la guerra en Ucrania, basta con echar la vista atrás en el tiempo para ver que la relación de fuerzas entre los distintos Estados no gira únicamente en torno a la presión económica. Según el ISPI, aunque el embargo de EEUU a Cuba ha durado 60 años, ningún proamericano ha llegado al gobierno, al menos hasta ahora, y lo mismo en el Irán de los ayatolás (43 años de sanciones), en Corea del Norte (16 años de sanciones), en la Venezuela chavista de Maduro (8 años de sanciones) o en la Rusia de Putin (8 años, desde 2014 por la anexión de Crimea).

Las políticas de los distintos gobiernos burgueses no siempre se corresponden con las crudas leyes del capitalismo; en las relaciones de poder entre Estados -económicas, financieras, políticas y militares- siempre hay que tener en cuenta las relaciones de poder internas entre las clases y las relaciones sociales que se han ido arraigando a lo largo del tiempo. Cada burguesía tiende a gobernar su país apoyándose en su propia historia, en los recursos naturales de que dispone, en la fuerza económica que ha alcanzado a lo largo de los años y, por supuesto, en el apoyo político, económico y financiero de otros países, pero no menos en la colaboración entre las clases que se obtiene y se mantiene con medidas políticas y sociales *ad hoc*, y con medidas represivas cada vez que las masas proletarias se rebelan contra el orden establecido.

La actual guerra ruso-ucraniana tiene lugar en un momento en que Estados Unidos acaba de salir de una derrota política y militar: la retirada rápida y desordenada de Afganistán ha hecho mella en la imagen del gendarme mundial del imperialismo occidental; a ello siguió otra derrota, en Siria, donde Bashar al-Assad, que debería haber sido derrocado gracias a las revueltas internas apoyadas por EE.UU. y sus aliados, es en cambio más fuerte que antes; mientras que Irak, en el que el ejército estadounidense se desgastó hasta la eliminación de Sadam Husein, sigue desgarrado por rencillas internas para superar las cuales está en marcha un acercamiento a Irán, el gran enemigo de Oriente Próximo. Y lo esencial en esto no es tanto la presidencia de Obama, como la de Trump o Biden. Es el imperialismo estadounidense el que tiene que hacer frente a una competencia global debido a la cual ya no puede estar presente militarmente, y con el mismo potencial represivo, en todos los rincones del mundo como en su día lo estuvo Inglaterra y el propio EEUU al final de la Segunda Guerra Mundial. El derrumbe de la URSS no ha supuesto una victoria clara para el imperialismo norteamericano, aunque sí le ha permitido fortalecerse, especialmente en Europa, que no es poco.

Pero Estados Unidos no sólo mira hacia el Atlántico, sino también hacia el Pacífico, al otro lado del cual está China, una nueva potencia imperialista con ambiciones de conquista aún no saciadas (y no hablamos

## Ucrania

sólo de Taiwán, que para la China continental es un territorio histórico chino que algún día tendrá que volver a estar bajo el dominio de Pekín). El hecho de que las sanciones antirrusas hayan empujado a Rusia a comerciar su petróleo con China e India que, como buenos mercaderes, tienen todo el interés en comprar petróleo ruso barato (sus importaciones se han duplicado desde el año pasado), demuestra una vez más que es el mercado el que rige ciertas «políticas», más allá de las sonrisas o la cara dura de los gobernantes. Por otra parte, la competencia que China, en particular, hace a Estados Unidos no se limita a Extremo Oriente, aunque Japón, Corea del Sur y Vietnam son los países con los que China, después de Estados Unidos, mantiene el grueso de sus relaciones comerciales, mientras que Alemania es el país con el que mantiene, con diferencia, las relaciones comerciales más importantes en Europa. Cabe señalar, de hecho, que para Ucrania, en 2020, China fue el primer país tanto en importaciones como en exportaciones, seguida de Rusia, Polonia y Alemania.

Por supuesto, la entrada de Ucrania en la Unión Europea la beneficiaría considerablemente desde el punto de vista comercial y financiero.

Lo que en las declaraciones de Rusia se suponía que era una «operación militar especial» propagada demagógicamente para «desmilitarizar y desnazificar» Ucrania, inmediatamente resultó ser una guerra para oprimir a una nación más pequeña y más débil, perfectamente en línea con todas las guerras que los países imperialistas occidentales, desde los EE.UU. hasta el Reino Unido y Francia, siempre han librado en Asia, África, el Caribe, Oriente Medio y la propia Europa desde el final de la Segunda Guerra imperialista mundial. Para nosotros, marxistas, nada nuevo bajo el sol, porque es la marcha inevitable del capitalismo y de sus contradicciones irremediables. Estas guerras, por otra parte, han servido de ejemplo a las distintas potencias regionales, como Israel por Cisjordania y los Altos del Golán sirios, Turquía por los territorios kurdos y Siria, Marruecos por el Sáhara Occidental, Arabia Saudí, con EEUU, Reino Unido, Francia, etc., en la guerra entre suníes y chiíes en Yemen, e Irán en la propia guerra yemení, etc., etc.

Todo esto demuestra que la guerra ruso-ucraniana es parte integrante de una fase de una guerra que tiene dimensiones mundiales, aunque todavía no haya llevado a los grandes países imperialistas a enfrentarse militarmente entre sí. La guerra en Ucrania podría durar mucho más de lo que Rusia desearía, porque el objetivo del bloque imperialista occidental, ya que no tiene intención de entrar en guerra contra Rusia, es desgastarla económicamente y aislarla políticamente hasta que la «negociación por la paz en Ucrania» esté madura para que todas las potencias implicadas puedan aprovecharla.

El otro aspecto dramático de esta guerra, como de todas las guerras que la precedieron, es la masacre sistemática de poblaciones civiles por la que todos los medios de comunicación democráticos del mundo lan-

zan siempre gritos de dolor, pero siempre utilizando estos gritos para hacer propaganda del horror con fines pacifistas y de colaboración interclasista, llamando a la paz como si ésta fuera la conclusión de toda guerra, cuando en realidad no es más que el período de preparación para guerras posteriores. El demagógico objetivo ruso de «desnazificar» Ucrania sirvió para presentar esta expedición militar a Ucrania como si fuera una repetición de la glorificada «guerra patriótica contra el nazismo», con la que el estalinismo se había justificado llevando al matadero a más de 27 millones de proletarios en la Segunda Guerra Mundial. Pero en la cúpula militar rusa no todo fue como la seda. Por lo que han informado hasta ahora los medios de comunicación internacionales, no ha sido infrecuente que soldados rusos, muy jóvenes, sin preparación, engañados y enviados a «hacer la guerra», reaccionaran dañando sus propios tanques y destruyendo su propia munición. Ejemplos de desertión que denotan un profundo descontento, aunque no sean el presagio de una verdadera rebelión contra la guerra. Pero si la guerra es mucho más larga de lo que Moscú, y también Washington y Londres, supusieron al principio, tales episodios podrían repetirse, tras lo cual una oposición menos pietista a la guerra podría cobrar impulso.

La resistencia de la población ucraniana a la invasión rusa hasta ahora se ha llevado a cabo bajo la bandera de un fuerte nacionalismo. Los proletarios ucranianos, por lo que se sabe por los diversos medios de comunicación internacionales, no han tenido fuerzas para oponerse ni a la opresión de los ucranianos rusoparlantes del Donbass por parte de Kiev durante los últimos ocho años, ni para organizar huelgas y manifestaciones contra la guerra con Rusia que llevaba tiempo madurándose. Encarcelados en la política de colaboración de clases con la burguesía nacional, fueron expuestos a los horrores de la guerra precisamente como carne de cañón. Que el carnicero sea de habla rusa o de habla ucraniana, desde una perspectiva de clase tenía y tiene una importancia relativa: ambos carniceros persiguen objetivos antiproletarios, en Ucrania y en Rusia, porque la guerra en la que se han visto inmersos los proletarios no tiene nada de históricamente progresista o revolucionaria; al igual que las anteriores guerras en las antiguas repúblicas soviéticas, en Chechenia y Georgia, ésta también es una guerra reaccionaria, una guerra de robo. Los proletarios del Donbass o de Crimea seguirán siendo explotados, oprimidos y reprimidos por el bien del capital; tanto si el capital está en manos de capitalistas y terratenientes rusos como ucranianos, la condición social de los proletarios no cambia. No sólo eso, sino que esta guerra, precisamente por los intereses imperialistas contrapuestos que están en juego, no será efímera; e incluso cuando se llegue a una negociación de «paz» -a la que parece haber sido llamada la banda de bandidos capitalistas que actualmente parecen outsiders, como China, Turquía cuando no la desmoronada ONU- los factores de guerra hoy presentes no se habrán desvanecido, seguirán presionando los mismos contrastes que la pro-

vocaron y alimentarán nacionalismos opuestos hasta que estalle una guerra mucho más amplia y mundial.

## UNA MIRADA AL PASADO PARA ENTENDER MEJOR EL FUTURO

El capitalismo, en su desarrollo inicial, después de revoluciones antifeudales y guerras de sistematización nacional, necesitó, al menos en Europa, un largo período de paz para desarrollarse más rápida y ampliamente; un período, éste, en el que las burguesías, mientras saqueaban los continentes de Asia, África y América Latina, intentaban mantener una paz social «en casa» utilizando los beneficios excedentes de la explotación intensiva de las colonias. Esta fue la época del llamado desarrollo pacífico del capitalismo y, al mismo tiempo, la época del desarrollo del movimiento obrero que, a través de sus luchas, obtuvo de las opulentas burguesías una serie de concesiones en términos de condiciones salariales y de sus organizaciones sindicales y políticas. Fue la época del reformismo socialista que, tras la tremenda y sangrienta derrota de la Comuna de París, se impuso como la vía pacífica y parlamentaria hacia una emancipación proletaria que se daba por segura gracias al propio desarrollo del capitalismo. Pero el capitalismo, mientras se desarrollaba al máximo, producía al mismo tiempo todos los factores de crisis que llevarían a los Estados más modernos, más civilizados, más industrializados a enfrentarse en la primera gran guerra imperialista mundial, llevando a la bancarrota a la Segunda Internacional Proletaria, cuya aplastante mayoría de partidos socialdemócratas reformistas se convirtieron de la noche a la mañana en socialchovinistas.

A pesar de la inmensa tragedia de la guerra, el movimiento proletario internacional demostró que aún poseía una gran energía clasista gracias a la cual se opuso a la guerra con huelgas y movilizaciones, llegando incluso a los frentes de guerra, donde no fueron raros los episodios de confraternización entre soldados «enemigos». Una energía de clase que se mostró poderosa en el Estado más atrasado y reaccionario de Europa, la Rusia zarista, y que, bajo la dirección del partido de clase liderado por Lenin, alimentó no sólo la revolución burguesa nacional, sino sobre todo la revolución proletaria como primer bastión de una revolución internacional que llamaba *aux armes* no a les *citoyens*, y no sólo de Rusia, sino a los proletarios de Rusia y del mundo entero.

Los acontecimientos históricos revelaron un retroceso histórico del partido de clase en la Europa altamente civilizada, y un control aún poderoso del oportunismo sobre las amplias masas que, a pesar de luchar enérgicamente durante y después de la guerra, fueron incapaces de sacudirse el peso paralizante de la socialdemocracia, entregándose de nuevo, tras ser aniquiladas física y políticamente, a los gobernantes burgueses, ya fueran demócratas o fascistas. El asalto al cielo, de memoria parisina, sólo había triunfado en Petrogrado y Moscú, no en Berlín, ni en París, ni en

Roma, ni en Londres. Las metrópolis del imperialismo europeo seguían dictando la ley, preparándose para una guerra imperialista posterior en la que la implicación de los Estados adquiriría dimensiones planetarias, las mismas dimensiones del desarrollo imperialista de un capitalismo que, a pesar de sus crisis y de sus tremendos efectos sobre las grandes masas proletarias y populares, encontraba fuerzas para reiniciar sus ciclos mortíferos de explotación, competencia y guerra. Petrogrado y Moscú, proletarias y comunistas, cayeron no por la guerra civil que las tropas blancas zaristas y sus partidarios anglo-franco-alemán-americanos desencadenaron contra el poder soviético -una guerra civil que los revolucionarios proletarios rusos organizados en el Ejército Rojo de Trotsky, ganaron en todos los frentes internos-, sino por el aislamiento y el espantoso atraso económico en que se encontraba la Rusia bolchevique en aquellos años decisivos para la revolución no sólo en Rusia, sino en el mundo. El golpe de gracia a la revolución en Rusia y en el mundo -por el que Lenin lanzó el desafío al imperialismo mundial afirmando que el poder proletario en Rusia perduraría incluso veinte años a la espera de la próxima situación revolucionaria, y por el que Trotsky, que no sucumbió nunca al estalinismo ni a la teoría del socialismo en un solo país, lanzó, en el Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista de noviembre-diciembre de 1926, a la cara de Stalin y sus acólitos la perspectiva de que el poder proletario y comunista defendería el bastión revolucionario ruso incluso durante cincuenta años -el golpe de gracia, decíamos, lo dio el oportunismo chovinista gran ruso. Derrotado por los bolcheviques dirigidos por Lenin antes, durante y después de la guerra, el chovinismo erosionó dramáticamente los fundamentos teóricos y políticos de la Internacional Comunista y del propio partido bolchevique, haciendo pasar la fracasada victoria revolucionaria en Europa Occidental como una oportunidad para empezar a «construir» el socialismo en Rusia, falsificando el marxismo: de una teoría de la revolución comunista internacional a una teoría del socialismo en un solo país.

Entre los fundamentos teóricos y políticos marxistas, afirmados por Lenin y la Internacional Comunista en sus primeros congresos, estaban las tesis sobre la cuestión nacional y colonial, que se resumen en lo que se ha definido como la autodeterminación de los pueblos de las naciones oprimidas por el imperialismo, ante todo la autodeterminación de los pueblos aplastados por la opresión zarista. Es básico retomar los puntos esenciales para extraer indicaciones fundamentales para hoy y también para mañana.

Los escritos, discursos y resoluciones sobre esta cuestión debidos a Lenin son numerosos, pero aquí bastará con referirse a su *Carta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de sus victorias sobre Denikin* (1), en la que Lenin subraya que, además de la

(1) Cf. Lenin, (1978) «Carta abierta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de las victorias sobre Denikin», *Obras completas*, vol. XXXII. Madrid: Akal, pp.

## Ucrania

lucha contra los grandes terratenientes y capitalistas por la abolición de la propiedad de la tierra, en Ucrania -en comparación con la Gran Rusia o Siberia- se planteaba un problema específico: la cuestión nacional. Y Lenin señala: «Todos los bolcheviques, todos los obreros y campesinos conscientes deben pensar seriamente en este problema. La independencia de Ucrania ha sido reconocida por el Comité Ejecutivo Central de los soviets y de toda la RSFSR -República Socialista Federativa Soviética de Rusia- y por el Partido Bolchevique Ruso. Por lo tanto, es una cuestión obvia y universalmente reconocida que sólo los obreros y campesinos de Ucrania pueden decidir y decidirán en su congreso nacional de soviets si Ucrania debe fusionarse con Rusia o debe formar una república autónoma e independiente y, en este último caso, qué vínculo federativo debe establecerse entre esta república y Rusia.

Y Lenin plantea inmediatamente la cuestión: «¿Cómo decidir este problema desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores, para asegurar el éxito de su lucha por la completa emancipación del trabajo del yugo del capital?». Así pues, la respuesta, en primer lugar, debe partir de los intereses de los trabajadores en su lucha contra la burguesía, es decir, la clase que une a terratenientes y capitalistas. Y he aquí las palabras de Lenin: «En primer lugar, los intereses de los trabajadores exigen la más completa confianza, la más estrecha unión entre los trabajadores de diferentes países, de diferentes naciones. Los partidarios de los terratenientes y capitalistas, de la burguesía, buscan dividir a los trabajadores, aumentar la disensión y el odio entre las naciones, para debilitar a los trabajadores y fortalecer el poder del capital».

La confianza más completa entre los obreros de las diferentes naciones, los obreros de la nación imperialista que oprime a las demás deben ganársela a través de la lucha contra su propia burguesía nacional imperialista, tendiendo, a través de esta lucha, a unirse con los proletarios de los países oprimidos. Es desde este punto de vista que debe considerarse la reivindicación de la independencia de Ucrania, como de cualquier otro país oprimido por la Gran Rusia (en aquella época eran muchos: Polonia, Letonia, Lituania, Estonia, Finlandia, Georgia, etc.).

La visión de los comunistas revolucionarios es internacionalista en principio. Lenin, de hecho, subraya que «somos enemigos del odio nacional, de la disidencia nacional, del particularismo nacional. Somos internacionalistas. Aspiramos a la estrecha alianza y a

la fusión completa de los obreros y campesinos de todas las naciones del mundo en una sola república soviética mundial». Para que esto no se quede en meras palabras, Lenin insiste y afirma que los comunistas, en casos como éste, deben dar a estas palabras un significado concreto y lo primero que hay que hacer es reconocer el derecho de las naciones oprimidas a separarse de la nación que las oprime, el derecho a la independencia política, a la creación de un Estado independiente. Pero los comunistas no se detienen en esta reivindicación, que es absolutamente burguesa. Esta reivindicación está estrechamente ligada a los intereses de clase de los proletarios de todas las naciones; por eso los comunistas llaman a los proletarios de la nación opresora a luchar junto con los proletarios de las naciones oprimidas contra su propia burguesía por su autodeterminación, demostrando concretamente que luchan contra la opresión nacional y contra las ventajas que esta opresión les reporta también en las formas de corrupción que cada burguesía aplica para dividir a los proletarios de las distintas naciones.

El odio nacional al que se refiere Lenin es producido por el capitalismo, que divide a las naciones entre un pequeño número de Estados imperialistas que oprimen a la gran mayoría de las naciones restantes. Si la guerra imperialista mundial de 1914-1918 acentuó esta división, la segunda guerra imperialista la agudizó aún más.

Lenin definió como objetivo histórico de la revolución proletaria y comunista internacional una única república soviética mundial; un objetivo que, por las razones antes mencionadas, no se alcanzó entonces y sigue siendo válido para el futuro. En la época de Lenin, el adjetivo «soviético» resumía el concepto más amplio de «socialista», amplio en el sentido de que englobaba tanto la revolución proletaria «pura», que afectaba a los países capitalistas avanzados, como las revoluciones múltiples que afectaban al gran número de países económicamente atrasados donde, por esta razón, las masas revolucionarias estaban representadas no sólo por el proletariado, sino también por el campesinado pobre. Como saben los lectores, los soviets fueron los organismos creados directamente por obreros y campesinos para defender sus intereses, organismos no sólo estrictamente económicos, sino también políticos, para luchar contra el poder reaccionario del zarismo, los terratenientes y los capitalistas. Fundados como organismos democrático-revolucionarios durante la revolución rusa de 1905, siguieron siendo la organización de referencia de la clase obrera y las masas campesinas durante toda una época, a la que se unieron los soldados que luchaban en la guerra mundial de 1914-18. Como organizaciones inmediatas, recibieron sobre todo la influencia de formaciones políticas socialdemócratas, mencheviques y anarquistas; y sólo después de su desarrollo como organizaciones democrático-revolucionarias y de una larga y persistente propaganda, intervención y acción por parte de los proletarios influidos por los bolcheviques, los soviets llegaron a ser vistos como órganos capaces de formar

---

283, 287. Esta Carta remite a otra anterior de agosto de 1919, enviada también a los obreros y campesinos, tras la victoria sobre Kolciak, *Opere*, vol. 29, pp. 506-513. Hay que recordar que en 1919 la guerra desatada por los generales zaristas Kornilov, Kolciak, Denikin, Ludenic, Wrangler, etc. contra el poder soviético estaba todavía en pleno apogeo, y que el Ejército Rojo ya había derrotado a las tropas de Kolciak en el verano de 1919, liberando los Urales y parte de Siberia. A su vez Denikin, cuatro meses más tarde, sufrió derrota tras derrota en Ucrania.

la columna vertebral del nuevo estado de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, una dictadura que se convertiría en exclusivamente proletaria después de que los socialistas-revolucionarios que representaban a los campesinos, y que sabotearon persistentemente el poder bolchevique, fueran expulsados del gobierno.

La visión internacionalista resumida por Lenin en la Carta que hemos citado se expresa así: *«Queremos una unión voluntaria de las naciones, una unión que no permita ninguna violencia ejercida por una nación sobre otra, una unión fundada en una confianza completa, en una clara conciencia de unidad fraternal, en un acuerdo absolutamente voluntario. No es posible lograr esa unión de una sola vez; hay que lograrla mediante un trabajo perseverante y sagaz, para no estropear las cosas, para no despertar desconfianzas, para permitir que desaparezca la desconfianza dejada por siglos de opresión de terratenientes y capitalistas, de propiedad privada y el odio suscitado por las particiones y divisiones de esta propiedad.»*

Por supuesto, la independencia nacional conlleva la definición de las fronteras entre Estados, pero es inevitable que la acomodación nacional de los distintos países pase por la definición de las fronteras entre un Estado y otro. ¿Qué importancia tiene para los comunistas la frontera entre Estados? Lenin responde: *«Establecer hoy, provisionalmente, la frontera entre los Estados -ya que aspiramos a su completa abolición- no es una cuestión fundamental, de gran importancia, es una cuestión secundaria. Se puede y se debe esperar, pues la desconfianza nacional suele ser muy tenaz en las grandes masas de campesinos y pequeños propietarios y con la precipitación se podría acentuar esta desconfianza, es decir, dañar la causa de la unidad completa y definitiva.»*

Es una desconfianza que desaparece y se supera muy lentamente, subrayaba Lenin basándose en sus experiencias directas en los mismos años de la guerra civil, en la que la estrecha unión entre obreros y campesinos en la lucha común contra los terratenientes y capitalistas rusos apoyados por los capitalistas de la Entente, es decir, la coalición de los países capitalistas más ricos -Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Japón, Italia- era el punto fuerte del jovencísimo Ejército Rojo; una desconfianza ante la cual los comunistas debían ser muy pacientes, teniendo que hacer concesiones y buscar soluciones porque la intransigencia y la inflexibilidad debían aplicarse, para Ucrania y para cualquier otro país, *«sobre las cuestiones fundamentales, esenciales, iguales para todas las naciones, las cuestiones de la lucha proletaria, de la dictadura del proletariado, de la inadmisibilidad de una política de conciliación con la burguesía, de la inadmisibilidad del fraccionamiento de las fuerzas que nos defienden de Denikin.»*

Pero la unión entre los grandes obreros rusos y los ucranianos no era una conclusión inevitable, no bastaba con proclamarla y desearla, había que emprender acciones concretas para lograrla y mantenerla, y la base

necesaria para lograrla y mantenerla era compartir completamente el punto de vista de Lenin: mantenerse firmes en las cuestiones esenciales, no dividirse por cuestiones secundarias (las fronteras del Estado a establecer, la independencia completa o la fusión completa entre Ucrania y Rusia, etc.) *«sólo los obreros y campesinos de Ucrania pueden decidir y decidirán en su congreso nacional soviético si Ucrania debe fusionarse con Rusia o debe formar una república autónoma e independiente y, en este último caso, qué vínculo federativo debe establecerse entre esta república y Rusia»*. Sed pacientes y perseverantes y buscad «una solución, luego otra, y otra vez una tercera» para lograr la estrecha unión entre los grandes obreros rusos y los ucranianos. ¿Y si esta unión no puede consolidarse y mantenerse?

De nuevo Lenin: *«Si, por el contrario, no sabemos mantener entre nosotros la unión más estrecha, la unión contra Denikin, contra los capitalistas y los kulaks de nuestros países y de todos los países, la causa del trabajo estará seguramente perdida durante largos años, en el sentido de que entonces los capitalistas podrán aplastar y asfixiar tanto a la Ucrania soviética como a la Rusia soviética.»*

La perspicacia dialéctica de Lenin es incuestionable: ante un problema como el nacional, tan complicado y delicado en el que insisten siglos de divisiones nacionalistas, de particularismos, de divisiones y agregaciones debidas exclusivamente a los intereses de las clases dominantes, y de odios entre naciones alimentados a propósito para dividir y sojuzgar a los pueblos, lo importante para los comunistas revolucionarios era, es y será, ser intransigentes en las cuestiones fundamentales de la lucha de clases anticapitalista, de la revolución proletaria, de la dictadura del proletariado, del rechazo a toda colaboración con la burguesía. Esta intransigencia permite no perder la brújula teórico-política del partido de clase y comprender que ante cuestiones, como la cuestión nacional, hay que tener en cuenta la situación real en que viven las masas, proletarias y campesinas, y la influencia a que están inevitablemente sometidas por la ideología de las clases dominantes. Los hábitos, los prejuicios, las relaciones de dependencia económica, social, cultural, arraigadas a lo largo de los siglos (baste pensar en la propiedad privada) perduran incluso en los períodos en que el terremoto revolucionario golpea a las puertas y trastorna lo existente, constituyendo puntos de apoyo materiales para la restauración del viejo sistema social y de los viejos poderes políticos.

La última frase de Lenin que citamos era también una predicción. Con la caída del internacionalismo -al admitir las categorías burguesas (propiedad privada, trabajo asalariado, producción mercantil, dinero, competencia comercial, etc.) como categorías compatibles con el socialismo, más allá de los necesarios «pasos atrás», respecto al impulso socialista también en el plano económico, que la Rusia revolucionaria tuvo que dar debido a la falta de revolución proletaria en los países capitalistas avanzados de Europa occidental- cayó

## Ucrania

también la dictadura proletaria establecida, y con ella el partido bolchevique al ejercicio del cual estaba llamada. Las características políticas específicas de la dictadura proletaria empezaron a tambalearse, y se fue transformando en una dictadura del capital, por tanto de la burguesía, que representaba de forma mucho más directa la fuerza de un capitalismo nacional en marcha, de un industrialismo de Estado que encontraba sus representantes y defensores en el mismo partido bolchevique que en un principio dirigía y controlaba su avance apuntándolo a la revolución internacional.

El retraso de la revolución proletaria en Europa Occidental, y sobre todo las vacilaciones y oscilaciones de las corrientes comunistas y de los partidos comunistas europeos, marcaban cada vez más una época negativa para la recuperación revolucionaria. El gran reto de Lenin de «veinte años de buenas relaciones con el campesinado en Rusia», ligado al fortalecimiento de la Internacional Comunista, no podía descansar su éxito únicamente sobre los hombros del Partido Bolchevique ruso y de la Rusia económicamente atrasada y asediada. Entre los comunistas occidentales, sólo la Izquierda Comunista de Italia aseguraba el firme y sólido asidero teórico y programático que le había permitido acumular a lo largo de los años una valiosa experiencia en la lucha contra la democracia burguesa, contra el oportunismo reformista y maximalista; experiencia que trató por todos los medios y en todos los foros internacionales de asimilar también a los demás partidos, y al Partido Bolchevique en particular.

Pero su contribución no fue suficiente para vencer la resistencia que oponían el maximalismo y el reformismo a través del peso dominante de los partidos alemán y francés. Los logros revolucionarios en Rusia fueron arrollados por el oportunismo que adoptó las características del estalinismo, erosionando desde dentro al partido bolchevique y a la Internacional Comunista como una gangrena.

Y así Rusia, antaño proletaria, revolucionaria y comunista, de ser el faro de la revolución proletaria mundial pasaría a ser el peor enemigo del proletariado ruso e internacional, preparándose -como era inevitable- para participar en una segunda guerra imperialista como pilar oriental del bloque imperialista del Occidente «democrático» organizado contra el bloque imperialista de las fuerzas «totalitarias» del Eje con la Alemania nazi en el centro. La participación de la Rusia estalinizada en la guerra imperialista de 1939-1945 basó su fuerza en la previa eliminación física de toda la vieja guardia bolchevique y en la represión sistemática de cualquier movimiento de resistencia y rebelión contra un poder que nada tenía que envidiar al de los zares.

Hasta aquí llegó la unión voluntaria de los pueblos: el talón de hierro del poder capitalista aplastó a los pueblos de todas las Rusias bajo el dominio opresor de Su Majestad el Capitalismo Nacional y sus objetivos imperialistas tanto hacia el Este como hacia el Oeste.

La victoria del bloque imperialista «democrático» en la Segunda Guerra Mundial, al que se unirá la Rusia estalinista después de intentar ganar ventaja confabu-

lándose con la Alemania nazi, entregará al proletariado de todos los países en manos de la oleada oportunista más trágica de todos los tiempos.

En efecto, después de la primera oleada oportunista en las filas del movimiento proletario, representada por la revisión socialdemócrata que afirmaba que el socialismo podía alcanzarse por medios graduales y no violentos (Bernstein), y después de la segunda oleada oportunista (Kautsky), la que llevó a la bancarrota a la II Internacional, representada por la sagrada unión de todas las clases ante la guerra de 1914-18 y la alianza nacional para derrotar a los Estados que podían llevar a la sociedad de vuelta «al feudalismo absolutista», el movimiento proletario fue atacado por una tercera oleada degenerativa. La oleada que hemos llamado estalinista, que, además de incorporar las desviaciones de las oleadas anteriores, admitía también las formas de acciones de combate y guerra civil, de las que «el aliancismo en la guerra civil española que se dio en la fase de paz entre los estados y el partidismo contra alemanes y fascistas y la llamada Resistencia escenificada durante el estado de guerra entre estados en la Segunda Guerra Mundial» (2) fueron la demostración más evidente de traición a la lucha de clases y una forma más de colaboracionismo con las fuerzas del capitalismo.

Cada una de estas oleadas oportunistas tenía como objetivo desviar al movimiento proletario de su lucha de clases, de su enfrentamiento revolucionario con las clases dominantes burguesas, llevándolo a sacrificar sus fuerzas en defensa de los intereses burgueses y capitalistas, de vez en cuando disfrazados de «defensa de la patria», «defensa de la democracia contra el totalitarismo», «defensa de la modernidad y de la civilización contra el feudalismo», por supuesto en aras de una paz duradera entre los pueblos...

Una paz, de hecho, que no era y no es más que una tregua entre una guerra y la siguiente, como la propia historia del imperialismo ha demostrado durante al menos ciento veinte años.

Aprendamos otra lección de Lenin sobre las guerras imperialistas. En octubre de 1921, en un artículo dedicado al cuarto aniversario de la Revolución de Octubre, Lenin escribió:

«El problema de las guerras imperialistas, de esa política internacional del capital financiero que hoy predomina en todo el mundo, que inevitablemente da lugar a nuevas guerras imperialistas, y que inevitablemente genera una intensificación sin precedentes de la opresión nacional, el saqueo, el bandolerismo, la asfixia de las naciones pequeñas, débiles y atrasadas a manos de un puñado de potencias ‘más avanzadas’, este problema ha sido, desde 1914, el problema fundamental de toda la política en todos los países del mundo.

---

(2) Véanse nuestras *Tesis características del Partido*, diciembre de 1951, publicadas en *El Programa Comunista*, nº 44, Mayo de 2001.

«Se trata de una cuestión de vida o muerte para decenas de millones de hombres. La cuestión se plantea en estos términos: en la próxima guerra imperialista [¡Lenin prevé la segunda guerra imperialista! *Nota del editor*] -que la burguesía prepara ante nuestros propios ojos, que surge del capitalismo ante nuestros propios ojos- 20 millones de hombres serán masacrados (en lugar de los 10 millones de muertos en la guerra de 1914-1918 y en las «pequeñas» guerras complementarias, aún no terminadas); 60 millones de hombres serán mutilados -en esta próxima e inevitable guerra (si se mantiene el capitalismo)- (en lugar de los 30 millones mutilados en 1914-1918). *«También en esta cuestión, nuestra Revolución de Octubre inició una nueva época en la historia del mundo»* (3).

De hecho, la nueva época había comenzado con la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, y la lucha contra todos los engaños chovinistas y pacifistas en su máxima expresión. Con la paz de Brest-Litovsk, Lenin y el partido bolchevique demostraron concretamente el engaño de la paz imperialista, porque ninguna delegación de los países imperialistas beligerantes acudió a esa mesa, salvo las delegaciones alemana y rusa.

Pero esa paz, firmemente deseada por el poder bolchevique, que, para arrancar a Rusia de la guerra imperialista, se suscribió aceptando considerables sacrificios, incluso territoriales, demostró al proletariado y al campesinado rusos que la única fuerza que realmente quería la paz era el poder soviético establecido con la revolución de octubre.

Y fue también gracias a esta demostración, junto con la política bolchevique de autodeterminación de los pueblos, que los proletarios y campesinos rusos apoyaron el enorme esfuerzo de lucha contra las tropas de los generales zaristas que pretendían restaurar el viejo poder zarista y que, por esta razón, contaban con el apoyo de las fuerzas armadas de todos los países imperialistas superdemocráticos que habían hecho la guerra contra el llamado poder prusiano de la Alemania guillermina.

Con razón, con orgullo proletario y comunista, Lenin dirá:

*«A la guerra imperialista, a la paz imperialista, la primera revolución bolchevique arrancó los primeros cien millones de hombres. Las revoluciones subsiguientes arrancarán a la humanidad entera guerras y paces semejantes»* (4).

La conclusión sólo podía ser ésta: *«no se puede librar de la guerra imperialista y de la paz imperialista que inevitablemente la genera, no se puede arrancar de este infierno más que con la lucha bolchevique y la revolución bolchevique»*, es decir, más que con la lucha de clases y la revolución proletaria y comunista.

El tiempo de Lenin ha pasado y con él el tiempo de

la revolución proletaria y comunista internacional. La amenaza de la revolución proletaria ha sido frustrada, las potencias imperialistas no sólo se han salvado de la embestida revolucionaria del proletariado mundial, sino que se han fortalecido y, al mismo tiempo, han aumentado en número.

¿Cómo podrá el proletariado mundial, y el proletariado de los países imperialistas en particular, levantar la cabeza, recuperarse de la tremenda derrota de los años veinte?

Uno de los supuestos que Lenin planteó en 1919, como ya se ha dicho, durante la guerra civil que enfrentó al Ejército Rojo con las tropas de los generales zaristas y los ataques de las potencias imperialistas, fue el siguiente: si los proletarios no lograban mantenerse unidos, firmemente anclados en la dirección del partido comunista revolucionario, que a su vez tenía que conseguir mantenerse fuertemente unido en cuestiones esenciales como la lucha de clases, la revolución, la dictadura proletaria, el rechazo categórico a aliarse con la burguesía en cualquier objetivo político, etcétera. Y si, por lo tanto, los comunistas se hubieran dividido entonces sobre las cuestiones «secundarias» (las fronteras del Estado soviético, las repúblicas autónomas o federadas o fusionadas, etc.) habrían llevado la división y las querellas al nivel de las cuestiones esenciales y la causa del trabajo, la causa del socialismo, por lo tanto de la lucha de clases, de la revolución, de la dictadura proletaria, seguramente se habría perdido ¡y no por poco tiempo, sino por largos años!

Por desgracia, esto es exactamente lo que ocurrió, y así los capitalistas de los países imperialistas y de la Rusia atrasada consiguieron aplastar a la Rusia revolucionaria, y con ella a todas las demás repúblicas soviéticas, como Ucrania o Georgia.

Esta fue una derrota mucho más dura para el proletariado mundial, mucho más dura que la derrota de los comuneros de París, una derrota que cortó las piernas a otra revolución en un país atrasado, la revolución china de 1925-27, y que ofreció al proletariado mundial a las masacres de las guerras imperialistas posteriores.

Es en este abismo en el que se ha precipitado el proletariado actual y del que sólo podrá salir gracias a una convulsión telúrica mundial sin precedentes, que trastornará cualquier orden imperialista existente, y a la acción del partido comunista revolucionario resucitado en todo el mundo.

## EL PROLETARIADO DE HOY Y EL MOVIMIENTO PROLETARIO DE MAÑANA

Los proletarios de Europa, y de todos los demás continentes, siguen siendo presa de las ilusiones y engaños que la burguesía produce constantemente para desviar su energía social hacia el terreno de la colaboración de clases. Tanto si la burguesía utiliza medios democráticos (elecciones, parlamento, libertad de pren-

(3) Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, tomo 44, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 144-152.

(4) *Ibid*, p. 43.

## Ucrania

sa y de organización, etc.) como medios autoritarios (generalmente justificados para defender al país del «terrorismo» o de la agresión extranjera), el hecho es que sin la explotación del trabajo asalariado, por tanto del proletariado, en su propio país y en los países que oprime, no alcanza el objetivo de su vida de clase: la valorización del capital, por tanto la producción de beneficios. Este objetivo es fundamentalmente antagónico al objetivo de la vida de la clase proletaria, que es defenderse de la explotación capitalista luchando por su eliminación.

El antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado es un hecho histórico, no una «elección» ideológica o económica de una u otra clase. Se deriva directamente del modo de producción capitalista que se basa en la propiedad privada y en la apropiación privada de toda la producción social por una clase, la burguesía, y en la expropiación completa de todos los medios de producción y de todos los productos a la clase asalariada, el proletariado que el marxismo ha definido como los que no tienen reservas precisamente porque no tienen más «propiedad» que su fuerza de trabajo individual. Una fuerza de trabajo que en sí misma no da para vivir, porque debe ser vendida a los propietarios de los medios de producción y de la propia producción destinada al mercado, recibiendo a cambio un salario en dinero con el que deben ir al mercado a comprar los bienes que necesitan para vivir día a día. Sin salario y, por tanto, sin la posibilidad de comprar en el mercado los bienes esenciales, el propietario de la fuerza de trabajo por sí solo no vive, por lo que el proletario se muere de hambre. Para no morir de hambre, el proletario se ve obligado a venderse por un salario más bajo y precario, a cambio del cual da más horas de trabajo al día, entrando así en competencia con otros proletarios. La competencia que los capitalistas hacen entre sí para ganar cuotas de mercado en su propio beneficio se traslada así a los proletarios que no tienen otro fin inmediato que alimentarse cada día.

La competencia y el antagonismo que dividen a un capitalista de otro, a un grupo de capitalistas de otros grupos, a un Estado capitalista de otros Estados capitalistas, son todos internos al mismo modo de producción por el que existen como propietarios privados de los medios de producción y como apropiadores privados de la producción social. El dominio de la burguesía sobre la sociedad deriva precisamente de su posición social. Al entrar en competencia con las demás burguesías, cada burguesía moviliza todas las fuerzas de que dispone: medios de producción básicos, capital para invertir, fuerza de trabajo para explotar; pero todo esto no es suficiente, porque su dominio deriva no sólo del poder económico que posee, sino también de su poder político. En efecto, es el poder político el que le confiere la capacidad de gestionar socialmente a las masas proletarias que explota.

Estas masas, organizadas en el trabajo asociado de la producción y distribución capitalista, en la historia de su movimiento han madurado la conciencia de que representan no sólo fuerza de trabajo, sino una fuerza

social a través de la cual contrarrestar el nivel y la escala de explotación de los capitalistas. El antagonismo de clase surge materialmente de las propias relaciones sociales y de producción burguesas, y la burguesía no puede borrarlo porque significaría borrar su dominación de clase, su propia identidad como clase dominante. Por tanto, debe embotarlo, contenerlo dentro de unos límites en los que no produzca revueltas, levantamientos, insurrecciones. Pero las revueltas, los levantamientos, las insurrecciones, en el curso del desarrollo del capitalismo y de sus contradicciones siempre crecientes, han sido una llamada de atención y una amenaza para el poder burgués porque la lucha por la defensa inmediata de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado, en el choque con la burguesía y su Estado, tiende a elevarse a una lucha política, a una lucha de clases, a una lucha que históricamente se fija como objetivo, para la clase burguesa dominante la defensa y el mantenimiento del poder político aplastando las tentativas revolucionarias del proletariado, para la clase proletaria el ataque a los privilegios y al poder político de la burguesía con el fin de conquistarlo derrocando su Estado y la inevitable guerra para recuperarlo.

La lucha de clases, por tanto, significa guerra de clases, porque el proletariado no tendrá ninguna posibilidad de lograr su emancipación de la explotación capitalista si no es derrocando el poder político burgués; un poder que no es otra cosa que la dictadura de la clase capitalista y su política imperialista con la que aplasta y oprime al proletariado en todos los países y a las naciones más pequeñas y débiles. Si la lucha proletaria no alcanza el nivel de la lucha de clases, es decir, si no se fija como objetivo revolucionar la sociedad conquistando el poder político, comenzando en el país donde la situación sea favorable a la lucha revolucionaria, para luego extender esta lucha al plano internacional, el proletariado seguirá permaneciendo subyugado por la burguesía, sufriendo las consecuencias cada vez más desastrosas de las contradicciones que atentan a la sociedad capitalista. Y las consecuencias son crisis cada vez más agudas y guerras burguesas: en un caso y en el otro, los proletarios pagan la prosperidad del capital con miseria, hambre, accidentes mortales en el trabajo, explotación cada vez más intensa, las llamadas catástrofes naturales, represión y masacres de guerra.

¿Cómo salir de ello?

Hace tiempo que los medios democráticos y pacíficos han demostrado no ser útiles, al contrario, refuerzan el sometimiento del proletariado al dominio capitalista. El reformismo y la colaboración de clases entre el proletariado y la burguesía han demostrado ser medios exclusivamente útiles al capitalismo y al poder burgués; en realidad enmascaran la dictadura económica concreta del capitalismo y la dictadura política concreta de la burguesía. Ha habido reacciones violentas, por parte de grupos pequeñoburgueses destinados a la ruina por las crisis económicas, que han fascinado a capas proletarias con su terrorismo individual, como

las Brigadas Rojas, pero han demostrado que representan una simple ilusión con sabor anarquista, creyendo que pueden afectar a las relaciones sociales a favor del proletariado eliminando a unos cuantos capitalistas, a unos cuantos generales, a unos cuantos magistrados. Incluso este medio ha demostrado su ineficacia con respecto a la emancipación del proletariado, reforzando por el contrario la propaganda de la paz social y de la colaboración de clases por parte de todas las fuerzas de la conservación social, en primera línea las oportunistas.

El camino de la lucha de clases, en la realidad histórica y no en las fantasías de los demócratas, es el más arduo para el proletariado porque debe deshacerse de todas las ilusiones producidas por la democracia electoral y parlamentaria, y debe superar los hábitos arraigados en largas décadas de política de colaboración entre las clases en la que las burguesías imperialistas, a cambio de las medidas de protección social en las que han invertido, han obtenido la paz social, una explotación cada vez más brutal del proletariado y vía libre en la opresión de las naciones más débiles. El resultado de esta política no es la paz universal, no es el fin de las desigualdades sociales, no es la prosperidad distribuida equitativamente entre todas las poblaciones; por el contrario, es más opresión, más represión, una exacerbación de los factores de crisis y la guerra burguesa convirtiéndose cada vez más en la norma.

El proletariado de hoy, en los países imperialistas, sigue completamente plegado a las necesidades del capitalismo nacional; no sólo eso, sino también a las necesidades de las alianzas capitalistas internacionales. El proletariado de los países imperialistas sigue beneficiándose -en comparación con el proletariado de los países atrasados en términos capitalistas- de ciertas ventajas que se niegan a los proletarios de otros países, tanto en el terreno económico como en el terreno social y político inmediato. Estas «ventajas» las pagan en realidad las opulentas burguesías no sólo con la explotación de su propio proletariado, sino también con la explotación bestial y esclavista de los proletarios de los países de la periferia del imperialismo. Así es como los proletarios de cada país, a pesar de la competencia entre ellos alimentada por sus respectivas burguesías, están unidos entre sí por las mismas cadenas. Cadenas que cualquier ley burguesa, ya sea democrática o fascista, nunca aflojará, al contrario las apretará aún más.

Como los esclavos de la antigua Roma, los esclavos asalariados de la sociedad capitalista ultramoderna deben deshacerse de sus cadenas por sus propios esfuerzos. Deben unirse en organizaciones independientes de toda institución burguesa, deben situarse en el terreno de la lucha con objetivos que conciernan exclusivamente a sus intereses como esclavos asalariados, como proletarios; deben adoptar métodos y medios clasistas, es decir, capaces de oponerse eficazmente a los métodos y medios utilizados por la patronal y su Estado. Será la experiencia en esta lucha, en el terreno de la defensa inmediata, la que dará al proletariado la posibilidad de asumir la tarea de ir más allá de

la defensa inmediata, más allá de los intereses inmediatos, y situarse así en el terreno de la lucha política clasista; un terreno en el que las fuerzas burguesas y de conservación social lo desviarán -como han hecho siempre- hacia objetivos democráticos, parlamentarios y, por supuesto, antifascistas, pacifistas y legalistas, reclamando nuevas reformas y leyes «más justas».

¿Y qué hacer en un momento como éste, en que la guerra golpea a las puertas?

¿Cómo respondieron los proletarios rusos y ucranianos a la guerra desatada el 24 de febrero?

Lo que se sabe es que entre finales de febrero y principios de marzo hubo manifestaciones pacifistas contra la guerra en Moscú, San Petersburgo y decenas de ciudades más. Naturalmente, la policía antidisturbios se lanzó contra los manifestantes y parece ser que se realizaron más de 14.000 detenciones en las distintas ciudades (5). No hubo huelgas, no hubo manifestaciones específicamente obreras, y esto demuestra, por una parte, el miedo natural a ser golpeado ciegamente por la represión y, por otra, la extrema debilidad de la clase obrera rusa que, evidentemente, incluso en el plano de la mera defensa de sus condiciones inmediatas de vida y de trabajo, no ha expresado hasta ahora una fuerza capaz de generar una vanguardia política de clase que asuma la tarea de luchar contra la burguesía como clase dominante, la clase que representa el poder económico y político bajo el cual el proletariado está aplastado, fragmentado, aislado y esclavizado.

El poder burgués no teme las manifestaciones pacifistas; aunque causen molestias y puedan complicar el trabajo de control social de la burguesía rusa, que siempre ha estado acostumbrada a esconder los muertos de sus guerras mientras glorifica su sacrificio. Pero la represión de las manifestaciones pacifistas cuando el país está en guerra es, a su vez, una advertencia a la clase obrera para que sepa que el poder no la perdonará si sale a protestar contra la guerra; el efecto temido que pueden tener las protestas obreras contra la guerra es minar la confianza y la disciplina de los soldados enviados a hacer la guerra, al tiempo que los moviliza para una «operación especial» contra el gobierno de Kiev acusado de «militarista» y «nazi».

Por su parte, los proletarios ucranianos, ante la invasión militar, los bombardeos, los saqueos, la destrucción masiva de pueblos y ciudades y las masacres de civiles, respondieron de la forma en que responde cualquier población agredida, desprevenida y desconocedora de los motivos de la agresión: refugiándose en sótanos, huyendo de las ciudades bombardeadas, intentando ayudar a los heridos y mutilados, y plegándose a los ukases del gobierno que, para la guerra contra «los rusos», obligó a todos los hombres a permanecer a disposición del ejército para defender una «pa-

(5) Véase <https://rainews.it/articles/2022/03/manifestations-against-war-in-all-russia-over-300-arrests-in-moscow-27274687-5501-47e7-9535-b104093a85b4.html>, 13 de marzo de 2022.

## Ucrania

tria» que ha demostrado y sigue demostrando ser una devoradora de fuerza de trabajo y carne humana en beneficio exclusivo de la clase burguesa dominante. En esto, la burguesía ucraniana no es diferente de la burguesía rusa: los intereses que la han llevado a la guerra durante los últimos ocho años son igualmente capitalistas, pero de una burguesía nacional que pretende salir de una alianza -con Moscú- para alquilarse a las potencias imperialistas competidoras de Moscú sobre la base de promesas de negocios más lucrativos.

Los proletarios rusos y ucranianos siguen totalmente sometidos a sus respectivas burguesías y, por el momento, no saben reaccionar más que con los medios y métodos que las propias burguesías utilizan sistemáticamente para mantenerlos subyugados: reclutándolos en sus fuerzas armadas cuando los intereses de sus respectivos capitalismo nacionales se ven amenazados por la competencia extranjera, disciplinándolos y controlándolos para que las acciones bélicas tengan éxito, adiestrándolos mediante una propaganda de guerra específicamente concebida para alimentar el odio nacional contra el «enemigo» de turno. Y así, pueblos originarios del mismo tronco, con la misma lengua, la misma cultura, que habían experimentado bajo la dictadura proletaria surgida de Octubre de 1917 una verdadera fraternidad y unión, después de haber contribuido a la caída de la opresión zarista, a la lucha contra los generales zaristas que pretendían restaurarla, y a la lucha del proletariado internacional contra el yugo de los regímenes capitalistas y también precapitalistas, se encuentran de nuevo haciendo la guerra ¿en nombre de qué? En nombre de la soberanía territorial, del capitalismo nacional y de un régimen que no tiene escrúpulos en convertir a cientos de miles de soldados en carne de cañón.

Los proletarios rusos y ucranianos, por su parte, ni siquiera pueden contar con la lucha de clases de los proletarios europeos o americanos; no pueden ser estimulados a seguir el ejemplo de una lucha antiburguesa que ni siquiera existe en Europa, cuna del capitalismo, ciertamente, pero también cuna de la revolución proletaria y corazón de la revolución mundial.

Escribimos en 1967: *«Marx, hace un siglo, dijo que la Inglaterra industrial mostraba al entonces atrasado mundo la imagen de su propio futuro. La Inglaterra en apuros de hoy muestra a Europa la imagen de su futuro. Europa (...) a pesar de su relativa prosperidad actual, nunca alcanzará la posición dominante que Inglaterra tuvo en el siglo pasado y que ahora ostenta EEUU. Entre Europa, incluso unida, y Estados Unidos, la desigualdad de desarrollo está destinada a crecer. Los problemas que hoy tiene Inglaterra, los tendrá Europa mañana. Y no habrá mercados más grandes para resolverlos, ni guardianes laboristas que impidan que empeoren. Europa será el corazón de la re-*

*volución mundial»* (6).

Las crisis económicas y políticas del capitalismo nunca han desencadenado automáticamente la revolución proletaria. No ocurrió ayer y no ocurrirá mañana. Pero los factores objetivos que desencadenan la situación revolucionaria son inherentes únicamente al capitalismo y a su incapacidad para resolverlos si no es aumentando su poder negativo. Aquí este poder negativo de los factores de crisis debe alcanzar un nivel en el que la clase burguesa dominante ya no sea capaz de vivir como ha vivido hasta ese momento, y la clase dominada, el proletariado, ya no sea capaz de tolerar las condiciones en las que ha vivido hasta ese momento.

Los factores objetivos incluyen la lucha de clases proletaria, es decir, la lucha mediante la cual el proletariado se entrena y se prepara para el choque decisivo con la clase dominante. Y parte de esta lucha es la presencia, actividad e influencia del partido de clase, el partido comunista revolucionario, que tiene la tarea de guiar al proletariado tanto en la lucha de clases como en la revolución de clases y, una vez alcanzada la victoria revolucionaria, como Lenin nos recuerda continuamente, en el ejercicio de la dictadura de clase, único instrumento real con el que es posible transformar la sociedad de la explotación y la opresión capitalistas, de sus guerras de competencia y sus guerras de guerra, en una sociedad sin clases, sin antagonismos de clase y, por tanto, sin antagonismos nacionales, en la que los pueblos vivan finalmente en armonía.

No nos hacemos ilusiones de que este camino pueda comenzar mañana, ni de que se vea facilitado por la «toma de conciencia» de cada proletario. Como dijimos, para sacudir la sociedad capitalista desde sus cimientos, debe desencadenarse un terremoto mundial en el que no sólo la burguesía de cada país se enfrente al peligro de perder su poder, sus privilegios, sino en el que el proletariado de cada país no vea otra salida del abismo en el que ha sido sumido por su propia burguesía que levantarse contra los poderes constituidos, contra los enemigos de clase por cuyas acciones se han reconocidos finalmente como enemigos con los que no hay tregua, ni paz que negociar. Entonces las enseñanzas de la Comuna de París de 1871 y de la Revolución de Octubre de 1917 demostrarán hasta al último proletario del país más remoto que son la única herencia preciosa de la lucha de clases que el proletariado tiene la tarea histórica de llevar a cabo, hasta la victoria revolucionaria, hasta la república socialista mundial.

---

(6) Véase *L'Europa sarà il cuore della rivoluzione mondiale*, «Il programma comunista», n. 6, 30/3-13/4, 1967.

# Porqué Rusia no es socialista

(*Le Prolétaire*, n°s 75-84, 1970)

*Continuamos, como es nuestra costumbre, poniendo a disposición de los camaradas, simpatizantes y lectores de habla hispana importantes materiales de partido del pasado siglo, hasta ahora solo disponibles en otras lenguas. «Porqué Rusia no es socialista» es un artículo con un sesgo decididamente polémico contra todas las posiciones que, de un modo u otro, apoyaban las tesis estalinistas de que Rusia era una país con economía socialista y que, si acaso, era el totalitarismo estalinista lo que había que combatir para convertirlo en un país «democrático». La gran confesión de que en Rusia no había socialismo, sino capitalismo, nunca fue admitida en declaraciones oficiales, pero fueron los propios hechos económicos y sociales los que lo demostraron sin lugar a dudas. «Porqué Rusia no es socialista» forma parte de ese largo trabajo de crítica de la falsa teoría del socialismo en un solo país que caracterizó a nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, desde 1926.*

- I El capitalismo ruso
- II La economía rusa y la Revolución de Octubre
- III Aislamiento y derrota del proletariado ruso
- IV La contrarrevolución estalinista
- V Socialismo y capitalismo de Estado
- VI Socialismo y pequeña producción
- VII El falso «comunismo» de los koljkos
- VIII Todos los defectos de la agricultura capitalista sin sus ventajas
- IX La realidad del capitalismo ruso

## I - El capitalismo ruso

Las profundas diferenciaciones sociales, la jerarquía salarial, los privilegios de categoría, la división del trabajo que condena a los trabajadores manuales al infierno de la fábrica y reserva el monopolio de las comodidades a los intelectuales, ¿son todas estas características asumidas cínicamente por la sociedad rusa, son compatibles con el socialismo, como tienen la desfachatez de proclamar los hombres del P.C.? La villa para Kossighin y el cuchitril para el obrero; los misiles en la luna y las colas en la carnicería; el armamento nuclear y la escasez de grano o de carne: ¿serán estas las imágenes edificantes de la sociedad del mañana? A estas preguntas no basta con responder que no. La burguesía supo explotar hábilmente la decepción de los trabajadores ante la denuncia de la realidad rusa: ya que el comunismo no os ofrece nada mejor, decía en esencia, ¿por qué no conformarse con el viejo capitalismo democrático? Lenguaje que en los defensores de las «nuevas vías al socialismo» es un poco diferente, y suena: ¡cada pueblo tendrá su propio socialismo, que tendrá en cuenta sus tradiciones y su grado de civilización!

Los marxistas revolucionarios desenmascaramos el falso comunismo ruso no para asquear a los trabajadores de la realidad, sino para demostrar lo contrario, es decir, que los defectos de la actual sociedad rusa son comunes a todos los regímenes políticos y sociales existentes en la actualidad, porque todos -incluida Rusia- son capitalistas.

Hablar de Rusia en este sentido implica conocer las características elementales del socialismo. Pero esto sólo es posible a condición de que uno ya sepa lo que es el capitalismo, precisamente lo que ignoran los finos espíritus que abogan por el tema en la radio y la televisión o en las obras «científicas» eruditas. De hecho, no se trata de discernir sólo algunos aspectos accesorios y accidentales de este modo de producción, sino de definir sus características fundamentales para poder reconocerlo en todas las circunstancias. Estas características pueden resumirse brevemente como sigue.

En la sociedad capitalista se producen mercancías; la esencia de la actividad humana se consagra allí a la fabricación de objetos que se cambian por dinero, que se venden. La gran masa de productores está privada de los medios de producción, a diferencia del artesano o del pequeño agricultor que poseían sus propias herramientas. Estos productores, al no poseer más que su fuerza de trabajo, se ven obligados a venderla, y se encuentran así implicados en las condiciones modernas de producción: trabajo asociado, concentración industrial, una desarrollada técnica productiva. Todos los intercambios económicos, la compra y la venta de mercancías, y especialmente de la mercancía particular que es la fuerza de trabajo de los trabajadores, tienen lugar a través del dinero.

El capital surge y se desarrolla sobre la base de la utilización combinada de estos factores. La clase social privada de los medios de producción y obligada a vender su fuerza de trabajo es el proletariado. Esta fuerza de trabajo es una mercancía que tiene la propiedad

## Porqué Rusia no es socialista

«milagrosa» de producir más riqueza de la que necesita para su sustento y reproducción. En otras palabras, en una jornada laboral de ocho horas, el trabajador producirá, por ejemplo, el valor de su salario diario en cuatro horas, pero seguirá trabajando cuatro horas más gratis para el capital.

El precio de la fuerza de trabajo constituye el salario del trabajador. La diferencia entre este salario y la masa de valores producidos sigue siendo propiedad de la clase que posee los medios de producción, la clase capitalista; se llama plusvalía o beneficio e intercambiada a su vez por nueva fuerza de trabajo y nuevos productos del trabajo (máquinas, materias primas, etc.), se convierte en capital. Repetido ad infinitum, este proceso es la acumulación de capital.

Todos estos elementos están estrechamente vinculados en el modo de producción capitalista y, por tanto, son inseparables de él. Por lo tanto, es una mentira infame pretender que una sociedad merezca el nombre de socialista cuando en ella hay dinero intercambiable por fuerza de trabajo y salarios mediante los cuales los trabajadores se procuran los productos que necesitan para mantenerse a sí mismos y a sus familias, mientras que la acumulación de valores sigue siendo propiedad de las empresas o del Estado. Así es precisamente la sociedad rusa actual.

En la URSS, con los rublos prestados por el Banco del Estado, un grupo de individuos podía comprar mano de obra y quedarse con la diferencia entre el valor producido y el importe de los salarios pagados. Es el caso de las efímeras empresas anónimas que contratan la construcción de casas y edificios públicos, o de los koljkos que pagan en dinero la categoría salarial de tractoristas o temporeros. Desde hace algunos años, los propios koljkos han sido autorizados por el poder estatal a crear industrias de transformación utilizando su beneficio empresarial y adoptando el sistema de remuneración del trabajo asalariado. Este es también el caso de las propias empresas estatales, que pagan a los trabajadores en dinero, fomentan y desarrollan la jerarquía salarial en función de la cualificación de la mano de obra, e invierten, es decir, transforman en capital, el beneficio obtenido.

En Rusia, el trabajador paga en dinero todos los alimentos y productos que necesita, sufre impotente las fluctuaciones del mercado e incluso la especulación que realizan los productores individuales, es decir, los koljkos, que, además de su parte de la renta global de los koljkos, poseen ganado y campos propios, y venden sus productos libremente al precio que pueden obtener de ellos.

Por último, en la URSS el dinero devenga intereses, tanto en forma de préstamos emitidos por el Estado y que, al igual que en los países clásicos del capitalismo, dan un beneficio a los titulares de los títulos, como en forma de los intereses que el Estado cobra por las sumas prestadas a sus empresas.

¿Qué es lo que difiere aquí de las sociedades burguesas del Occidente capitalista? En la URSS, todo funciona bajo el signo del valor, que en la sociedad moderna es la única fuente de beneficio, de capital, de

acumulación, de explotación de la fuerza de trabajo. En Rusia, todo se puede cambiar por maldito dinero, todo está en venta, tanto los servicios de las prostitutas como los de los intelectuales, cuya misión es cantar las alabanzas del «socialismo nacional» y, siempre, hacer la pelota a los poderosos.

Explicemos aquí cómo pudo construirse ese mundo de empresarios, chulos y parásitos, a costa de la sangre y el sudor del proletariado ruso, sobre las ruinas de la gloriosa revolución de octubre.

Baste por ahora subrayar el hecho esencial de que el socialismo es incompatible con las categorías de la economía capitalista: dinero, salario, acumulación, división del trabajo.

## II - La economía rusa y la Revolución de Octubre

Las primeras medidas que debe tomar el proletariado que llega al poder en un país desarrollado tienden a eliminar el carácter capitalista de la economía. En la sociedad burguesa, la mercancía esencial, aquella que es el origen y la base de la acumulación del capital, es la mercancía fuerza de trabajo, cuyo precio en el mercado de trabajo se expresa en el salario, o equivalente en dinero de los productos necesarios para el sustento del trabajador. Incluso cuando la fuerza de trabajo se paga en su justo valor, es decir, que permite al asalariado satisfacer sus necesidades y las de su familia, la empresa capitalista siempre obtiene un excedente de la venta de su producto: la plusvalía o beneficio, la fuente inagotable de capital, el motor de la acumulación, el fundamento económico del poder social de la clase capitalista.

Dicho todo esto, es evidente que para destruir la explotación capitalista es necesario destruir la relación fundamental que constituye su base: es necesario destruir el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo. Esto sólo es posible con una condición: que se suprima la forma de remuneración llamada salario. El medio previsto por el marxismo para lograr inicialmente este resultado es el sistema de bonos de trabajo, del que hablaremos más adelante. Ya hemos demostrado en otras ocasiones que tal sistema, a pesar del sarcasmo de los filisteos «modernos», no es en absoluto una utopía. Sin embargo, al examinar la descripción que hace Marx de la misma, parece que sólo es factible en países que han alcanzado un determinado grado de desarrollo económico y técnico.

No era el caso de la Rusia proletaria de octubre de 1917: por un lado, por el atraso económico del país, por otro, por la destrucción causada por la guerra civil contra los blancos y la lucha contra la intervención extranjera. El poder revolucionario bolchevique no sólo no podía abordar inmediatamente la tarea económica fundamental de la revolución socialista -la abolición de las relaciones de producción capitalistas- sino que, para abolirlas mañana, primero tenía que dejar que se desarrollaran. El proletariado ruso había tomado el poder sobre la ola de una revolución burguesa, que la bur-

guesía rusa había sido incapaz de llevar a cabo hasta el final; por lo tanto, cargaba sobre sus propios hombros la grave tarea que históricamente le correspondía a la burguesía: la acumulación original de capital.

En lugar de suprimir la división del trabajo, la base del asalariado, tuvo que permitir, en el mejor de los casos, que se ampliara la división del trabajo que existía en Rusia. En lugar de suprimir el mercado, inseparable de la remuneración monetaria de la fuerza de trabajo, debía permitir que se impusiera. En lugar de socializar millones de explotaciones agrícolas, lo que era imposible en aquella época, se vio obligado a fomentar la producción campesina a pequeña escala para abastecer a las ciudades. En una palabra, se vio obligado a aceptar el reto de detentar un poder político destinado a destruir la economía capitalista, ¡pero impulsado por la fuerza de las cosas para acelerar su desarrollo!

Este desafío heroico, ciertos «extremistas» quieren verlo -retrospectivamente- como a priori condenado al fracaso: ¡un intento de poder proletario en la Rusia semifeudal no podía -dicen- dar lugar a otra cosa que al capitalismo nacional! Esto significa ignorar dos elementos clave: por un lado, que la revolución, en el curso de la Primera Guerra Mundial, estaba madurando en Rusia de todos modos, una oportunidad única para que el proletariado aprovechara la incapacidad congénita de la burguesía nacional para llevar a cabo su revolución destinada a derrocar las relaciones sociales de poder a escala mundial. Por otra parte, la hipótesis, que se hizo plausible después del levantamiento de Octubre y de la crisis social provocada por las miserias de la guerra en Alemania, de una revolución obrera en este país: el ascenso al poder del proletariado alemán, al liberar a los bolcheviques de sus tareas económicas, les permitiría acelerar la acumulación de capital sin arriesgar, de una u otra forma, la restauración de su poder político y su fuerza social.

Así, para Lenin, para todos los bolcheviques -incluido Stalin, antes de que teorizara el «socialismo en un solo país»- el objetivo de la revolución de octubre no era en absoluto la transformación inmediata de la economía rusa en un sentido socialista. Mil textos y discursos atestiguan lo contrario, que la perspectiva de todos los comunistas de la época era hacer del poder de los soviets una especie de bastión avanzado de la lucha revolucionaria mundial. Sólo si la revolución hubiera ganado los países más desarrollados de Europa, en los que las primeras medidas fundamentales del socialismo fueran inmediatamente posibles, podría contemplarse su realización gradual en Rusia. Lenin lo subrayó en varias ocasiones con su fórmula: ¡Sin una revolución victoriosa en Alemania, no hay posibilidad de socialismo en Rusia! Para acelerar esta victoria, para concentrar en ella todas las fuerzas del proletariado internacional, para librar al poder soviético de la bola y la cadena de la restauración de la producción industrial rusa, estaba dispuesto a arrendar las principales empresas al capital extranjero. Una posición muy diferente a la de la figura de un Lenin patriótico que se nos vende hoy en día. ¡Preocupaciones muy alejadas de los que pretendían, después de él, hacer el socialismo

n un solo país!

La historia no estuvo a la altura de las expectativas de esa generación de gigantes políticos: la Comuna de Berlín de 1919 fue aplastada, las insurrecciones obreras de Europa Central derrotadas. Fue la serie de derrotas de la revolución internacional la que obligó a los bolcheviques a adoptar una serie de medidas de política económica que nada tenían que ver con el socialismo, pero que el estalinismo consagró más tarde bajo esta etiqueta mentirosa. En realidad, ya se trate de la gestión obrera de las empresas abandonadas por el patrón o del restablecimiento de un cierto grado de comercio interior, de la planificación industrial o de la sustitución de las requisas forzosas de cereales por impuestos en especie, todo ello no eran más que expedientes económicos, paliativos contra la miseria y la infraproducción, medidas de espera en previsión de la reanudación de la lucha proletaria mundial, a la que todos los revolucionarios dignos de ese nombre nunca aceptaron que se pudiera o debiera renunciar.

Era necesario que el reflujó de la lucha internacional se tradujera en una derrota, que todos los que, en Rusia o en otros lugares, permanecieran fieles a las posiciones de Lenin fueran masacrados o deportados, para que se consumara la mayor impostura de la historia moderna: la consagración como «socialista» del sistema más atrasado y más bárbaro de explotación de la fuerza de trabajo.

En las condiciones descritas, los bolcheviques se vieron obligados a utilizar y desarrollar las categorías que el socialismo pretende derribar: el trabajo asalariado, el dinero, la acumulación de capital.

El socialismo suprime la jerarquía salarial; los bolcheviques tuvieron que estimular la productividad del trabajo con salarios elevados. El socialismo reduce la duración del trabajo; el poder soviético la aumenta. El socialismo suprime el dinero y el mercado; los comunistas rusos devolvieron la libertad al comercio interior. El Estado proletario tuvo que acumular capital para reconstituir los medios de producción destruidos y fabricar otros nuevos. En resumen, el proletariado ruso políticamente estaba en el poder; económicamente se estaba desangrando para mantener vivo un país que llevaba siglos de retraso.

De estas necesidades, de estas contradicciones, los bolcheviques eran perfectamente conscientes. Eran muy conscientes de que sólo había un vínculo entre el proletariado ruso y el socialismo: la Internacional Comunista, enteramente dedicada a la lucha del proletariado de Europa y Asia.

### III - Aislamiento y derrota del proletariado ruso

Sólo una victoria proletaria en los países capitalistas desarrollados podría ayudar a la Rusia soviética a aliviar su miseria y sufrimiento y a evitar los peligros sociales que conlleva la reconstrucción de su economía. Lenin nunca dijo ni pensó que el socialismo pudiera «hacerse» en la Rusia atrasada. Contaba con el triunfo de la revolución obrera, primero en Alemania y

## Porqué Rusia no es socialista

Europa Central, luego en Italia, Francia e Inglaterra. De esta revolución, y sólo de ella, esperaba la posibilidad de que la futura Rusia diera los primeros pasos en dirección al socialismo.

Cuando Stalin y sus cómplices llegaron al poder y decretaron, como por la bendición de un soberano, que el socialismo sólo en Rusia era posible, liquidaron efectivamente la perspectiva de Lenin y los bolcheviques, rompieron el único vínculo que unía al proletariado ruso con una posibilidad de socialismo futuro: el vínculo del partido ruso con la revolución comunista europea.

Las relaciones de producción en Rusia en ese momento, y en la medida en que habían superado la etapa arcaica de la producción a pequeña escala y la economía natural, sólo tenían fundamentos burgueses. Sobre estas bases sólo podían desarrollarse estratos sociales hostiles al socialismo, deseosos sobre todo de consolidar políticamente sus ventajas económicas. Se trata sobre todo de los comerciantes y de los pequeños capitalistas privados, a los que la NEP había devuelto cierta libertad de acción. Así eran las inmensas masas campesinas, que se habían vuelto estérilmente conservadoras después de que la revolución obrera les proporcionara tierras.

Si la revolución hubiera triunfado en Alemania, el poder soviético habría podido limitarse a las concesiones ya hechas al capitalismo privado y al campesinado ruso, y controlar sus repercusiones sociales. Renunciar a la revolución europea, como hizo Stalin, era en cambio dar rienda suelta al desarrollo de las relaciones capitalistas, era dar a las clases que eran sus beneficiarios inmediatos la supremacía sobre el proletariado. El proletariado, una minoría extrema, diezmado por la guerra contra los blancos y cargado con una tarea productiva abrumadora, no tenía, contra los especuladores del comercio privado y la codicia del campesinado, otra arma que el bastón del Estado soviético. Pero este Estado sólo podía seguir siendo proletario en la medida en que se mantuviera unido, frente a los estratos reaccionarios internos, con el proletariado internacional. Decidir que Rusia hiciera «su» socialismo por sí misma era abandonar al proletariado a la enorme presión de las clases no proletarias, y liberar al capitalismo ruso de toda coacción y control. Peor aún, era convertir el Estado soviético en un Estado como cualquier otro, y esforzarse por hacer de Rusia una gran nación burguesa lo antes posible.

Este era el verdadero significado del «giro» de Stalin y su fórmula de «socialismo en un solo país». Llamando «socialismo» a lo que era puro capitalismo, negociando con la masa reaccionaria del campesinado ruso, persiguiendo, masacrando a todos los revolucionarios que se mantuvieron fieles a la perspectiva de Lenin y a los intereses del proletariado ruso e internacional, Stalin fue el artífice de una verdadera contrarrevolución. Aunque implementado con el terror atroz de un déspota absoluto, no fue el iniciador, sino el instrumento.

Después de una serie de derrotas tanto en el escenario internacional como en el nacional; después de la

supresión de las insurrecciones armadas y de los catastróficos errores tácticos de la Internacional; después de los levantamientos campesinos y las hambrunas en Rusia, quedó claro hacia 1924 que la revolución comunista en Europa se posponía a tiempos imprevisibles. En ese momento comenzó para el proletariado ruso una terrible lucha cuerpo a cuerpo con todas las demás clases de la sociedad.

Estas clases, momentáneamente atenazadas por el entusiasmo de la revolución antizarista, sólo aspiraban a disfrutar de su conquista a la manera burguesa, es decir, sacrificando la perspectiva revolucionaria internacional al establecimiento de «buenas relaciones» con los países capitalistas. Stalin no era más que el portavoz y realizador de estas aspiraciones.

Con la expresión «proletario ruso» no nos referimos a las propias masas trabajadoras, agotadas después de tantos esfuerzos y sacrificios, azotadas por el paro y el hambre, que se habían vuelto incapaces de espontaneidad política; nos referimos al partido bolchevique, en el que se condensó y centralizó la última voluntad revolucionaria de una generación política a la que la historia ya no respondía. Nunca se repetirá lo suficiente que la situación económica en Rusia al final del período de la guerra civil era terrible, y que toda la población había llegado a desear, sin importar a qué precio, la vuelta a la seguridad, al pan y al trabajo.

En todo período de reflujo de una revolución, lo que triunfa no es la conciencia revolucionaria, sino la demagogia más trivial: era demasiado fácil para los políticos sin escrúpulos, en tales condiciones, afirmar a los ojos de las masas hambrientas la necesidad de un compromiso con el Occidente capitalista, y estigmatizar como una iniciativa aventurera la esforzada voluntad de la minoría bolchevique de continuar la «línea Lenin», es decir, la subordinación de toda la política rusa a la estrategia de la revolución comunista internacional.

Stalin -ante quien los intelectuales progresistas más refinados de Occidente se inclinaban como prostitutas de la más baja calaña- nunca había dado una indicación propia, dejando a otros la tarea sobrehumana, y a la larga imposible, de conciliar el indispensable desarrollo de las bases económicas capitalistas con el mantenimiento del poder proletario. Esto lo hizo disponible para la liquidación de las perspectivas y la razón de ser del bolchevismo.

Esta liquidación exigió un baño de sangre, pero lo que desorienta al historiador al estudiar la contrarrevolución rusa es el hecho de que se desarrolló en el seno del partido bolchevique, como si no se tratara de un conflicto entre dos perspectivas históricas diametralmente opuestas, sino de rivalidades inexplicables entre dirigentes, de una sangrienta disputa familiar. Este es el «misterio» que vamos a explicar.

### IV - La contrarrevolución estalinista

La impostura envuelve uno de los acontecimientos más incomprensidos de la historia contemporánea. La auténtica perspectiva de la Revolución de Octubre no sólo permanece enterrada bajo medio siglo de falsifi-

caciones políticas y doctrinales, sino que, para un buen número de los pocos que logran descifrarla, representa un desafío al ritmo de las transformaciones históricas, una ambición tan sobrehumana -considerando las condiciones rusas- que parece incluso inverosímil.

Nunca se repetirá lo suficiente que la clave de la solución socialista está fuera de Rusia. En el interior del país, por el contrario, el carácter dual de la revolución no podía mantenerse indefinidamente: el desarrollo económico que la revolución burguesa impulsó hasta el final sólo podía socavar y, más o menos, aniquilar la victoria puramente política de la revolución socialista.

En la Rusia de los años 20, todo lo que provenía de las necesidades económicas nacionales, todo lo que expresaba los intereses sociales rusos, constituía un peligro mortal para el comunismo, todas las estrategias sociales concebibles dentro del país contenían, según los destinos alternativos de la revolución internacional, el mismo riesgo fatal para el proletariado ruso.

Gracias a la destrucción de la propiedad feudal de la tierra, la burguesía campesina había adquirido una considerable influencia económica y social. Se apropia de las tierras de los campesinos pobres alquilándolas. Emplea ilegalmente mano de obra asalariada. Llega a monopolizar el grano y a matar de hambre a las ciudades. En la administración, donde decenas de miles de comunistas son convertidos en funcionarios, se desarrolla un aparato de burócratas cuyo principio es «la administración por la administración», «el Estado por el Estado». En el país, mientras la hambruna hace estragos, encontrar empleo o vivienda se convierte en un privilegio y, después de 1923, defender una posición comunista sincera en un acto de heroísmo.

¿Por qué después de 1923? Es cierto que lo que llamamos la contrarrevolución estalinista es la culminación de un proceso que abarca muchos años, de los cuales es difícil determinar el verdaderamente crítico. Sin embargo, 1923 no es un punto de referencia arbitrario. Es el año de la derrota final de la revolución en Alemania, que aniquila la última posibilidad de una extensión inmediata del comunismo en Europa. El trágico significado de este hecho es tan bien comprendido en el partido ruso que la noticia provoca suicidios. Es también el año en que se revela la situación catastrófica de la producción rusa por la crisis de las «tijeras»: las curvas respectivas de los precios agrícolas e industriales se presentan de esta forma en el diagrama presentado por Trotski en el XII Congreso del Partido, y su creciente divergencia plantea un grave problema de orientación económica y de estrategia social. ¿Hay que ayudar urgentemente a la industria pesada o, por el contrario y a su costa, continuar con la política de desgravación fiscal a favor del campesinado? La respuesta queda abierta, pero la situación sigue empeorando con 1.250.000 parados.

También en 1923, Lenin sufrió su tercer ataque de arterioesclerosis que lo mataría en enero de 1924, no sin antes haber denunciado, en lo que puede considerarse como su testamento político, «las poderosas fuerzas que desvían al Estado soviético de su misión» y haber roto con Stalin, que encarna, dice, «un aparato

que nos es profundamente ajeno y que representa una mezcolanza de supervivencias burguesas y zaristas». Finalmente, 1923 fue el año en que se urdió el primer complot contra Trotsky durante la enfermedad de Lenin (y, hay que decirlo, gracias sobre todo a la ceguera de los «viejos bolcheviques» manipulados por Stalin). Contra el organizador del Ejército Rojo se difundieron entonces las primeras falsificaciones políticas, que más tarde se convirtieron en el cúmulo de sucias calumnias y grotescas acusaciones de las que -a pesar de todos los desmentidos, empezando por los del ya venerado Jruschov- los actuales bribones de los partidos neoes-talinistas y post-estalinistas siguen sacando su «información» histórica hasta el día de hoy. Los mejores compañeros de lucha de Lenin sólo se darían cuenta dos años después de cuál era el verdadero enemigo de la revolución, el «cuerpo extraño» en el partido bolchevique que la historia destinaría a ser su verdugo durante los siguientes diez años.

Hoy se puede calibrar, al examinar los vanos esfuerzos y las innumerables vicisitudes de la oposición agrupada en torno a Trotsky contra la omnipresente camarilla de Stalin, cuán débiles y precarios eran los fundamentos estrictamente rusos de la grandiosa perspectiva de Lenin, ya que Occidente (al que toda revolución en Rusia debería, según Marx, haber «levantado») fue incapaz de responder con fuerza a esta llamada.

Al millón -o casi millón- de elementos nuevos, generalmente no preparados, introducidos en masa por Stalin en el partido bolchevique para apoyar su política de liquidación de la revolución internacional, sólo se opusieron, en los momentos cruciales, algunos centenares de auténticos y valientes comunistas. Tal desproporción de fuerzas sería inexplicable sin referirse al hecho fundamental de la revolución de octubre: más allá de sus tareas puramente burguesas, toda la «nación rusa» -es decir, todas las clases, salvo un proletariado extremadamente minoritario- constituye un obstáculo verdaderamente colosal para la lucha por el socialismo. Este es el hecho fundamental que ignora y subestima todo crítico democrático del estalinismo, que opone con razón la honestidad científica de un Lenin a la crasa brutalidad política de un Stalin sin escrúpulos, pero que no va más allá de la simple fenomenología de un movimiento colosal de fuerzas sociales e históricas. La del capitalismo ruso que, enfrentado a un partido político destinado a actuar en función del socialismo, lo considera, con razón, su obstáculo más inmediato, y debe, por tanto, para allanar su camino, romper su columna vertebral política, vaciarlo de sustancia social.

No es el caso de exponer aquí, ni siquiera brevemente, las condiciones en las que tuvo éxito. Remitiendo al lector a nuestro estudio *Bilan d'une révolution* (1), nos limitaremos a esbozar las grandes líneas políticas.

---

(1) *Bilan d'une révolution*, publicado en *Programme Communiste*, N°s 40 / 41 / 42, octubre de 1967 a junio de 1968. Después como folleto aparte en 1991.

## Porqué Rusia no es socialista

En 1929-30, durante las luchas internas que precedieron a la victoria final del estalinismo, ninguna de las medidas económicas con las que las fracciones del partido pretendían liberarse del marco de las relaciones de producción capitalistas podía llamarse socialista. En su sugerente formulación, la «crisis de las tijeras» sigue agravándose con todas sus consecuencias económicas y sociales, con todas sus influencias sobre el estado de la producción industrial y la relación de las fuerzas sociales. La izquierda de Trotsky defiende el principio de la industrialización previa como condición para el desarrollo de la agricultura, y al mismo tiempo recomienda el apoyo al campesinado pobre. El «derecho» de Bujarin (los nombres se dan aquí sólo como puntos de referencia) tiene como objetivo el enriquecimiento del campesino medio y el aumento de su capital de trabajo, con vistas a su posterior confiscación. El centro de Stalin no tiene una posición propia, limitándose a tomar de la derecha o de la izquierda lo que le convenga para su permanencia al frente del Estado. Por lo tanto, en estas polémicas no parece clara la verdadera línea divisoria entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. El centro estalinista, aunque emplea alternativamente una u otra medida inspirada en la «izquierda» o en la «derecha», en última instancia sólo tiene una función: salvar y potenciar el Estado ruso, la nación rusa, reduciendo la doble revolución a su cara antifeudal, capitalista y, por tanto, específicamente anticomunista.

Fieles a Lenin, la «izquierda» y la «derecha» saben que todo depende en última instancia de la revolución internacional; que se trata de aguantar hasta que triunfe. Si se oponen enérgicamente, es por la eficacia de las respectivas medidas que unos y otros defienden para ello. La preocupación del centro es muy diferente; ya ha roto con la revolución internacional y, por tanto, sólo tiene un objetivo político: aplastar a los que se han mantenido fieles a ella. La forma en que Stalin acaba triunfando lo ilustra claramente. Primero respalda a la «derecha», cuyo programa de apoyo al campesinado medio adopta, acusando a Trotsky, bajo amplios insultos, de sabotear la alianza absolutista «leninista» del campesinado y el proletariado; luego, ante el fracaso de esta política y presa del pánico por la amenaza de los kulaks, elimina a la «derecha» arrastrando a Bujarin al barro, acusándolo -equivocadamente- de expresar los intereses de la burguesía rural. La maniobra tiene tanto éxito que Bujarin, cuando intenta por un momento reconectar con Trotsky, no consigue convencerle de que la «derecha» es marxista mientras que el centro no lo es. Algunos partidarios de Trotsky considerarían incluso la asunción instrumental de sus posiciones por parte de Stalin, para sus propios intereses exclusivos, como un paso del centro en dirección a la «izquierda».

Por supuesto, esta lucha física no es más que la expresión, en la cúpula del Partido y del Estado, de la ofensiva de las fuerzas económicas subterráneas. Pero muestra el violento retroceso a nivel político que fue necesario para que esas fuerzas económicas triunfaran. La solución de «derecha», la solución de «izquier-

da», no eran socialistas. La «solución Stalin» lo era aún menos, aunque parecía inspirarse, en el momento de la «colectivización» forzada, en una caricatura de la posición de Trotsky. La explicación de esta paradoja radica en que ninguna solución rusa podría imponer la realización, por lejana que fuera, del comunismo con la revolución internacional vencida.

El inmenso esfuerzo de los que se disputaban los medios para violentar esta dura realidad histórica les ocultaba el enemigo común, que un tal Bujarin quizás sólo identificó en el momento en que sintió la fría pistola del verdugo en la nuca.

Que el enemigo de una revolución social pueda reducirse a una banda de asesinos demuestra que el carácter socialista de octubre de 1917, si se lo aísla de la esperada contribución del proletariado internacional, se reduce a la voluntad de un partido, es decir, de un grupo de hombres, que, además, se está adelgazando bajo el peso de los acontecimientos adversos. Y eliminar a los revolucionarios es justo la tarea de toda contrarrevolución.

### V - Socialismo y capitalismo de Estado

Debido a la extrema complejidad de esta tumultuosa fase histórica, hemos tenido que proceder en sentido inverso al método didáctico tradicional, que va de lo particular a lo general. En un asunto en el que ningún aspecto puede ser examinado aisladamente, tuvimos que intentar primero demostrar, con una visión de conjunto, que una estrecha e imperiosa relación unía los problemas económicos y políticos, la estrategia social dentro de Rusia y el papel internacional asignado por los comunistas a su revolución. En este sentido, la lucha discolá que, a partir de 1923, se manifestó en la cúpula del partido bolchevique, no oponía soluciones económicas de las que una sería socialista y la otra no, sino diferencias sobre las diferentes formas posibles de conservar el poder en espera de la revolución internacional. Debemos ahora, para profundizar en este punto capital, volver al origen de la evolución que llevó a la economía rusa a su estado actual.

Debemos repetir que la política económica bolchevique está minada desde los primeros años de la revolución por una contradicción que a la larga le será fatal, y que todos los comunistas de Rusia y del mundo - hasta el punto de inflexión de Stalin- no esperan superar sino con la victoria internacional del socialismo. Pero mientras se espera esta victoria -que, por otra parte, se vuelve problemática- es necesario también que la población rusa viva, que las fuerzas productivas del país se utilicen al máximo en su estado actual, es decir, al nivel de una economía mercantil pequeñoburguesa. ¿Cuál es la fórmula bolchevique en este asunto? Es la orientación de todos los esfuerzos productivos en la dirección del capitalismo de Estado.

¿Por qué el capitalismo? Lenin lo explica en su texto de abril de 1921 *Sobre el impuesto en especie* (2),

---

(2) *Sobre el impuesto en especie*, Lenin, *Obras Completas*, tomo XII, Ediciones Progreso, Moscú (1972)

del que tomamos todas las citas: «El socialismo es inconcebible sin la técnica de la gran industria capitalista, organizada según la última palabra de la ciencia moderna». En efecto, no hay otra «vía al socialismo» -en el plano estrictamente económico, queremos decir- que el paso por la acumulación de capital, tarea que, «normalmente», corresponde a la sociedad burguesa, no al poder del proletariado. Pero en Rusia, como la burguesía no ha cumplido su misión histórica, es necesario que el proletariado asuma la realización de esta condición indispensable para el socialismo. Es necesario, para abolir posteriormente al asalariado, transformar en asalariados a millones de campesinos que «vegetan en campos remotos» donde «decenas de kilómetros sin carreteras separan la aldea del ferrocarril». Es necesario, para abolir posteriormente el intercambio mercantil, introducirlo primero «en aquellos territorios donde reina el patriarcado, la semibárbara y la barbarie absoluta». También es necesario promover «la gran industria y la tecnología moderna», atacando «el sistema patriarcal, la indolencia», que son el legado de la vida social en el vasto campo ruso.

La realización de esta gigantesca tarea nunca fue, para Lenin y todos los marxistas dignos de ese nombre, un logro socialista, sino el capitalismo bueno y propio. A pesar y avergonzados de los profesores que convierten en tonterías eruditas las falsificaciones conscientes y criminales llevadas a cabo por el estalinismo, el socialismo no se «construye» en obras concretas y de hierro indispensables para el funcionamiento de las fuerzas productivas modernas: el socialismo es la liberación de estas fuerzas ya existentes, es la destrucción de los obstáculos que les oponen las relaciones de producción caducas.

El drama de la revolución de octubre es que el proletariado ruso, a diferencia del proletariado occidental, si llegaba al poder, no tenía sólo un conjunto de cadenas que romper, sino dos. El obstáculo que constituyen las relaciones de producción burguesas, superado a escala internacional e histórica, sigue siendo necesario, indispensable, a escala rusa.

«El capitalismo», escribe Lenin, «es malo en comparación con el socialismo. El capitalismo es bueno en comparación con la época medieval, en comparación con la pequeña producción, en comparación con el burocratismo que está ligado a la dispersión de los pequeños productores. Dado que aún no tenemos la fuerza para pasar inmediatamente de la pequeña producción al socialismo, el capitalismo es, hasta cierto punto, inevitable, como producto espontáneo de la pequeña producción y el intercambio; y debemos, por tanto, utilizar el capitalismo (sobre todo canalizándolo en la esfera del capitalismo de Estado) como un eslabón intermedio entre la pequeña producción y el socialismo, como un medio, una vía, un método para aumentar las fuerzas productivas» (subrayado nuestro).

El peor crimen de Stalin contra el proletariado, un crimen aún más monstruoso que la imposición a los obreros rusos de una esclavitud indescriptible y el abandono de los obreros de Occidente a la merced de su burguesía «democrática», es haber convertido los

medios invocados por Lenin en un fin y haber convertido un camino histórico en una etapa final, equiparando totalmente el socialismo con el capitalismo, engañando las cartas hasta el punto de que, para los imbéciles y aprovechados que incitan a Lenin pisoteando sus enseñanzas, ¡la tarea del socialismo se ha convertido, punto por punto, en la acumulación de capital!

Pero, ¿por qué, entonces, la perspectiva que Lenin formula para Rusia habla de capitalismo de Estado? Porque el socialismo, si no es alcanzable sin un desarrollo capitalista previo, lo es aún más sin «el dominio del proletariado sobre el Estado». El Estado surgido de la revolución de octubre es proletario; esto significa que surgió de una revolución dirigida por el proletariado, que está gobernado por un partido proletario, armado con la doctrina específica de este mismo proletariado. Esto es a nivel político. Pero en el plano económico, ¿en qué sentido es socialista este Estado? Lenin lo deja claro: «No se ha encontrado un solo comunista, me parece, que haya negado que la expresión «República Socialista Soviética» significa la decisión del poder soviético de llevar a cabo la transición al socialismo, pero no significa en absoluto reconocer que el sistema económico actual es socialista».

Lenin, que utiliza con frecuencia el término «paso» en el texto, se ocupa de definir por dónde debe pasar Rusia para alcanzar, desde el estadio económico y social de la época, el socialismo: «En la Rusia actual predomina el capitalismo pequeñoburgués, que conduce tanto al gran capitalismo de Estado como al socialismo por el mismo camino, un camino que pasa por la misma estación intermedia y que se llama «inventario y control de todo el pueblo sobre la producción y la distribución de los productos»». E insiste: «No se puede avanzar desde la actual situación económica de Rusia sin pasar por lo que tienen en común tanto el capitalismo de Estado como el socialismo (el inventario y el control por parte de todo el pueblo)».

La idea de Lenin es clara, aunque haya sido vergonzosamente engañada: el camino por el que debe pasar Rusia para alcanzar el socialismo está imperativamente determinado por el estado económico y social del país después de la revolución. Sólo la naturaleza política del Estado (pues este Estado es proletario) garantiza que no se haga un alto en el camino, que no se detenga en una de las «estaciones intermedias» denominadas «producción mercantil a pequeña escala», «capitalismo privado», «capitalismo de Estado», sino que, por el contrario, continúe a todo vapor hacia las brillantes, pero aún lejanas, letras ardientes del socialismo. Pero esto -hay que repetirlo hasta la saciedad- con la condición indispensable de que la victoria internacional del proletariado, al romper el poder del capital en todos sus ganglios mundiales, dé luz verde a la «locomotora» de la revolución rusa en todo el mundo!

Si esta clara perspectiva está hoy oculta bajo inextricables confusiones, es sin duda y en primer lugar por las descaradas falsificaciones del estalinismo. Pero también se debe al curso del desarrollo histórico que registra derrota tras derrota del proletariado, desautorización tras desautorización de su partido. El reflujó

## Porqué Rusia no es socialista

general del movimiento proletario, que se ha producido en todos los campos, ha hecho los peores desastres en el de la noción del proletariado de su propia historia. Tenemos una prueba flagrante de ello en el hecho de que la revolución de octubre fue distorsionada no sólo por el estalinismo, sino por la mayoría de los antiestalinistas.

Este es el caso, sobre todo, de la opinión «extremista» de que la derrota de la revolución debe achacarse a la concepción «leninista» del capitalismo de Estado. Demostraremos en lo que sigue que este argumento se derrumba ante una realidad indiscutible: esa etapa económica -un simple «paso adelante» para Lenin- el estalinismo ni siquiera la dio, lo que demuestra que no se puede identificar su supuesta realización con el triunfo de la contrarrevolución estalinista. El estalinismo, al apoderarse de las palancas de la «locomotora de la historia», la ha convertido en una máquina asfixiada que, tras un tímido giro en dirección al capitalismo de Estado, se contenta con transitar entre las «estaciones intermedias» que la separan de la pequeña producción y entre las que se encuentran los «depósitos» elegidos con preferencia por los valientes conductores del «socialismo en un solo país».

Muchos antiestalinistas, que no tienen más criterio que la «democracia», la «moral política» o el «mejor tipo de organización», condenan la enseñanza de Lenin porque, según ellos, equipara el socialismo con el capitalismo de Estado. Esta es una aberración común a la mayoría de los críticos de izquierda y derecha de la revolución rusa. En Lenin, como hemos visto, la fórmula del capitalismo de Estado se impone únicamente para compensar el más que insuficiente desarrollo del capitalismo *toutcourt*. Es un objetivo estrictamente subordinado a las «condiciones rusas», totalmente inadecuado a las condiciones de la revolución proletaria en los países desarrollados donde se tomarán inmediatamente las primeras medidas socialistas, en particular la abolición del asalariado. Lo internacional de la revolución de octubre es su rasgo político esencial: la necesidad universal de la dictadura del proletariado. Todo lo que se refiere a los problemas económicos rusos está en gran parte del lado del socialismo.

Los «extremistas», que convierten lo que sólo era un objetivo transitorio en la gestión proletaria de una economía atrasada en una cuestión de principios, en una cuestión doctrinal, cometen -aunque de buena fe- la misma confusión que permitió al estalinismo triunfar en el movimiento obrero internacional.

### VI - Socialismo y pequeña producción

En primer lugar, debemos explicar lo que significa el fenómeno político que hemos llamado «contrarrevolución estalinista» en este ámbito concreto, y que presenta dificultades y contradicciones que estamos lejos de disimular. Cuando, por un lado, decimos que, sin la ayuda de la revolución internacional, la economía rusa sólo podía aspirar al desarrollo capitalista, y por otro lado decimos que este capitalismo es obra del estalinismo, nos espera una espinosa objeción: ¿en qué

se diferenciaba la política económica de Lenin de la de Stalin, y con qué derecho podemos hablar de contrarrevolución cuando ésta continúa la obra de las fuerzas políticas que derrocó?

En realidad, ya hemos respondido a esta objeción: la economía rusa, liberada del zarismo, tendía al capitalismo en virtud de una necesidad ineludible. No era en este terreno donde los bolcheviques pretendían enfrentarse al capital, sino en el plano internacional y en los países donde sus relaciones de producción podían ser derribadas inmediatamente por una revolución victoriosa. Sin embargo, queda por precisar lo que la contrarrevolución estalinista representa como orientación impresa en todo el desarrollo histórico de la sociedad rusa moderna: no es sólo el abandono de toda perspectiva de un socialismo siquiera lejano, sino también una vía de expansión capitalista que dista de ser la más radical y la más enérgica.

Que se entienda, en primer lugar, que toda contrarrevolución es política, que se traduce en un cambio de la clase dominante y no en una paralización del desarrollo de las fuerzas productivas, lo que significaría un retroceso de la civilización del que la historia moderna no ofrece ningún ejemplo. Así, la Restauración de 1815 devolvió la aristocracia al poder en los países de Europa de los que la revolución de 1789 la había expulsado, pero no detuvo el desarrollo del capitalismo que siguió a esta revolución. En otras palabras, convirtió a los nobles en banqueros y terratenientes, ¡pero no devolvió a la burguesía a la condición de siervos!

Del mismo modo, el estalinismo, al liquidar la revolución internacional, no volvió al resultado obtenido con la caída del zarismo: es decir, la generalización de la producción mercantil, el desarrollo de la economía capitalista. También es cierto que esta contrarrevolución no devolvió el poder a las clases caídas -y ésta es la última, pero no la menor, de las objeciones que tendremos que responder. Lo haremos por ahora limitándonos a esta observación: la crisis del colonialismo de los últimos veinte años ha confirmado que en todas las revoluciones que han estallado en los países atrasados y semif feudales, en ausencia del proletariado mundial de la lucha, es el capitalismo el que surge de estas revoluciones (incluso en ausencia de una clase física de burguesía) cuando el Estado, como agente económico, establece o mantiene las relaciones de producción capitalistas.

La noción del papel bisagra decisivo que desempeña el Estado entre dos modos de producción sucesivos es indispensable para comprender tanto la función que Lenin le asignó en la revolución de octubre, como para arrojar luz sobre la que realmente desempeñó bajo Stalin. El Estado, en la concepción marxista, es un instrumento de violencia al servicio de la clase dominante y que garantiza un orden social correspondiente a un determinado modo de producción. Esta definición es estrictamente válida para el Estado proletario, excepto, claro está, por el hecho de que expresa la dominación de las clases explotadas sobre las clases explotadoras y no a la inversa, y que, además, está condenado a la extinción con la desaparición de las relaciones de pro-

ducción que pretende abolir. En este último campo, el Estado proletario, como cualquier otro, sólo tiene dos medios de intervención: permitir o prohibir.

Hemos visto que la revolución rusa, por su doble carácter antifeudal y anticapitalista, podía ciertamente saltarse la etapa política correspondiente a su primera cara, pero no podía escapar a la realización de su contenido económico: destruía e imposibilitaba toda dominación de clase basada en la acumulación de capital, pero no podía sobrevivir sin tolerar, es más, alentar dicha acumulación. Su carácter proletario dependía, por tanto, más de una potencialidad que de una realidad: su socialismo estaba más en el estado de las intenciones que de la posibilidad material.

En estas condiciones, y dado que la derrota de la revolución comunista en Europa es ya segura, ¿cuál es la base para establecer el límite a partir del cual el Estado deja de mantener cualquier relación con la función revolucionaria del proletariado? Este límite en el plano político es fácil de determinar: se ha cruzado desde que el estalinismo renunció abiertamente a la revolución internacional, condición indispensable del futuro socialismo ruso. Pero en el plano económico y social, el único criterio sólido es el que se deriva de la función del Estado tal como se ha definido anteriormente: el Estado soviético ha dejado de ser proletario desde que se privó de todo medio de prohibición de las formas económicas y sociales transitorias que se había visto obligado a permitir.

Si, en el plano jurídico, esta impotencia sólo se manifestó oficialmente con la Constitución de 1936 - que, al establecer la igualdad democrática entre obreros y campesinos, consagró el aplastamiento del proletariado bajo el inmenso campesinado ruso-, en el plano económico y social es en el gran giro dado en el campo de las estructuras agrarias donde esta impotencia se hace más evidente. La propaganda estalinista, respaldada por toda la intelectualidad internacional, afirma que la «colectivización» y la «dekulakización» de los años 30 lograron la «segunda» de las dos revoluciones rusas, la revolución «comunista», completando octubre de 1917. Esta fanfarronada -sólo sostenible con una distorsión total de todo criterio marxista- se derrumba ante la siguiente constatación: la organización de la producción agrícola, que la Rusia moderna arrastra como una bola y una cadena, no sólo no ha alcanzado el nivel socialista, sino que está batiendo un escalón muy inferior al de la agricultura de los países capitalistas desarrollados. La escasez endémica de productos alimenticios y la necesidad de seguir importando grano en un país que fue uno de los primeros productores del mundo es suficiente para demostrarlo.

Contra la opinión «extremista», ampliamente extendida, de que la derrota del socialismo en Rusia se debió a la implantación de un monstruoso capitalismo de Estado, basta con señalar a qué forma de producción capituló finalmente el poder proletario en el país. No hay más que remontarse a Lenin para ver a qué se refería continuamente como «enemigo nº 1 del socialismo» en sus discursos y escritos, y cómo este enemigo se mantuvo firme a pesar de todas las reformas y

transformaciones que tuvieron lugar en la URSS.

En *El impuesto en especie* mencionado anteriormente, Lenin enumera las cinco formas de la economía rusa:

1) - La economía natural (es decir, la producción familiar consumida casi por completo por sus productores);

2) - La producción mercantil a pequeña escala («en la que se incluye la mayoría de los campesinos que venden su grano»);

3) - El capitalismo privado (cuyo resurgimiento se remonta a la NEP);

4) - El capitalismo de Estado (es decir, el monopolio de los cereales y el inventario de todos los productores que el poder proletario se esfuerza por conseguir en medio de mil dificultades);

5) - El socialismo: sobre este último punto, Lenin se expresa con mucha firmeza; no es, dice, más que «una posibilidad jurídica» del Estado proletario. Una posibilidad que sólo podía convertirse en una realidad inmediata si la revolución rusa, como Lenin señaló con dureza a Bujarin, hubiera heredado los resultados históricos del «imperialismo integral», de un «sistema en el que todo estaba supeditado al capital financiero» y en el que «sólo quedaba suprimir los vértices y poner el resto en manos del proletariado».

Evidentemente, este no fue el caso en Rusia y es por ello que en el esquema de Lenin la lucha no se da entre el capitalismo de Estado -todavía en estado de tendencia y esfuerzo de inventario- y el socialismo -pura «posibilidad legal», fundada en lo político en la naturaleza del partido en el poder, pero no en lo económico donde domina la pequeña producción- «sino que es, subraya Lenin, la pequeña burguesía más el capitalismo privado (es decir, las formas 2 y 3) que luchan juntos, en concierto, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo».

El resultado de esta lucha puede medirse hoy en día por el aspecto de la agricultura rusa actual, que, lejos de haber eliminado la producción a pequeña escala, la ha inmortalizado bajo el disfraz falsamente «colectivista» de los koljks. En el próximo capítulo examinaremos el contenido económico y la influencia social de un tipo de cooperativa que difiere poco de las existentes en los países capitalistas occidentales.

Sólo queremos subrayar que el partido del proletariado ruso no cayó ante el advenimiento de «nuevas formas» que el marxismo «no habría previsto», ante un colosal termitero de burócratas que la clase obrera habría rumiado, sino que fue superado por las condiciones históricas y sociales rusas que desde el principio sabía que sólo podría dominar con la ayuda de la revolución comunista europea.

La peor de las falsificaciones estalinistas es haber declarado que, en esas condiciones, se había «construido» el socialismo. Lenin denunció esta canallada de antemano, en la época de la NEP: «Construir la sociedad comunista con las manos de los comunistas», dice, «es una idea pueril que nunca hemos expresado; los comunistas son sólo una gota de agua en el océano

## Porqué Rusia no es socialista

popular». Se trata de hacerlo, añade, «con las manos de los demás», es decir, permitir a las clases no proletarias modernizar su técnica de producción, aprender el uso de la maquinaria moderna, en definitiva, realizar las condiciones del socialismo y no el socialismo mismo; ¡y estas condiciones no tienen otro nombre que capitalismo!

El desarrollo del capitalismo es la eliminación de la producción a pequeña escala. Los comunistas rusos trataron de hacerlo a la manera comunista y no burguesa, es decir, salvando la existencia y la capacidad de trabajo del productor de parcelas y arrancándolo de su irrisoria «propiedad», que es una esclavitud aún mayor que la servidumbre. Fue en las «comunidades agrarias» donde los bolcheviques se esforzaron por agrupar al campesinado sobre la base de la gestión y distribución colectiva, sin propiedad individual, sin trabajo asalariado, etc. No tuvieron éxito, al igual que la otra vía, la de Bujarin, basada en la esperanza de un aumento del capital de trabajo del campesino medio, fracasó posteriormente.

La «solución» que triunfó fue la de Stalin: la colectivización forzosa, la más espantosa, bárbara y reaccionaria que se pueda concebir. Aterradora porque nace de una violencia casi apocalíptica. Bárbara porque fue acompañado de una incalculable destrucción de riquezas, especialmente el exterminio de la ganadería del que, después de 40 años, aún sufre la Rusia actual. Reaccionario porque estabiliza al pequeño productor - a diferencia del capitalismo occidental, que lo elimina en un sistema inadecuado en términos de rendimiento y retrógrado en términos de ideología. El koljosiánismo, que combina el egoísmo y la avaricia del trabajador rural-proprietario, es precisamente el símbolo del triunfo del campesinado sobre el proletariado, un triunfo que es la verdadera sustancia del «socialismo en un solo país».

### VII - El falso «comunismo» de los koljkos

Este compromiso triunfante no debe atribuirse al pensamiento largamente madurado de un líder genial, como lo han aclamado los aduladores serviles de Stalin en todos los países, sino a las exigencias despóticas de condiciones políticas y económicas muy específicas que no podemos analizar sin referirnos al choque de posiciones, ya mencionado aquí, dentro del partido bolchevique sobre la cuestión agraria. Se verá que la «izquierda» de Trotsky daba prioridad al desarrollo de la industria como premisa indispensable para la reactivación de la agricultura, mientras que la «derecha» de Bujarin se centraba en la acumulación de capital por parte de las clases medias rurales.

De ese debate hay que recordar la diferencia categórica que puso de manifiesto entre las preocupaciones de la «izquierda» y la «derecha» del partido y las del centro estalinista, al que, además, poco le importaba la corrección de las tesis en conflicto. Lo que le importaba, como expresión política del Estado-nación ruso, era la eliminación implacable de la última falange internacionalista del partido. El estalinismo actuaba ya

en su terreno específico: el abandono de la lucha por la revolución mundial, la estabilización y consolidación de las estructuras existentes, la transformación del centro de dirección revolucionario del proletariado mundial en un aparato estatal puramente nacional.

De las intenciones y ambiciones de Stalin, ni Trotsky ni Bujarin eran todavía plenamente conscientes, tan crucial era, respecto a las sórdidas maniobras del «secretario general», la importancia de las decisiones sobre las que estaban divididos. Nada de esto podía tener un efecto duradero si la revolución internacional no recuperaba el aliento y, en esta expectativa, las diferentes posiciones adquirirían, para sus apasionados defensores, la forma de un «todo por el todo» que les llevaba a la intransigencia más que a la comprensión de la realidad. A los ojos de Trotsky, que no veía otra salvación que la industrialización vigorosa, Bujarin, utilizado políticamente y defendido por Stalin, aparecía como el defensor del campesino rico. Para Bujarin, dar prioridad a la industrialización estaba cargado de implicaciones burocráticas y era mejor que la acumulación de capital, que vendría después, se confiara a una burguesía rural. La dureza del conflicto entre la «izquierda» y la «derecha», igualmente comprometidas con el mantenimiento de la base económica menos desfavorable para la dictadura del proletariado, ocultó a ambas la amenaza que pesaba sobre la base política y que provenía del centro, cuyo peligro contrarrevolucionario subestimaron.

De hecho, fue con un propósito político que Stalin apoyó la «solución Bujarin», atándolo así a la fórmula liquidadora del «socialismo en un solo país». La consigna «los campesinos se enriquecen», en cambio, no tuvo en absoluto el resultado económico previsto por la «derecha»: en lugar de aumentar su capital de trabajo, como esperaba Bujarin, el campesino medio se limitó a mejorar su consumo personal. La producción de cereales cayó en picado hasta tal punto que el fantasma de la hambruna volvió a aparecer en las ciudades.

En enero de 1928, la producción de trigo, un 25% inferior a la del año anterior, presentaba un déficit de 2 millones de toneladas. La dirección estalinista del partido y del Estado, que no fue cuestionada tras el 15º congreso, excluyó a la «izquierda», reaccionó enviando contingentes armados a los pueblos. Las represiones y confiscaciones de reservas se alternaron con levantamientos campesinos y masacres de trabajadores enviados por el partido al campo. En abril, las reservas de cereales estaban bien reconstituidas; el Comité Central dio marcha atrás, condenando los «excesos» que había ordenado. ¿Puede decirse, como hacen los catecismos con el imprimátur estalinista en todos los idiomas, que se trata de una acción sabia? En realidad, el Comité Central actúa bajo la influencia del pánico y del más burdo empirismo. No tiene, escribe Trotsky, ninguna línea política que abarque no digamos unos años, ¡sino ni siquiera unos meses! En julio, el Comité Central prohíbe toda incautación de cereales, cuyo precio, por otra parte, aumenta, mientras lleva a cabo una violenta campaña contra los kulaks, a los que acusa de

defender a la «derecha».

También en julio, a pocos meses del próximo frenesí colectivizador, Stalin arremetió «contra los que piensan que la economía parcelaria está en su apogeo» y que, añadió, «¡no tienen nada en común con nuestro partido! Aunque el primer plan quinquenal, adoptado ya en 1929, sólo preveía la colectivización de la tierra en un 20%, y sólo para 1933, la idea de los koljkos se abrió paso en el Comité Central con la rimbombante fórmula: «introducción del comunismo en la agricultura».

Atacado en abril de 1929, Bujarin capituló en noviembre bajo una avalancha de insultos, calumnias y amenazas al más puro estilo estalinista. Según un concepto de irresponsabilidad que se ha extendido hasta la última célula de los distintos PC nacionales, es la «derecha» la que se convierte en el chivo expiatorio del fracaso de la fórmula de Bujarin. La camarilla, que nunca ha sido capaz de tomar otra decisión que no sea la de la represión, saldrá de esto con la aureola del descubrimiento de una «solución» que no tiene nada en común con el socialismo: un conjunto de cooperativas que, actuando dentro del sistema de mercado, acabarán escapando de todo «control e inventario» estatal y casarán las insuficiencias económicas de la pequeña producción con la mentalidad retrógrada y reaccionaria del campesino.

En el transcurso del segundo semestre de 1929 y a lo largo del año siguiente, en una indescriptible maraña de confusión, arbitrariedad y violencia, tiene lugar lo que el Comité Central denomina «deskulakización» y «colectivización». También aquí parece prevalecer la maniobra política sobre la iniciativa económica: se trata, ante la amenaza de hambrunas y revueltas, de volver el odio ancestral del campesino pobre contra el campesino medio, superando así un pasaje difícil para la existencia misma del Estado. De hecho, no hay nada preparado para lograr la «colectivización», para la que hay un total de 7.000 tractores cuando, según Stalin, ¡se necesitarían 250.000! Para incitar al pequeño productor a unirse a los koljkos, también lo exigen de traer su propio ganado: ¡que venda o coma lo que tiene él mismo! Los primeros resultados de la medida resultan catastróficos, provocando en algunas regiones la resistencia armada de los agricultores contra los funcionarios que «colectivizan» ¡hasta los zapatos y las gafas!

En el momento crucial de la siembra de primavera, el miedo a la guerra civil hizo que el gobierno condenara los «excesos» de la colectivización y permitiera a los campesinos abandonar los koljkos: su salida masiva redujo el número total de koljkosianos a la mitad. Como observa Trotsky, «la película de la colectivización se vuelve del revés». Para que fuera posible una nueva entrada masiva de campesinos en los koljkos, y para autorizar a Stalin a ensalzar el «éxito de la colectivización», habría que hacerles concesiones de tal manera que se deshiciera socialmente lo que era técnicamente «colectivo» en los koljkos. Pero antes de examinar su contenido, debemos explicar las causas de la propia colectivización.

La opinión común de los estalinistas y de sus oponentes de izquierda era que se trataba de una respuesta necesaria por el chantaje ejercido sobre el poder soviético por la burguesía rural y rica (kulak), cuya importancia no dejaría de crecer a partir de la revolución. Por otra parte, las cifras de que disponemos tienden a indicar la extensión de la producción de los medianos y pequeños campesinos, cuya existencia hizo extremadamente lento el desarrollo del trabajo asalariado en la agricultura, condición indispensable para la eliminación progresiva de la pequeña producción. En estas condiciones, la colectivización no se presenta como un «giro a la izquierda» del estalinismo, como una ambición «socialista» de la burocracia estatal, sino como el único medio, en las condiciones de atraso del campo ruso, para acelerar y empujar -en plena crisis- el curso general de la economía en dirección al capitalismo. Hay buenas razones para creer que, en realidad, Stalin se había embarcado en esta aventura porque le animaban los éxitos de las requisas de grano iniciadas en 1929, los informes favorables sobre el desarrollo de las cooperativas y, sobre todo, su convicción de la débil resistencia campesina en general.

Sin embargo, el determinismo de los hechos, si no la prueba estadística, es probatorio: la «forma koljkos» resultó ser la única posible en las condiciones económicas, sociales y políticas resultantes del flujo y reflujo irreversible de la revolución internacional.

Toda solución política sólo llega al final de un proceso que elimina las soluciones a las que les faltaban las condiciones indispensables; si esto es evidente para las soluciones revolucionarias, es igualmente cierto para las de la contrarrevolución. Tras el esfuerzo sobrehumano del proletariado, el capitalismo en Rusia no podía volver a la forma «subdesarrollada» de vasallaje de la época zarista. Tampoco podía ser eliminado por el socialismo, porque la revolución había sido vencida. El surgimiento, como «solución intermedia», de un capitalismo nacional, es decir, de un centro ruso autónomo de acumulación de capital, sólo fue posible en tales condiciones con la estabilización koljkosiana de la inmensa fuerza de conservación social representada por el campesinado.

Este camino específico, seguido por lo que puede llamarse el capitalismo ruso nº 2, expresa la compleja dialéctica de las convulsiones sociales en la fase imperialista: el modo de producción capitalista es, para la economía rusa de la época, revolucionario, pero sólo es posible gracias a la victoria de la contrarrevolución mundial; la eliminación proletaria de la burguesía rusa, habiendo fracasado en su misión histórica, termina sin embargo con el triunfo de las relaciones de producción burguesas. Se comprende que estos hechos contradictorios, objeto de profunda perplejidad para toda una generación histórica de revolucionarios, dificultan una elucidación por lo demás indispensable.

Sin embargo, se pueden condensar los términos retomando una vieja fórmula lapidaria de Lenin, muy anterior a la victoria de octubre de 1917, y que plantea la alternativa fundamental para la Rusia moderna: ¿el proletariado para la revolución o la revolución para el

## Porqué Rusia no es socialista

proletariado? El estalinismo es, después de todo, la realización de la primera parte de la fórmula en detrimento de la segunda: gracias a la sangre del proletariado, la Rusia moderna fundó su Estado-nación. ¿Qué importancia tiene la desaparición física de la clase que históricamente se encargaba de esta tarea? Las relaciones de producción establecidas después de muchos decenios de agitación son las relaciones propias de esa clase y garantizan su reaparición más o menos lejana.

El tipo social nacido de la forma koljkosiana encarna el largo proceso histórico que fue necesario para llegar a este resultado. Como trabajador de la granja colectiva, el koljkosiano -que recibe una fracción del producto proporcional a su rendimiento laboral- se asemeja al asalariado industrial, pero no llegará a serlo hasta el final de una nueva evolución de duración imprevisible, porque, gracias a su pequeña parcela, no es un propietario sin reservas, sino un dueño de los medios de producción, aunque se limite a 2 o 3 hectáreas de tierra, unas cuantas cabezas de ganado y su pequeña casa. En este último aspecto parece ser similar a su homólogo occidental, el pequeño productor de parcelas, pero a diferencia de éste, arruinado por la competencia de prestamistas, bancos y mercados, no puede ser expropiado: lo poco que le pertenece está garantizado por la ley. El koljkosiano es, pues, la encarnación de un compromiso perpetuo concluido entre el Estado exproletario y la pequeña producción.

Una condición indispensable para el socialismo es la concentración del capital. La toma por parte del proletariado de formas ultracentralizadas como los trusts, los cárteles, los monopolios -posibles porque la propiedad y la gestión hace tiempo que se han dividido allí- se vuelve impensable, salvo al precio de prolongadas convulsiones, para una miríada de micropropietarioskoljkosianos. No sólo esta perspectiva socialista está definitivamente desterrada de Rusia, sin una nueva revolución, sino que la simple concentración capitalista tropieza con tales dificultades que aún hoy Rusia se esfuerza por alcanzarla retomando desde el principio el proceso histórico ya emprendido por los países subdesarrollados. Este es el sentido del restablecimiento de los principios de competencia y rentabilidad, con los que probablemente cuentan los dirigentes rusos para eliminar a los koljkos no competitivos y, en una larga perspectiva que examinaremos, transformar a sus miembros en verdaderos asalariados.

Por tanto, el «colectivismo» rural ruso no es socialista, sino cooperativo. Preso de las leyes del mercado y del valor de la fuerza de trabajo, presenta todas las contradicciones de la producción capitalista sin contener su levadura revolucionaria: la eliminación del pequeño productor. Pero ha permitido al Estado-nación ruso, apoyado firmemente en el campesinado así «estabilizado», realizar, a costa de indecibles sufrimientos de la clase proletaria, su acumulación primitiva y llegar a su único elemento del capitalismo moderno: el industrialismo de Estado.

### VIII - Todos los defectos de la agricultura capitalista sin sus ventajas

El socialismo es ante todo la abolición de las relaciones de intercambio basadas en el valor; la destrucción de sus categorías fundamentales: el capital, el salario, el dinero. Estas categorías son mantenidas por los koljkos en su transformación del pequeño productor rural, cuya posición social cristalizan ya sea a través de la reenumeración en dinero (o productos comercializables) como compensación por el trabajo en la finca cooperativa, o a través de la explotación del campo y el ganado de propiedad personal, cuyos productos pueden igualmente ser vendidos en el mercado. Así, lejos de ser un tipo de «socialismo», los koljkos se acercan más bien a los llamados sistemas de «autogestión» que en ciertos países subdesarrollados, habiéndose independizado políticamente, disimulan, con una usurpación de términos idéntica a la del precedente ruso, el papel de puente histórico que desempeñaron entre la arcaica producción natural anterior al capitalismo y su pleno desarrollo.

Después de haber examinado las motivaciones políticas de la «colectivización forzosa», y de haber subrayado en particular el apoyo que a través de ella encontró la contrarrevolución estalinista en el inmenso campesinado soviético, debemos mostrar ahora que precisamente por esta vía -tortuosa pero de características inconfundibles- se estableció un auténtico capitalismo nacional sobre las ruinas de la revolución de octubre.

La figura del koljkosiano refleja bien el estancamiento económico y social de una revolución que, dentro de sus fronteras nacionales, no pudo superar la etapa de una transformación histórica burguesa.

En cambio, los koljkos, un compromiso necesariamente impuesto por el abandono de la estrategia revolucionaria internacional, no han dejado de ser el principal obstáculo para el rápido desarrollo del capitalismo en Rusia. Es un obstáculo no en la medida en que representa una supervivencia imposible de eliminar de un «viejo rumbo» en dirección al socialismo, como siguen afirmando los trotskistas a pesar de todas las negaciones de los hechos; por el contrario, demuestra qué pesado tributo histórico ha pagado el proletariado a la contrarrevolución que, habiendo cancelado la perspectiva del socialismo, ni siquiera ha ofrecido la contrapartida de crear sus premisas económicas y sociales más radicales.

Al señalar los retrasos y las dificultades económicas de la Rusia actual, de los que los economistas y políticos occidentales creen poder deducir un «fracaso del comunismo», pretendemos, en cambio, establecer sus verdaderas causas, echando por tierra no sólo las mentiras del estalinismo y las ilusiones de quienes afirman la supervivencia de los «logros socialistas» en Rusia, sino también las críticas dirigidas a Lenin por haber tomado imprudentemente el camino del capitalismo de Estado.

Los koljkos ni siquiera pertenecen a esta última categoría, además de no ser un «logro socialista». Sus beneficiarios son los campesinos que han aportado una parcela de tierra y un determinado número de cabezas

de ganado al fondo colectivo (y si no lo tenían, lo hacía el Estado). El koljkosiano participa en la valorización colectiva de todas las parcelas reunidas y de la dotación de ganado así constituida, recibe una parte del producto de esta valorización proporcional al número de días de trabajo que ha dedicado a ella, mientras que dispone de un trozo de tierra y de un cierto número de cabezas de ganado, cuyos productos utiliza a voluntad.

Tanto por su condición como por su psicología social, el koljkosiano es tan ajeno al socialismo como lo puede ser el agricultor norteamericano o el frutero de una cooperativa. Por la forma en que se le paga por su trabajo en la granja colectiva, se asemeja al trabajador asalariado, pero también al pequeño accionista de los países capitalistas, ya que, al igual que él, recibe una parte de los beneficios de la empresa. Además, la disponibilidad de su minúsculo patrimonio le otorga una posición idéntica a la del agricultor de parcelas en Occidente. El «personaje» de la sociedad rural rusa más parecido al proletariado de los países capitalistas occidentales, y por tanto susceptible de comportarse como tal, es el trabajador sovjko. Pero la de los sovjkos, o empresa estatal, representa sólo una pequeña parte de la producción agraria rusa.

El koljkos, se mire por donde se mire, es el factor social y económico más reaccionario de la sociedad soviética, debido no sólo a la psicología conservadora de sus miembros, sino también al peso que representa sobre la única clase moderna: el proletariado.

Es fácil comprender cómo, habiendo escapado de la inanición y la expropiación gracias a los koljkos, el pequeño productor rural no escatimó su sangre, en la última guerra mundial, para defender, junto con las fortunas del Estado estalinista, las garantías de supervivencia y estabilidad que éste le aseguraba. Pero hay que ver la estructura económica y social rusa en su conjunto para entender cómo esta supervivencia y estabilidad se debe en última instancia a la superexplotación del proletariado.

La mediocridad de las condiciones sociales del campo ruso no debe engañar: el sistema koljkosiano no sólo acentúa las distorsiones fundamentales del carácter capitalista de las relaciones de producción, sino que constituye el principal obstáculo para la elevación general del nivel de vida. Impuesta por la estrategia política del estalinismo, que había separado el destino del Estado ruso del del proletariado internacional, la forma koljkosiana se ha vuelto casi inestimable hasta el punto de que sólo puede ser eliminada -como desearía la actual dirección soviética- por la competencia de una forma de mayor productividad, cuya aparición, salvo una convulsión general, parece aún lejana. Unas pocas cifras bastan para fijar las ideas al respecto: los rendimientos medios de los cereales, que, aunque aumentaron (de 1913 a 1956: El porcentaje de la población campesina, que sigue siendo elevado, es una prueba característica de la baja productividad agrícola (42% frente al 12% en EE.UU. y el 28% en Francia), y la pésima situación de la cabaña ganadera que, aparte de un crecimiento espectacular de la cría de cerdos (+ 63%), ha

registrado un descenso de cerca del 20% desde 1913 en el caso del ganado vacuno de carne y leche.

Este defecto del sistema koljkosiano no sólo radica en sus insuficiencias constitutivas, sino también en su futuro: al vender los tractores a los koljkos, cuyos servicios había alquilado previamente, el Estado ruso se privó del único medio de presión que tenía a su disposición para imponer la producción de productos básicos indispensables, cuya cantidad y precio había fijado él mismo antes de la famosa reforma de Jruschov. Así, el mismo promotor de esta reforma se vio golpeando el campo y exhortando infructuosamente a los koljkosianos a producir trigo en lugar de cebada y avena, lo que permitía la cría de cerdos, mucho más rentable. Así, en el régimen del pseudo «socialismo» ruso, el afán de lucro de las empresas koljkosianas prevalece sobre las necesidades alimentarias de un «pueblo» ¡que se supone que es el poder!

Sin embargo, esto no significa que el destino de los propios koljkosianos sea celestial. Por el contrario, parece que, después de todos los gravámenes sobre la producción bruta de los koljkos (que incluyen exactamente las mismas partidas que en todas las empresas capitalistas occidentales, y en particular una tasa de inversión del mismo orden de magnitud), queda muy poco para «repartir» entre los socios. Este hecho, al obligar al koljkosiano a complementar su escaso «salario» con la venta de los productos de su campo personal, agrava aún más la anarquía del abastecimiento de su producción.

De hecho, el bajo rendimiento de los cereales (que siguen siendo la base del suministro alimentario ruso) se combina con la independencia de facto de los koljkos, y por tanto su tendencia a producir preferentemente no lo indispensable, sino lo que más rinde, disminuyendo así la oferta de productos básicos en el mercado oficial y elevando los precios en el mercado privado. De hecho, el koljkosiano gana tanto por la venta de los productos de su parcela en el mercado

### El Proletario

Órgano del partido comunista internacional

No 32 / Junio-julio de 2024

- Guerra o revolución
- Para que el Primero de mayo vuelva a ser un día internacional del proletariado que lucha por su emancipación de clase.
- La mosca, vanidosa y presuntuosa, sienta cátedra.
- A nuestros lectores: ¡Cuidado con los manipuladores!
- Acerinox, lucha obrera y represión.

Cada número: Europe : 1,5 €, £ 1,5, 3 FS;  
América Latine: US \$ 1,5; USA + Cdn: US \$ 2.

## Porqué Rusia no es socialista

como por el trabajo en los koljkos. Para hacerse una idea del precio que tiene que pagar el asalariado urbano por su sustento, basta con saber que en 1938 las tres cuartas partes de los productos agrícolas puestos en el mercado procedían todavía de las parcelas individuales y menos de la cuarta parte restante era aportada por los koljkos propiamente dichos; incluso hoy, la mitad de los ingresos globales del koljkosiano están constituidos por los frutos del trabajo en su parcela.

No hay espacio aquí para relatar cómo se impuso la «reforma Jruschov» de los koljkos a los dirigentes soviéticos (véase nuestro *Diálogo con Stalin* (3)), pero sí demuestra que la economía rusa -y en particular su talón de Aquiles, la agricultura- obedece a las leyes inexorables del capitalismo. El único criterio irrefutable del socialismo es el triunfo del valor de uso sobre el valor de cambio: sólo cuando esto se ha hecho realidad puede decirse que la producción sirve a las necesidades de los hombres y no a las del capital. La agricultura seudosocialista de la URSS ilustra descaradamente el caso contrario: son las leyes del mercado y no las necesidades más básicas de los trabajadores las que determinan, cuantitativa y cualitativamente, la producción de koljkos.

El propio desarrollo de la economía rusa en general, que le permite y obliga a la vez a acceder al mercado mundial, ilumina aún más sus contradicciones. La competencia internacional exige bajos costes de producción, de ahí la bajada de los precios agrícolas para poder alimentar a la mano de obra asalariada sin pagarla en exceso. Esta es una de las contradicciones fundamentales del capitalismo, ya que, debido a los límites naturales impuestos en el sector agrícola a la rotación del capital, éste se dirige preferentemente hacia la industria. El aumento de la productividad agrícola, que el capitalismo occidental ha conseguido en todo caso gracias a la industrialización de los cultivos y a la expropiación secular del pequeño productor, es mucho más difícil de conseguir para el capitalismo ruso debido al inamovible sector koljkos que el poder soviético sólo se esfuerza en «seleccionar», fomentando los koljkos excedentarios a costa de los deficitarios.

Se puede imaginar qué grado de explotación debe imponer este poder a sus asalariados industriales para conseguir igualmente bajar los costes de producción, añadiendo así a la miseria endémica del sector agrario, por las condiciones que hemos esbozado, la explotación de los trabajadores.

El capitalismo ruso, como todos los jóvenes capitalismo, arroja la luz más cruda sobre todas las contradicciones del capitalismo en general. Sus lacayos internacionales no podrán callar por mucho tiempo el carácter explotador del supuesto «socialismo en un solo país», manteniendo indefinidamente la superstición que

en todos los países desarma al proletariado frente a su propia burguesía.

### IX - La realidad del capitalismo ruso

La prueba de la explotación de la fuerza de trabajo no sólo reside en el hecho de que la clase trabajadora sólo recibe una parte del producto social, mientras que la clase que no hace nada se apropia de una gran tajada para su propio consumo. Tal «injusticia» no contendría en sí misma la perspectiva de la posible y necesaria desaparición del capitalismo. Lo que condena irremediabilmente a esta última en el plano histórico es la necesidad en que se encuentra de transformar una parte cada vez mayor del producto social en capital. Esta fuerza social ciega sólo sobrevive exasperando cada vez más sus propias contradicciones y por tanto también la revuelta de esa clase que es su primera víctima.

Denunciar la existencia de esta fuerza ciega en la Rusia autodenominada «socialista» no es, pues, «atacar y difamar el comunismo», como pretenden los estalinistas acérrimos, sino denunciar su más descarada falsificación; significa dirigir la aversión instintiva de los trabajadores a las manifestaciones visibles del capitalismo contra su esencia interna, contra sus categorías asesinas, el salario, el dinero, la competencia; significa mostrar que el movimiento proletario ha sido derrotado porque, en Rusia y en otras partes, ha capitulado ante estas categorías.

Otros han descrito la feroz explotación de la fuerza de trabajo en Rusia. Nos limitamos aquí a ilustrar sus causas a la luz de una de las leyes más características del capitalismo: la del desarrollo creciente, propio de todos los países burgueses, de la sección productora de bienes de producción (sección I) en detrimento de la sección (II) productora de bienes de consumo.

«No mantequilla sino cañones», esta fórmula de Hitler, de la que se burlaban ayer los que la imitan hoy con su «force de frappe» y sus «disuasiones», podría traducirse así al ruso: no zapatos sino maquinaria, no industria ligera sino pesada, no consumo sino acumulación. Unas pocas cifras bastan para demostrarlo: de 1913 a 1964, la producción industrial global de Rusia se multiplicó por 62; la de la Sección I por 141, la de la Sección II por 20. Teniendo en cuenta el aumento demográfico entre estas dos fechas, la sección de bienes de producción creció 113 veces, ¡y la de bienes de consumo 12 veces!

Pero mucho más importantes son los efectos sociales de este contraste entre producción y consumo. El «atraso» de la industria ligera puede superarse, sus deficiencias pueden remediarse, pero la economía rusa ya no se librará de la contradicción inseparable del capitalismo: acumulación de riqueza en un polo y miseria en el otro.

El ingeniero, el técnico o el especialista ya tienen su villa en el Mar Negro, mientras que a los trabajadores no cualificados, los tártaros, los kirguises, los calmucos, arrancados de su vida rural o natural, no les queda más que la miseria encarnada en Italia por los inmigrantes del Sur, en Francia por los argelinos o los portugueses.

---

(3) *Diálogo con Stalin* se publicó originalmente en cuatro partes en el periódico quincenal del partido «il programma comunista» con el título *Dialogato con Stalin* en octubre-diciembre de 1952. Para una reedición que incluye, además material relacionado, puede consultarse la nuestra de septiembre de 2022, disponible en [www.pcint.org](http://www.pcint.org)

Que hoy en día este aspecto monstruoso del «modelo ruso» de socialismo no llene de indignación a los trabajadores es el crimen más grave por el que el veredicto de la historia tomará al estalinismo. Ha reducido los términos «socialismo» y «capitalismo» a etiquetas diferentes para indicar el mismo contenido.

Cuando los obreros y trabajadores aceptan el trabajo a destajo, la jerarquía salarial y todos los demás aspectos de la competencia entre vendedores de mano de obra como algo eterno, es fácil para el intelectual oportunista -convencido de que el principal mérito de la revolución de octubre fue sacar a Rusia de su atraso económico- equiparar el socialismo con la acumulación de capital. El hecho de que todo el Tercer Mundo en revuelta contra el imperialismo adopte a su vez esta concepción muestra el alcance de una derrota del movimiento proletario que no sólo ha destruido la fuerza viva de la clase obrera, sino que ha alterado profundamente su conciencia política. Seguir esta espantosa «vía al socialismo» condenaría a los proletarios de todos los países del mundo a desandar, uno tras otro, el horrendo calvario que ha sido el capitalismo en todas partes.

Sólo recuerda lo que era en Rusia bajo Stalin. Los planes quinquenales -demasiado fáciles de admirar para el intelectual occidental que no ha tocado una herramienta en su vida- eran literalmente un infierno laboral, una ventisca de energía humana. Al suprimir las garantías más elementales de los trabajadores, con la institución del «Código del Trabajo», la condición del asalariado ruso fue llevada al mismo nivel que la del asalariado francés bajo el látigo policial del Segundo Imperio; doblegaron a los trabajadores a los métodos infames del estajnovismo, reclutando mano de obra mediante la represión; lo dilapidaron en «logros» a menudo inútiles; llamaron sabotaje a los frutos de la negligencia burocrática, y les hicieron pagar por ello en juicios de una monstruosidad medieval a los así llamados «trotskistas».

Estos «excesos estalinistas» no se debieron, como afirman hoy quienes les deben sus sinecuras como burócratas o políticos, a las «condiciones específicas» del «socialismo ruso», sino a las condiciones generales y universales inherentes a la génesis de todo capitalismo. La acumulación original del capitalismo británico mató a miles de campesinos libres; la del capitalismo naciente de Rusia convirtió a los ciudadanos en matones políticos para convertirlos en mejores trabajadores forzados. Durante la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes de la NKVD, la policía política, a la que le faltaba mano de obra en los campos de concentración, hicieron esta edificante autocrítica: ¡no estábamos lo suficientemente atentos en nuestra labor de vigilancia!

Todas estas atrocidades se cometieron adorando a un falso ídolo, ¡cantando las alabanzas del socialismo mientras se sacrificaba a la producción! El auge industrial de la posguerra favoreció esta superstición: según Stalin, al no ser el capitalismo decadente capaz de desarrollar las fuerzas productivas, la «prueba» del socialismo en la URSS se encontraba en la curva ascen-

dente de los índices de producción, mientras que los del Occidente capitalista estaban estancados. (Mientras tanto, para los «comunistas» occidentales, miembros de los gobiernos burgueses de «reconstrucción patriótica», las huelgas se convirtieron en «armas de los trust»).

La ilusión debía durar lo suficiente para que la economía occidental cobrara un nuevo impulso. Esta es una constante en la historia del capitalismo: la tasa de aumento de la producción disminuye a medida que el capitalismo envejece. Esta tasa, que fue tanto más alta para el joven capitalismo ruso porque partió casi de cero, disminuirá más tarde, como lo hizo para los capitalismo más antiguos. Si la tasa de aumento anual de la producción fuera realmente un criterio de socialismo, habría que admitir que Alemania Federal y Japón, considerablemente rejuvenecidos por la destrucción de la guerra y cuyas tasas de producción galopan, ¡son más socialistas que Rusia! En este último país, en efecto, el aumento medio anual de la producción se ralentiza progresivamente: 22,6% de 1947 a 1951; 13,1% de 1951 a 1955; 9,1% de 1959 a 1965. Este hecho, que se repite en la historia de todos los capitalismo, confirma que la economía rusa no escapa a ninguna de sus características esenciales.

El farol estalinista sobre la irresistible marcha de la producción rusa tuvo que desmoronarse tras servir de pretexto primero en la «guerra fría» y luego en la «distensión» entre rusos y estadounidenses. Los «milagros» de la producción soviética, a pesar de la fanfarria de Jruschov, no sólo no convencieron a los capitalistas estadounidenses de la «superioridad del sistema socialista sobre el capitalista», sino que el promotor de la «emulación pacífica entre sistemas diferentes» tuvo que reconocer la necesidad de que Rusia se pusiera en la escuela técnica de Occidente.

Con las consignas lanzadas por el economista ruso Lieberman - productividad del trabajo, rentabilidad de las empresas - se caen los últimos velos que ocultan la realidad del capitalismo ruso. En la URSS, la fase de la acumulación originaria de capital ha terminado: la producción rusa se esfuerza por acceder al mercado mundial y, por tanto, debe plegarse a todas sus exigencias. El mercado es un lugar donde las mercancías se enfrentan entre sí. Decir mercancía es decir beneficio. La producción rusa también es una producción con fines de lucro.

Pero este término debe tomarse en su sentido marxista -la plusvalía destinada a convertirse en capital- y no en el sentido vulgar de «ganancia del amo». Bajo este burdo disfraz era fácil para los estalinistas negar su existencia, ya que la propiedad privada de los medios de producción no existe en Rusia.

En cuanto a sus oponentes de izquierda, que incluso admiten que la fuerza de trabajo rusa es explotada, en su mayoría se encierran en el mismo criterio legal y puramente formal, invocando la existencia de una «burocracia» que monopolizaría arbitrariamente el producto nacional. Esta explicación no explica nada: la «burocracia» siempre ha aparecido, en mayor o menor medida, en correspondencia con la génesis y

## Porqué Rusia no es socialista

el devenir de todos los grandes modos de producción, y es la naturaleza de estos modos de producción la que determina sus tareas y privilegios, no ellos los que la determinan. Además, las estructuras del capitalismo moderno tienden a unificarse, tanto en sus «expresiones tradicionales» en Occidente como en Rusia. La de Europa y América se «burocratiza» hasta el punto de que, habiendo disociado desde hace tiempo la propiedad y la gestión, la función del Estado se vuelve decisiva y genera toda una mafia de «gestores» y empresarios que son los verdaderos dueños de la economía. El de Rusia, retrocediendo, «liberaliza», es decir, afloja el control de la producción, presume de las virtudes de la competencia, del comercio y de la libre empresa, aunque este proceso no es sencillo sino contradictorio, por razones políticas y sociales que seguramente tendremos ocasión de examinar en el futuro.

\* \* \*

Aplicados a la historia económica de Rusia, los criterios expuestos al principio de esta serie de artículos nos permiten rastrear la génesis del capitalismo ruso.

Los salarios y la acumulación de capital son claramente incompatibles con el socialismo. Impuestos a la revolución de octubre por el atraso económico del país, dejaban abierta la perspectiva del socialismo futuro en la única y estricta medida en que su empleo se limitaba a satisfacer las necesidades de la vida social en Rusia y se subordinaba estrictamente a la estrategia de extensión internacional de la revolución.

Abandonada esta estrategia, y traducida la «coexistencia pacífica» en una lucha por el mercado mundial, Rusia tuvo que proclamar a la luz del día la primacía en su economía de las categorías universales del capitalismo: competencia, beneficio.

Ciertamente, aparecieron sin la existencia de una clase burguesa dominante, de la que, sin embargo, la burocracia asegura un intermedio, que se acerca a su fin. Pero esta clase no puede permanecer indefinidamente bajo tierra, oculta, casi clandestina, como sigue siendo hoy.

En su nombre actúan los viajeros de comercio políticos que cierran acuerdos comerciales en las capitales extranjeras, así como los militares que reducen con el terror cualquier deseo de emancipación por parte de los «partidos hermanos» de Europa Central o de los Balcanes. Los diplomáticos que «ayudan» a los

países árabes o a Vietnam del Norte y los tanques que vigilan Checoslovaquia son igualmente instrumentos de la futura burguesía capitalista rusa.

Opresor militar antes de ser un competidor «viable», ejecutor del trabajo forzoso antes de extorsionar la plusvalía a la manera refinada de sus rivales occidentales, el capitalismo ruso ha recorrido, en medio siglo de estalinismo, el camino marcado por la sangre, la violencia, la infamia y la corrupción que es la vía principal de todo capitalismo.

La lección que hay que aprender de esto se puede resumir en unas pocas frases. La posibilidad del socialismo en Rusia estaba condicionada a la victoria de la revolución comunista europea. La impostura estalinista, al hacer pasar las actuales relaciones de producción rusas por relaciones no capitalistas, borró toda distinción, incluso la más elemental, entre socialismo y capitalismo y destruyó la única arma real del proletariado: su programa de clase.

La esencia de este programa es, en el plano político, la dictadura del proletariado; en el plano económico, la abolición del intercambio mercantil basado en la explotación de la fuerza de trabajo. De estas dos condiciones para el socialismo, la revolución de octubre sólo logró la primera, y sin poder mantenerla más que unos pocos años, mientras que no pudo -y sus dirigentes lo sabían- lograr la segunda.

La dictadura del proletariado murió en el curso de la degeneración del partido bolchevique. Éste, al convertirse en un instrumento del Estado soviético en lugar de su amo, hizo imposible tanto la victoria internacional del proletariado como la extinción del Estado, punto fundamental del marxismo. Mientras que, en el plano social, la «Constitución democrática de 1936» daba la supremacía a la inmensa masa conservadora del campesinado, en el plano económico Rusia se sometía definitivamente a la ley del valor, al mecanismo de acumulación del capital, cuyas fuerzas irresistibles iban a reproducir en Rusia, sin la ayuda de la revolución internacional, los mismos defectos y monstruosidades que en todas partes.

En un momento en que la lógica inexorable de los hechos revela incluso a los ojos más incrédulos sus infamias y contradicciones, la denuncia del falso socialismo ruso es el primer requisito para el retorno del proletariado internacional a sus objetivos revolucionarios y la rehabilitación, a los ojos de los explotados del mundo, de los principios fundamentales del comunismo.

# El programa agrario de las organizaciones obreras españolas en la Guerra Civil (1936-1939)

*Esta es la tercera parte del trabajo sobre los aspectos principales del desarrollo de la lucha de clase del proletariado español durante los trágicos años '30 del siglo pasado. En las dos entregas anteriores hemos tratado una perspectiva de conjunto acerca de las tesis defendidas por las corrientes oportunistas (socialdemócrata, estalinista, anarquista y de falsa izquierda comunista) en lo referente a dicho periodo (ver El Programa Comunista n° 53, junio de 2018) y, con más detalle, una crítica de esa corriente de «izquierda» comunista enucleada en torno al Partido Obrero de Unificación Marxista que es tomada habitualmente como referente de la singularidad de los acontecimientos de 1936-1939 por las corrientes de la «nueva» izquierda (ver El Programa Comunista n° 54, noviembre de 2020).*

## **¿Por qué dedicar, ahora, un trabajo específicamente a la crítica de las posiciones oportunistas en torno a la cuestión agraria?**

La cuestión agraria no es exclusiva de la Guerra de España, ni siquiera es diversa de la que podemos encontrar en países como Italia o... Pero es cierto que en muchos sentidos en la historia de la Guerra Civil se ha tomado como base para las ideologías más diversas y su lectura sesgada de lo ocurrido. Por un lado, para al menos una de estas corrientes, la anarquista, el fenómeno de las colectivizaciones rurales durante el primer año de la guerra es uno de los fenómenos más destacados, su banderín de enganche a la hora de defender el papel que sus organizaciones y militantes desarrollaron aquellos días. Por otro lado, la imagen que estalinistas y socialdemócratas presentan de la guerra civil como un enfrentamiento entre grandes propietarios agrarios respaldados por el Ejército y un «pueblo» que aglutinaría a proletarios, clases medias urbanas, pequeños propietarios agrícolas, «campesinos», etc., pone un énfasis especial en destacar la figura del terrateniente como desencadenante del conflicto y ejemplo de las «fuerzas feudales» que batieron por las armas al régimen republicano. Pero para nosotros la importancia del desarrollo de las relaciones entre clases en el campo y, por lo tanto, de las organizaciones obreras que lograron influenciar al proletariado rural, no reside en ninguno de estos dos tópicos: ni consideramos a España una excepción en el curso internacional de la lucha de clase del proletariado, y por lo tanto negamos que el proyecto del «socialismo en un solo pueblo» que enarbolaron los anarquistas tenga un valor superior al que nos dan las lecciones de la gran tragedia mundial del proletariado en los años de entreguerras, ni vemos en el caso español el primero de una serie de envites que acabaron con la victoria de las potencias aliadas en la IIª Guerra Mundial. Sencillamente se trata de dar una contribución como partido al balance histórico de la gran derrota del proletariado español a manos de las fuerzas coaligadas de la burguesía y el oportunismo de todos los colores y de hacerlo centrándonos en el terreno en el que este proletariado se mostró

más combativo: en el campo.

La historia de la Guerra Civil (y de su preámbulo en los años 1931-35 como un enfrentamiento entre un bloque progresista-republicano, tras el cual se encontraban todas las facciones políticas obreras, y un bloque reaccionario-militar, presenta a España como un país atrasado en lo que se refiere a las relaciones sociales predominantes, como una nación semi feudal donde tanto las formas sociales como las libertades que caracterizaban al resto de países del entorno estaban ausentes y en el cual, por lo tanto, se libró una batalla por equipararse a dichos países. En este relato de los hechos, el que España fuese entonces un país predominantemente agrario se presenta como una prueba definitiva del atraso secular que padecía el conjunto de la población. En pocas palabras, esta es la tesis de la *revolución democrática pendiente* que han enarbolado prácticamente todas las corrientes políticas y sindicales que tuvieron, y tienen aún, prédica entre los proletarios ibéricos de entonces y de hoy. En la primera parte de este trabajo mostramos lo erróneo de esta tesis con un repaso sucinto al periodo revolucionario de la burguesía española que, si bien quedó cerrado en falso en algunos términos, abarcó prácticamente todo el siglo XIX y no se distanció demasiado de los vividos en países como Italia o Francia.

A continuación y a modo de introducción, vamos a repetir el esquema que ya expusimos exponiendo con un poco más de detalle lo referido a la cuestión agraria.

-1808-1833. Previamente a la invasión napoleónica de España, este es un país eminentemente feudal (1) en el que la acción reformadora de las corrientes ilustradas ni siquiera ha logrado erosionar la estructura

---

(1) Entiéndase aquí que el «despotismo asiático» del que habla Marx en sus escritos sobre el periodo es sólo un símil que no busca buscar una excepción española al mundo feudal que constituía prácticamente toda la Europa de la época. Las características específicas que

## El programa agrario

política y económica. La baja densidad de población, el aislamiento de las regiones entre sí y respecto al poder central y la pervivencia de particularismos locales que se remontan a la Edad Media conformaban un país con diferencias muy acusadas en términos políticos, económicos y sociales entre sus partes, pero en conjunto predominaban las relaciones de producción feudales, lo que en el campo significa propiedad por parte de la nobleza y de la aristocracia de la tierra, limitación de los movimientos de los campesinos o de los siervos, persistencia de las rentas agrarias del tipo diezmo, etc. La invasión napoleónica y el comienzo de la Guerra de Independencia traen, en primer lugar, el paso de buena parte de la aristocracia y la nobleza (los reyes los primeros) al bando francés. La presión de un pueblo que representaba la única parte viva de la nación (Marx) produjo una situación de caos generalizado. La debilidad de las fuerzas típicamente burguesas, incapaces de organizarse en partido nacional ni de mantener la guerra contra el invasor, no impidió que algunos de sus representantes más avanzados comenzasen una labor de derrocamiento del orden feudal. Las Cortes de Cádiz (2), el mejor ejemplo de este movimiento, legislan a favor de la supresión de los señoríos jurisdiccionales (3) pero debido a su propio carácter y formación (con revolucionarios y reaccionarios unidos en el interés común de expulsar al invasor) mantuvieron algunos resabios del mundo feudal y, principalmente, la propiedad de la tierra en manos de la nobleza. El programa revolucionario burgués en el terreno agrario queda fijado a partir de estos términos para todo el periodo posterior. El gobierno del Trienio Liberal de 1820-23 pretendió impulsar lo aprobado en Cádiz que había quedado parado con la entrada de Fernando VII, pero nuevamente vuelve la reacción a imponerse. Solo con la entrada de Isabel II en 1833 (v. constitución de 1837) son abolidos definitivamente los señoríos. La propiedad de la tierra seguía en manos de la nobleza a pesar del fin de señoríos y mayorazgos. Los movimientos «liberales» posteriores, encabezados por la baja nobleza urbana y por la burguesía de las ciudades comerciales e industriales de la periferia del país mantendrán los términos básicos de estas reivindicaciones. Por el momento, la ausencia de un movimiento popular de tipo revolucionario, mantiene las exigencias características del campesinado (reparto de tierras, abolición de la propiedad feudal, etc.) fuera de juego.

-1833-1868. Tras dos décadas de reacción absolutista (durante las cuales fueron perseguidas y diezmadas las escasas fuerzas burguesas revolucionarias que intentaron defender los puntos programáticos de las Cortes de Cádiz, la lenta inclusión de España en los circuitos económicos y comerciales europeos posteriores al fin de las guerras napoleónicas, la pérdida de las colonias latinoamericanas, etc., fuerzan un lento desarrollo económico y la aparición de una pequeña burguesía rural interesada en la supresión de los derechos feudales sobre la tierra. Las guerras carlistas (4) constituyen el gran enfrentamiento entre las fuerzas burguesas y pequeño burguesas defensoras del ascenso al trono de Isabel de Borbón como garantía de una serie de reformas que les serían beneficiosas en cuanto mermarían el poder de la nobleza feudal y esta misma nobleza feudal y las clases que apoyan a la reacción.

Por otro lado, la gran debilidad financiera del Estado, que se veía atrapado entre las presiones realizadas por la incipiente burguesía para apoyar el desarrollo industrial del país y su escasez crónica de recursos para llevar a cabo estos proyectos, impulsa las llamadas desamortizaciones (1836, 1841 y 1854), consistentes en la venta de las tierras que pertenecían al Estado y a los Ayuntamientos, así como una parte muy importante de las que eran de la Iglesia, para llenar las arcas públicas. La convergencia de estos factores tiene como resultado la consolidación definitiva de una clase social de pequeños y medianos propietarios agrícolas, que pudieron comprar las tierras desamortizadas y que tomaron partido en la lucha política que fue la Iª Guerra Carlista por el bando isabelino. En este momento, buena parte del país comienza a ver una estructura social típicamente burguesa en el campo, si bien entremezclada con formas intermedias de propiedad, como las aparcerías, los contratos de enfiteusis y un largo etcétera.

Queda por explicar el fenómeno más característico del periodo: la aparición de un proletariado rural en la zona centro sur (Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Toledo) y sudoccidental del país (Sevilla, Cádiz, Córdoba) como consecuencia del fin de los señoríos jurisdiccionales, miles de antiguos trabajadores que pertenecían a la tierra del señor, quedan desposeídos de esta. Decenas de pueblos de esta región ven cómo sus

---

aparecen en España tras el «acto fallido» que fue la monarquía absoluta de los Reyes Católicos en el siglo XV (primera monarquía de este tipo en todo el mundo) matizan las relaciones políticas predominantemente feudales del país sobre todo en lo referido a la existencia de un Estado omnímodo pero incapaz de hacerse cargo del conjunto del país, desmembrado de este manera entre la influencia de las diferentes autoridades locales. Pero en ningún caso esto puede entenderse en el sentido de que España no fue un país feudal según el modelo clásico.

(2) Cortes Generales reunidas en ausencia del rey Fernando VII (que estaba «preso» de franceses) y que lanzan un programa de corte anti feudal a todo el país, si bien con escasa fuerza práctica para imponerlo.

(3) Los señoríos jurisdiccionales eran la forma jurídica a través de la cual la nobleza gobernaba sobre la población, restringiendo su movimiento, aplicando leyes locales que tenían en el noble a su único garante, etc.

(4) Las tres guerras carlistas, de las cuales la más importante es la primera (1833-1840), son una serie de enfrentamientos librados entre los partidarios de la Infanta Isabel (heredera al trono de su padre, Fernando VII, gracias a la modificación de la ley que impedía la herencia a las mujeres) y el pretendiente Carlos de Borbón. En el trasfondo de estas guerras está el enfrentamiento entre la burguesía progresista aliada con las clases populares del campo, interesadas en el fin de las restricciones feudales a la propiedad privada, y los partidarios de un retorno al absolutismo feudal clásico, aliados a su vez de los pequeños propietarios agrícolas vasco-navarros que buscaban el mantenimiento de régimen particular concedido por los Fueros locales que les permitía la propiedad de pequeños lotes de tierra y el uso de las tierras comunales.

habitantes se convierten en jornaleros sin tierra, toda vez que las pequeñas explotaciones eran algo prácticamente inexistente en la región y las tierras comunales fueron usurpadas por los nobles. Lo que se produce en un fenómeno de *junkerización* del desarrollo del capitalismo en el campo. Mientras en el resto del país la pequeña propiedad tiene un peso importante junto con las formas intermedias feudales-capitalistas, en la zona meridional los *latifundios* en los que la nobleza emplea a los proletarios por medio de empresas (cortijos, haciendas, etc.) en las que sólo existe la relación entre patrón y asalariado, es la norma.

No existía una servidumbre feudal pura en Castilla desde la edad media porque las formas jurídicas (establecidas en el siglo XIV), relajaron su aplicación, liberando ya muchos brazos (que acabaron emigrando a América y en tantas otras guerras). En la zona aragonesa-catalana la servidumbre más ferrea se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVI. Lo que existe desde el siglo XV-XVI en ambos reinos es el señorío y el mayorazgo (propiedad feudal) junto a una cierta propiedad capitalista de la tierra (ya desde el siglo XVI, pequeña, pero en desarrollo sobre todo en el siglo XVIII y en el Siglo XIX a partir de las grandes propiedades fomentadas por la corona para el cultivo de tabaco, etc). El desarrollo económico «interno» se produce muy lentamente en el siglo XVIII y solo se acelera tras la pérdida de las colonias (en primer lugar desde 1821 con Argentina etc... y finalmente en 1898 con Cuba). España, como metrópoli, «podía» no desarrollar sus fuerzas productivas porque chupaba de lo que las colonias le daban, sus colonias y sus esclavos... A pesar de estas formas relajadas de servidumbre, habrá que esperar a la Guerra de la Independencia para ver romperse poco a poco todas las trabas y resabios feudales. *El fenómeno más característico del periodo* es la aparición del proletariado rural en el sur (o de una clase de jornaleros asimilable a tal). Esto no quiere decir que previamente al siglo XIX no existiese un proto-proletariado en otras regiones del país, porque ya existía la propiedad privada de la tierra en los términos característicos del capitalismo. Pero del siglo XVI al siglo XVIII hablamos de fenómenos marginales, en el sentido de colocados en los márgenes, dentro de un mundo de relaciones precapitalistas. Para el tema que nos interesa, la liberación de grandes masas de proletarios en el sur del país es el fenómeno decisivo: de ahí va a partir la gran fuerza organizativa del proletariado (de nuevo: no es que no existiese previamente, pero el fenómeno asociativo e insurreccional del último cuarto del siglo XIX es consecuencia de este desarrollo).

Otra cosa que hay que comentar aquí es, claramente, que la burguesía revolucionaria española se arrojó ya desde 1830/1856 y se convirtió en una burguesía «timorata» como pocas -salvando quizás a la burguesía catalana hasta cierto punto-, la fusión típica de las clases «feudales» con la gran burguesía en España es un producto típico de una burguesía cobarde que muy pronto tuvo miedo y aunque habrá sectores más avanzados (como los federalistas etc de la revolución posterior) los grandes propietarios e industriales se mantuvieron siempre (ya desde Isabel II) en esa típica medianía.

-1868 en adelante. El fracaso de la última intentona

de determinados sectores burgueses por hacerse con el control del Estado (Revolución de 1868) tiene en la gran propiedad feudal y en la clase de los propietarios agrícolas acomodados una de sus principales razones. No en vano, tras la Restauración borbónica de 1874, se estableció el conocido como Régimen de la Restauración (consolidación de 1876), en el cual la oligarquía terrateniente impuso su dominio sobre las burguesías industriales periféricas, la pequeña burguesía urbana y, por supuesto, el naciente proletariado urbano y rural, cediendo solo en leces concesiones (como la libertad de culto). Hay un predominio político evidente de la oligarquía terrateniente (en la medida en que el Estado le pertenece) y no tanto un predominio económico, con el cual no se podría explicar la crisis de la Restauración, a Maura o a Cambó. Pero sobretodo hay un dominio económico sobre la pequeña burguesía y el proletariado, claro. Dentro de la burguesía española se producen en este momento los primeros alineamientos, «librecambistas» (Cataluña y Castilla) frente a «proteccionistas» (Andalucía y País Vasco). Estos alineamientos se romperán solo al borde de la Primera Guerra Mundial. Dentro de este alineamiento, los «agrarios» se encuentra repartidos en ambos bloques: harrineros castellanos (base del capital financiero madrileño), olivareros andaluces (de los que hay que estudiar más su desarrollo).

En este punto, la propiedad feudal ya no es la predominante en el país. Esto no quiere decir que no subsistan regímenes particulares de dependencia hacia la nobleza o el clero, o que se haya producido un reparto de tierras libres entre los campesinos... sino que la tierra, en general, tiene ahora un carácter típicamente capitalista en lo que se refiere a su propiedad (es enajenable, sujeta a tributos, etc.) y las relaciones sociales en torno a ella también (las rentas son de tipo comercial por lo general, está muy extendido el trabajo asalariado, etc.). Esto tampoco implica que la clase burguesa rural sea la predominante: la antigua nobleza aliada a los grandes propietarios enriquecidos durante la primera mitad del siglo y a la Iglesia conforman una oligarquía que extiende sus dominios al incipiente mundo financiero y que va a dominar durante casi cincuenta años un régimen político con el que pretendió mantener el poder frente a las más dinámicas burguesías industriales, concentradas sobre todo en Cataluña y País Vasco. La idea de un desarrollo centralizado tipo francés es extraña al país incluso en este momento (después de aquella revolución «cantonal»), la discusión del desarrollo del campo y las regiones centra el debate político entre librecambistas y proteccionistas, mientras en el campo español en la mayoría de los sitios ambos «partidos», apoyándose en el característico localismo desarrollan el sistema del «caciquismo» a gran escala.

El correlato de esta situación, es el crecimiento de una clase social de jornaleros sin tierra prácticamente asimilables a los proletarios, explotados en cortijos, con jornales de hambre, etc. Será entre esta clase donde crezca el asociacionismo proletario de primera hora tanto en la zona sur del país como entre los emigrantes que poblaron Cataluña, Valencia o País Vasco. Y serán ellos quienes protagonicen las más duras luchas de clase incluso en el periodo republicano de 1931-1936 cuando el progresivo desarrollo del modo de producción

## El programa agrario

capitalista en el campo haga alcanzar un nivel de tensión irresoluble por otra vía.

### 1. La crisis económica y social del campo español en 1931-1936

La cuestión de los posicionamientos de las corrientes y partidos obreros sobre el problema del campo español está delimitada por las fortísimas convulsiones que sufrió este durante el periodo previo a la Guerra Civil. Más allá del mito, del que hemos intentado mostrar su falsedad en los trabajos previos, del enfrentamiento entre fuerzas «progresistas» y «reaccionarias» durante los años de la IIª República, el problema agrario español está en el inicio y en el final del tortuoso camino que supusieron los años '30 del siglo pasado. No en vano, algunas corrientes de la historiografía contemporánea colocan los enfrentamientos sociales en el campo como el detonante de la Guerra Civil, llegando a afirmar que el propio curso del enfrentamiento militar sigue las líneas de la conflictividad agraria de la época.

En 1931, año de la proclamación de la IIª República, la economía española era fundamentalmente una economía agrícola: el 45% de la población activa estaba ocupada en el campo que, a su vez, era la fuente del 40% del Producto Interior Bruto español. Pero no se trataba de una agricultura atrasada, en los términos en los que la propaganda del Partido Socialista o el Comunista pretendía, para mostrar el carácter «feudal» del país. De hecho el sector agrario presentaba, al menos en algunas regiones del país, un dinamismo mayor que el de la propia industria.

Desde 1900 los productos agrícolas considerados de alto rendimiento, como el viñedo, el olivar, los hortofrutícolas o los almendros fueron ganándole espacio a la producción de cereales y leguminosas, ganándose, donde se efectuaba este cambio, en producción por hectárea y productividad por trabajador empleado en el sector. Además, estos cultivos tenían una función cada vez más marcadamente exportadora, llegándose al punto de que el sector primario se convirtió en el principal agente del superávit de la balanza comercial española y, por lo tanto, la vía para la obtención de divisas que podían fortalecer la inversión industrial y financiera del país.

Con todo esto, la estructura productiva en el campo distaba mucho de dar de sí todo lo que podía: la distribución de la propiedad, la escasa inversión en medios técnicos y abonos y el sistema proteccionista, que elevaba artificialmente los precios interiores y exteriores, especialmente del cereal, eran signos de un desarrollo todavía en ciernes. Pero de estos tres elementos, ninguno puede decirse que caracterice al campo español como un mundo pre capitalista en el sentido que se le ha intentado dar: el predominio de las pequeñas explotaciones en la mitad norte del país junto con la amplia extensión de sistemas de arrendamiento y aparcería, que fragmentaban las grandes superficies agrícolas, no es una característica de la agricultura feudal sino, más bien, de la emergencia de un campesinado propietario o semi propietario de pequeñas explotaciones agrarias que va «robando» cada vez más espacio a la vieja oligarquía terrateniente y, por lo tan-

to, fortaleciéndose social, económica y políticamente. Por otro lado, la escasa mecanización del campo y el uso todavía muy extendido de los sistemas de barbecho en todas sus variantes, dicen sólo de la *baja productividad* real frente a la potencial de la empresa agrícola, pero no ponen en entredicho que esta sea propiamente una empresa en el sentido capitalista del término. Es más, es precisamente en la zona de las grandes explotaciones agrícolas donde las relaciones laborales típicamente capitalistas están más extendidas y donde las formas intermedias de generación y distribución de la renta agraria aparecen con menor frecuencia. Finalmente, las medidas proteccionistas, tomadas por todos los gobiernos desde la depresión agrícola mundial de 1880 responden a las exigencias del partido agrario, especialmente del radicado en el sur y el centro de España y centrado en la producción de cereales, pero también a las exigencias de los productores industriales catalanes, y es la base de un pacto de convivencia entre ambos que caracterizó el desarrollo político del país, en términos puramente burgueses, desde comienzos del siglo XX.

No se trata, por lo tanto, de un problema estrictamente económico. El atraso en la productividad, las bajas rentas, etc. no fueron la causa de la tensión social que arrasó las relaciones entre señores y jornaleros o entre arrendatarios y terratenientes porque estas ya eran características del campo español incluso antes de comienzos del siglo XX y, de hecho, durante el primer cuarto de este, su agudeza se fue atenuando. Se trata, por lo tanto, de rechazar la falsa idea, extendida desde las tribunas de PSOE, PCE, CNT e incluso el POUM, de que el problema se planteaba en los términos de una revolución burguesa, podemos decir como la de 1789, en el campo español. De hecho, las bases del desarrollo que debían haber dado lugar a una revolución de este tipo, ya estaban fermentando desde mucho antes de 1931. Son las relaciones sociales capitalistas las que priman mayoritariamente en el país en general y, en particular, en el mundo rural, y es la confrontación esencial que se deriva de ellas, la que enfrenta a burguesía y a proletariado, la que está en el centro del problema social del campo durante el periodo estudiado.

¿Significa esto que en el campo español, en 1931, no queda espacio para reformas de corte democrático-burgués y que el único dilema que se presenta es el del triunfo o la derrota de una revolución netamente proletaria y comunista? Obviamente no. El desarrollo de las relaciones de producción capitalistas avanza de manera mucho más lenta en el campo y la agricultura que en la ciudad y la industria por motivos evidentes, entre los cuales el mayor rendimiento en términos de beneficio que se obtiene en el ámbito industrial, la mayor capacidad para desarrollar el trabajo asociado en este, etc. Es por ello que, aunque en los términos fundamentales la base para una revolución de tipo burguesa-democrática pueda haber desaparecido, como es el caso que estudiamos, buena parte de los efectos colaterales que esta debía producir pueden seguir pendientes y ser necesarios e incluso deseables para buena parte de la población agraria. De hecho, el «programa máximo» de la revolución burguesa en el campo, es decir la nacionalización de la tierra y la eliminación de la figura del gran propietario rentista, que únicamente

generaliza de manera definitiva el modo de producción capitalista en el campo, sin tocar siquiera las bases de este, ha quedado muy lejos de los términos en los que la revolución burguesa se ha desarrollado, probablemente a excepción de en Rusia... donde fue la clase proletaria y su partido quienes lo llevaron a cabo. Por lo tanto, las medidas intermedias como el reparto de tierras, la liquidación de las rentas abusivas y, por supuesto, el fin de cualquier resabio más característicamente feudal, como eran las obligaciones con los señores o la Iglesia, desde luego que tenían un sentido en 1931, pero únicamente como un paso intermedio en los mismos términos en los que lo podían tener las exigencias democráticas en ámbitos como la libertad de expresión, de culto, etc.

Las luchas entre las diferentes clases sociales del campo, incluso desde antes del periodo republicano, lo muestran. En un primer momento, en el periodo que Marx define como el despertar de «la cuestión social en los términos modernos» (ya en 1856, pero sobre todo desde 1868), el asociacionismo proletario bajo la bandera de la Iª Internacional se extendió tanto en las ciudades industriales y comerciales como en el campo, dando este algunas de las secciones más importantes de la Internacional que pudieron mantenerse vivas, incluso pasada la derrota del movimiento cantonalista (8). Durante este periodo, especialmente en Andalucía, que es la región para la cual está mejor documentada esta «cuestión social», a cada «año malo», entendiendo por esto un año de malas cosechas y por lo tanto de hambre, le sucedían revueltas de jornaleros y pequeños propietarios. Este movimiento «mixto», en el sentido de que participan en él clases sociales diferentes, caracterizadas todas por el padecimiento de una pobreza extrema durante los periodos de escasez, tuvo inicialmente una impronta republicana y se caracterizó por la participación de líderes obreros de orientación libertaria que arrastraban a grandes masas de campesinos a acciones como la toma de Jerez en 1892 por los campesinos de la región, basadas en un rápido y audaz golpe de fuerza y una igualmente rápida derrota a manos del ejército. En estos movimientos los proletarios del campo siempre jugaban un papel determinante, si bien política y organizativamente se colocaban a la zaga de las fuerzas típicamente pequeño burguesas de las principales ciudades agrícolas: imponían la ocupación de tierras y cedían el terreno de la reivindicación política a los representantes de los partidos republicanos y federalistas.

Lentamente la evolución económica en el campo, en el que van acabando los «malos años» al menos en los términos tan duros del siglo XIX, va configurando un movimiento de jornaleros y semi-jornaleros organizado para la lucha inmediata y no sólo para la insurrección de un día. Los principales ciclos de lucha, que coinciden con los del proletariado industrial de la ciudad, fueron el de 1903-1905, causado por la gran conmoción nacional que supuso la pérdida de Cuba, la úl-

tima colonia americana del país, el de 1909-1911, a consecuencia de las levas forzosas de soldados para la Guerra del Rif y el de 1918-1920, conocido como el «trienio bolchevique».

Durante el primero, de 1903 a 1905, la fuerza organizada en un sentido netamente proletario todavía era muy débil: la serie de huelgas que se dan en toda la región andaluza tiene más el carácter de una sublevación de tipo antiguo, en el que las exigencias salariales y relativas a las condiciones laborales tienen un peso secundario frente a la acción espontánea, popular y semi insurreccional. Pero ya durante el segundo periodo y sobre todo durante el tercero, la lucha de clase en el campo tomó un carácter proletario mucho más marcado. Los centros obreros, organizados sobre todo por las corrientes libertarias primero y por la CNT después, aglutinaron en algunos pueblos a prácticamente la totalidad de los campesinos, entendiendo por estos a jornaleros y semi jornaleros, que completaban con un salario la renta que les daba su tierra en propiedad. Desde ellos se lanzaron las grandes huelgas de 1918 donde las exigencias salariales, es decir, las necesidades de la parte puramente proletaria del campesinado, tienen un peso decisivo. Y también en ellos se realiza la primera gran delimitación de terrenos entre los jornaleros puros y los pequeños propietarios: los primeros tienen intereses de tipo salarial, reducción de las jornadas laborales, empleo para los parados, acabar con el sistema de destajos, etc. y utilizan la huelga como arma de combate específicamente económica y no como manera de hacerse con el control del municipio. Los segundos no sólo tienen interés en mantener salarios bajos por la parte que les toca como compradores de mano de obra, sino que rechazan que las huelgas se transformen en acciones de tipo laboral, que les perjudican directamente al no permitirles explotar sus propiedades. Desde este momento, que coincide con la crisis política de 1917-1919, el auge del sindicalismo en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades, en el campo español, especialmente en la zona sur, aparece un movimiento de tipo proletario, organizado en sindicatos de clase (CNT en primer lugar, posteriormente UGT) y con exigencias específicamente clasistas. En un magma social que había permanecido aparentemente indiferenciado, si bien continuamente espoleado hacia la lucha por las condiciones de extrema miseria en que vivían jornaleros y pequeños propietarios, se delimitó el terreno que correspondía a cada clase social. El mito del jornalero «hambriento de tierra», que responde precisamente a una reivindicación de ese magma interclasista como verdadera expresión de la lucha de clase en el campo, topa con la realidad de una clase proletaria fuertemente organizada, en Andalucía desde luego, pero también en amplias zonas de Castilla, en el interior de Valencia y, en fin, en todos los lugares donde se había dado una evolución similar, basada en la conformación de un proletariado sin tierras y una burguesía y pequeña burguesía poseedoras.

---

(8) El movimiento cantonalista, que supuso el final de la Iª República española (1873-1874), consistió en una serie de sublevaciones de corte republicano y federalista en las buena parte de las ciudades comerciales del país (Cartagena, Alcoy, Valencia...) y en algunos municipios agrícolas del oeste andaluz. Fue aplastado militarmente por el Estado tras lo cual se impuso el Régimen de la Restauración borbónica. El texto clásico de Engels, *Los bakuninistas en acción* describe el curso de los acontecimientos y la posición de los partidarios de la corriente bakuninista en ella.

## El programa agrario

Con este cuadro de la evolución económica del campo español y de las relaciones entre las diferentes clases sociales que la padecieron, pretendemos mostrar, de manera sumamente esquemática, que el desarrollo de las contradicciones sociales características del modo de producción capitalista estaba presente, aún de manera embrionaria y localizada únicamente en determinadas regiones, a la hora de la pretendida «revolución burguesa» de 1931. La crisis de 1929, que tuvo un impacto especialmente duro en el campo español, cerrándole buena parte de los circuitos comerciales extranjeros y provocando un descenso muy acusado de los precios en el mercado interior, etc., agravó las condiciones de existencia de todas las clases sociales subalternas en el campo: del proletario al pequeño propietario, del aparcerero al yuntero... y de todas las clases sociales de las ciudades agrícolas que vivían en contacto estrecho con el campo y que requerían de él y de su producto para existir.

Como es sabido, la llegada del régimen republicano en 1931, supuso la imposición de un régimen democrático con la esperanza de que este pudiese frenar la escalada de luchas proletarias que comenzaba a crecer y que amenazaba con acabar no sólo con la monarquía sino con la mucho más profunda estabilidad de la sociedad burguesa. Y la República trajo, en primer lugar y como proyecto principal ya desde el momento en que se conforman las Cortes Constituyentes, una Reforma Agraria que pretendía calmar la agitación en el campo.

En el contexto de una fuerte crisis agrícola, que implicó principalmente una caída de la renta de la tierra, tras la cual el fin de la explotación de miles de hectáreas, la expulsión de los arrendatarios de tierras en las que habían estado durante décadas, etc., la Reforma Agraria buscaba atenuar las consecuencias de esta crisis mediante dos tipos de leyes:

-las primeras, aquellas referidas a la propiedad de la tierra. Se basaron, por un lado, en los proyectos de expropiación de los grandes latifundios en los que buena parte de la tierra permanecía sin cultivar, con el fin de entregárselo a los jornaleros y a los pequeños propietarios. Y, por el otro, en la puesta en «laboreo forzoso» de los terrenos no explotados. A esto se sumó la liquidación definitiva de las cargas señoriales sobre determinadas tierras, revisión de los contratos de arrendamiento, etc.

-las segundas, las medidas de carácter laboral. La principal de estas medidas fue la fijación de un salario mínimo por jornada. Tras esta, la «ley de términos municipales» que impedía a los propietarios agrícolas de un municipio contratar a jornaleros de otro diferente si en el suyo había trabajadores desempleados. Finalmente, todo un sistema de «jurados mixtos» (9) y otros mecanismos de mediación encaminados a resolver las «diferencias» entre patronos y trabajadores.

Como se puede ver, estas medidas van en dos direcciones. Por un lado, se trató de crear una capa de

campesinos propietarios y de arrendatarios bien establecidos, que permitiese conformar un colchón entre los grandes propietarios y los proletarios puros del campo. Obviamente, esto se hizo sin la intención de dañar en absoluto los intereses de los grandes propietarios de tierras, estableciendo un sistema de compensaciones, etc., previo al asentamiento de los nuevos propietarios que, por su lentitud deliberada, implicaba que el reparto llegaría a tardar más de cien años en completarse. En cualquier caso, esta medida basada en los repartos y en la liquidación de los últimos resabios de propiedad feudal, así como en la regularización de todas las tipologías intermedias de contratos de arrendamiento, contaron siempre con el visto bueno incluso de los grandes propietarios. Hubiera constituido, en caso de haberse llevado a cabo, una buena forma de neutralizar el impulso de lucha proletario, no tanto porque se hubiese transformado a los proletarios en propietarios sino porque se hubiese logrado el apoyo a la República de los campesinos de aquellas regiones del país donde este reparto tenía sentido, dada la estructura de las explotaciones agrarias, y con él se hubiera neutralizado la fuerza que el proletariado jornalero tenía como revulsivo para la lucha de clase en el campo por todo el país. Es necesario recordar que, si bien con la llegada de la derecha al gobierno en 1933 (10) la Reforma Agraria impulsada durante el bienio precedente por el PSOE y los partidos republicanos se frenó, los repartos de tierras continuaron, incluso se hicieron a un ritmo mucho mayor que el de los dos años previos, demostración de que en defensa de sus intereses de clase, la burguesía es capaz de mirar mucho más allá del conflicto inmediato.

Por otro lado, esta misma lucha forzó a la burguesía a realizar muchas concesiones en el terreno estrictamente laboral: salarios, condiciones de trabajo y fin de la represión contra el movimiento proletario organizado, fundamentalmente. En este caso, el objetivo fue, sencillamente, evitar la quiebra del régimen recién advenido. La desesperación y el hambre que cundió entre los jornaleros y los agricultores pobres dieron lugar a una serie de movimientos más o menos espontáneos que, de 1931 a 1934, pusieron al campo en pie de guerra. La reacción de la burguesía fue sacrificar los intereses más inmediatos de las clases propietarias del campo para intentar frenar la escalada hacia la guerra entre clases. Con ello se lograron dos cosas: 1) la legislación no llegó a las grandes propiedades, donde se concentraban la mayor parte de los proletarios. A lo largo de los tres primeros años del régimen republicano se suceden las huelgas exigiendo el respeto por parte de los propietarios de las nuevas leyes. El gobierno republicano-socialista, interesado en mantener a los proletarios del campo a raya, permite a los propietarios ejercer presión para anular de una manera u otra la aplicación práctica de la legislación. 2) Se reprimen con el salvajismo habitual los movimientos huelguísticos que se suceden. El segundo logro de estas medidas de tipo

---

(9) Los jurados mixtos fueron un ente de arbitraje entre patronos y trabajadores en caso de conflicto laboral auspiciado por el gobierno. Se trató de un proyecto puesto en marcha ya durante la dictadura de Primo de Rivera por Pablo Iglesias (consejero del Ministerio de Trabajo) con el fin, claro, de crear una mínima estructura de colaboración entre clases sobre el terreno más inmediato con la cual desactivar el sindicalismo de clase. En la práctica más inmediata, tanto durante la dictadura de Primo como durante la República, se buscaba el trasvase de obreros de la CNT, que rechazó siempre estos jurados mixtos, hacia la UGT que, aceptándolos, podía lograr más ventajas para sus afiliados.

laboral es arrojar a los brazos de la reacción agraria a los pequeños propietarios: mientras que el latifundista ignoraba la ley republicana, el pequeño propietario que contrataba esporádicamente a asalariados para completar las faenas de su explotación, vio como los salarios se encarecen, las organizaciones obreras crecían... y su, ya de por sí, escasa renta se esfumaba. Con ello se fue configurando un movimiento anti proletario entre los estratos más bajos de los propietarios agrícolas que se alineó con los postulados de la gran burguesía, nutriendo las organizaciones católicas y falangistas en las ciudades agrícolas.

### 2. Principales acontecimientos del periodo más convulso (1931-1936).

Los años que van de 1931 a 1936 fueron los más convulsos en el campo español. Las épocas de mayor agitación previas a este periodo, las que hemos descrito más arriba de manera muy sumaria, fueron realmente una preparación para el gran enfrentamiento entre clases que tuvo lugar en el periodo estudiado. La conformación de las dos grandes corrientes sindicales, anarquista y socialista, la extensión de la huelga como arma de combate exclusivamente proletaria y la delimitación de un frente de batalla en el cual el contingente proletario aparece con una bandera y unas reivindicaciones propias entre el resto de las clases en liza (muchas de las cuales intervienen junto a este proletariado en sus luchas reivindicativas, pero ocupando un espacio cada vez más limitado a sus propias exigencias)... son fenómenos que eclosionaron a partir de 1.931 y llegaron a su cénit en los años 1.936-1.937 dando lugar al hecho más característico del periodo republicano y la Guerra Civil: la incapacidad por parte de los grandes propietarios rurales y del propio gobierno republicano para contener la fortísima marea de agitación agraria que sacudió el país.

Basta con hacer un breve repaso a los acontecimientos que toda historia del periodo cita como decisivos para comprobar que esta agitación agraria estuvo en el centro de la inestabilidad del régimen republicano y del inicio y desarrollo de la propia Guerra Civil.

**Castilblanco, 1931:** después de dos jornadas de huelga generalizada en el campo extremeño, los trabajadores de Castilblanco, un pueblo de Badajoz, se enfrentan con la Guardia Civil y linchan a los agentes que intentaron reprimir una manifestación. Este hecho, que tuvo lugar el 31 de diciembre, dio comienzo a una semana de fortísimos enfrentamientos entre jornaleros y proletarios de la ciudad por un lado y Guardia Civil por otro: Épila, en Zaragoza, dos muertos entre los jornaleros; Jeresa, Valencia, durante una huelga de campesinos la Guardia Civil asesina a cuatro manifestantes; Arnedo, La Rioja, la Guardia Civil asesinó a 11 obreros durante una huelga de una empresa de calzado.

**Insurrección del Bajo Llobregat:** el 18 de enero de 1932, los mineros de esta zona de Cataluña se levantan en armas haciéndose temporalmente con el control de algunos de los pueblos más relevantes de la

región proclamando el «comunismo libertario». El Estado se hace rápidamente con el control de estas zonas, pero la insurrección tiene eco en pueblos de Valencia y Aragón, donde los jornaleros atacaron a la Guardia Civil haciéndose con el control de las localidades hasta el 27 de enero.

**Insurrección de enero de 1933:** una acción programada por elementos de la CNT y de la FAI da lugar a enfrentamientos con las fuerzas de orden en Madrid, Cataluña y Asturias. En el campo, siempre pronto a estallar, los jornaleros se hacen con el control de Casas Viejas (Cádiz) y Castilblanco (Córdoba). En la primera de estas localidades, la acción del ejército conlleva el fusilamiento de una familia entera de jornaleros que se atrincheró en su casa (son los famosos Sucesos de Casas Viejas) mientras que en la segunda el ejército no lo tuvo tan sencillo y se vio obligado a combatir calle por calle en el pueblo, matando a numerosos obreros y fusilando a los líderes del movimiento.

**Insurrección de diciembre de 1933:** como fin del «ciclo insurreccional», un nuevo levantamiento iniciado por la CNT-FAI prende en el campo, especialmente en Aragón, con un esquema similar: derrota de la Guardia Civil en los pueblos implicados, asalto y quema del registro de la propiedad, retención como rehenes de las figuras notables del pueblo, entrada del ejército y represión. El saldo fue de 75 muertos por parte de los jornaleros y campesinos.

**Huelga de jornaleros de junio de 1934:** fue la culminación de este periodo de agitación y su punto de máxima tensión. Durante diez o quince días, dependiendo de la localidad, la huelga se extendió con enfrentamientos con la Guardia Civil, ocupación de tierras, etc. Después de su derrota, el movimiento jornalero quedó desarticulado durante al menos dos años. El hecho de que a esta huelga se sucediese, con tan sólo cuatro meses de diferencia, la insurrección de Asturias de octubre de 1934, permite entender la inmensa fuerza proletaria que se puso en juego en el conjunto del país durante estos meses. En ambos casos, la dirección del movimiento a cargo del PSOE y la UGT, implicaron la derrota de este.

**Ocupaciones de tierra en la primavera de 1936.** Sin ser un movimiento estrictamente proletario, porque en él tuvieron un peso decisivo los pequeños propietarios que combianaban el trabajo asalariado con la explotación de sus parcelas de tierra, el fenómeno de las ocupaciones de tierra tras la victoria del Frente Popular en 1936 supuso una puesta en marcha, a la fuerza y por la vía de los hechos, de la Reforma Agraria que este llevaba en su programa y que realmente no tenía ningún interés en aplicar. Episodios de este momento, como la ahora llamada «revuelta campesina de Extremadura», en la que los «yunteros» (poseedores de yuntas que alquilaban bueyes para arar tierras) alcanzaron dimensiones insurreccionales y precipitaron los acontecimientos que llevaron al golpe de Estado de julio del '36. Este movimiento de ocupaciones tuvo su continuidad directa, tras el golpe de julio, en una ocupación ya masiva e imparable que movilizó al

---

(10) Las elecciones de 1933 las ganó la Confederación Española de Derechas Autónomas, un conglomerado de monárquicos, regionalistas y carlistas que hicieron de la lucha contra la Reforma Agraria una de sus banderas.

## El programa agrario

conjunto de clases no propietarias del campo durante la segunda mitad de 1936 y la primera de 1937.

### 3. Posicionamiento de las organizaciones obreras.

Respecto a estos acontecimientos, las grandes organizaciones políticas y sindicales que tenían fuerza e influencia entre los proletarios y, especialmente, entre los proletarios del campo, tomaron posiciones diferentes.

Por un lado, la CNT y la FAI, sindicato de predominio anarquista la primera y organización anarquista específicamente creada para controlar la CNT la segunda. A su dirección pertenecen las tres oleadas insurreccionales de 1932 y 1933 que hemos mencionado. De acuerdo a las posiciones defendidas por sus líderes (especialmente García Oliver y Buenaventura Durruti) la estrategia sindical en el campo debía centrarse en abandonar las reivindicaciones básicas por cuestiones de salario, tiempos de trabajo, etc. y pasar a organizar movimientos insurreccionales que implicasen la toma inmediata del control de las localidades donde el sindicato tuviese la fuerza suficiente y la proclamación del llamado «comunismo libertario». De acuerdo a estos mismos líderes, estos movimientos no tenían como objetivo el éxito, entendido este como desarrollo de un plan insurreccional, guerra contra las fuerzas del enemigo y triunfo sobre ellas, sino «comocionar» al proletariado español y dar lugar a una reacción en cadena que generase una revolución generalizada. Puede resultar difícil de entender que se lanzase a movimientos insurreccionales a decenas de miles de jornaleros y campesinos con la única expectativa de ser reprimidos por el ejército y la Guardia Civil, pero este el hecho de que fuese así da una idea clara tanto del nivel de tensión existente en el campo durante aquellos años, que permite que sucesivamente diferentes pueblos de distintas provincias, vean un movimiento de este tipo en sus calles como de la incapacidad política y organizativa de la corriente anarquista, que no pudo tan siquiera elaborar una táctica que fuese más allá de los límites locales. Desde 1933 la CNT y la FAI quedaron prácticamente desarticuladas en el campo como consecuencia de la represión y del abandono por parte de buena parte de los jornaleros que habían secundado sus movimientos y que quedaron completamente desmoralizados. De hecho, esta táctica, llamada «gimnasia revolucionaria» fue el detonante de la escisión que paralizó a la CNT desde 1933 y que implicó la salida del sindicato de las organizaciones locales contrarias a la práctica insurreccional tal y como se venía planteando. Estas corrientes, llamadas «treintistas» por las treinta firmas que seguían a su documento fundamental, rompieron no sólo con la propia CNT sino con cualquier tentativa de organizar a los jornaleros de las regiones más pobres de España (Andalucía y Extremadura) conformando un nuevo sindicato de corte reformista y de implantación únicamente urbana.

Por otro lado, el Partido Socialista, la UGT y su sindicato de trabajadores rurales (FNNT, Federación Española de Trabajadores de la Tierra) Respecto a la UGT, nunca tuvo un papel demasiado relevante en el

campo. Excepción hecha de algunas ciudades como Valladolid, donde el crecimiento de la organización sindical se dio por confluencia entre los proletarios dedicados a la construcción de las vías férreas con los trabajadores rurales de la zona, en las áreas de mayor sindicalización del campo, el papel predominante siempre estuvo en manos de la CNT. De hecho, la propia organización agraria del sindicato, la FNNT, se creó en 1931 y sólo contaba con 45.000 jornaleros afiliados. Su protagonismo creció gracias a la debacle sufrida por CNT tras sus intentonas insurreccionales, algo que permitió que este sindicato tomase en sus manos la agitación por reivindicaciones inmediatas centradas en el cumplimiento de la legislación laboral aprobada por el gobierno republicano-socialista de 1931. La huelga de 1934 fue prácticamente obra suya y, por lo tanto, también lo fue la responsabilidad en su deficiente organización, la falta de un objetivo definido y la posición timorata de esta Federación a la hora de enfrentarse a la reacción de los grandes propietarios de tierras. Por parte del PSOE, implicado desde el primer momento en el gobierno republicano de 1931-1933, su política estuvo centrada en la defensa de la Reforma Agraria en los términos que hemos explicado más arriba, llegando incluso a boicotear la huelga de 1934 al impedir a la UGT de Sevilla lanzar una huelga en solidaridad con los proletarios del campo.

En lo que respecta al POUM, no existía antes de 1935. En su lugar, el Bloque Obrero y Campesino, antecedente inmediato del partido de Andrés Nin, tenía una implantación considerable entre los pequeños propietarios de tierras y los arrendatarios de Cataluña, especialmente en el sector de la vid. Así, su papel fue importante en la defensa de las exigencias de estos pequeños arrendatarios, que exigían la prolongación de sus contratos y la ruptura de los términos en que estos estaban firmados hasta el momento. Estas exigencias, que fueron recogidas por el gobierno de la Generalidad de Cataluña, provocaron la reacción del gobierno central en 1934 (controlado en la fecha por el Partido Radical) que, apoyándose en la propia burguesía catalana, propietaria de la mayor parte de los campos de cultivo de la vid, restableció las condiciones perjudiciales para los arrendatarios. En general, el Bloque Obrero y Campesino estaba prácticamente identificado con las organizaciones de arrendatarios (llamadas *rabassaires* por la *rabassa*, nombre en catalán de la vid), llegando en algunos municipios a constituir una misma organización. Su política, por lo tanto, se centró en la defensa de estas organizaciones de arrendatarios y colonos, ignorando por completo aquello que sucedía fuera de este estrecho radio de acción.

Finalmente, el PCE no tenía prácticamente ninguna fuerza ni en el terreno agrario ni en ningún otro: no fue hasta 1936, con la unificación de las Juventudes Socialistas (dirigidas por Santiago Carrillo) con las Juventudes Comunistas, que el PCE comenzó a tener algo de implantación en el país.

### 4. El campo en la Guerra Civil.

El conjunto de estos movimientos en el campo y las posiciones que las diferentes corrientes con influencia entre el proletariado mantuvieron respecto a ellos,

no pasarían de haber sido algo importante pero sin una trascendencia mayor si no fuese porque, tras el golpe de Estado que dio comienzo a la Guerra Civil, la situación de relativo vacío de poder que se creó en los primeros meses dio lugar a una gran ofensiva por parte de los jornaleros y los campesinos más empobrecidos que prácticamente hicieron desaparecer (incluso físicamente) a los patronos, burgueses y grandes propietarios. En la historiografía anarquista, que ha creado un mito en torno a este movimiento indentificándolo con uno de sus aspectos más importantes, las colectivizaciones agrarias, lo que se produjo durante los primeros meses de la guerra fue la implantación en buena parte del campo español de su anhelado «comunismo libertario». Y en gran medida es así como este movimiento ha pasado a ser conocido señalándose como una variante específicamente española de las «vías nacionales al socialismo». Lo cierto es que el movimiento de jornaleros, pequeños propietarios, arrendatarios, etc. para ser calibrado correctamente debe entenderse como un formidable empuje de la lucha de clase en el campo, posiblemente el mayor que existió desde 1917, pero sin pretender que haya ningún tipo de novedad en lo que se refiere a los términos en los que esta se desarrolla normalmente.

Como es sabido, el 19 de julio de 1936 los proletarios de Barcelona, organizados mayoritariamente en la CNT, pararon la sublevación de las tropas acuarteladas en la ciudad venciendo en las calles. Después de este hecho, el país pareció paralizarse: los militares sublevados sólo habían logrado controlar algunas zonas y no muy importantes: las colonias africanas, Navarra, parte de Galicia, Castilla la Vieja, etc. mientras que el empuje de los proletarios catalanes catalizó rápidamente las fuerzas obreras en las principales ciudades del país (Madrid, Valencia, etc.) que lograron vencer también al ejército. A esto le siguió un amplio movimiento en el campo con el cual los jornaleros y los campesinos más pobres se hicieron con el control de la mayor parte de los pueblos que quedaron en la zona republicana. Una vez tuvo lugar esto, se formaron comités de gobierno local en los que estaban representadas las principales fuerzas leales a la República, predominando siempre CNT y UGT como representantes de los proletarios que habían frenado la sublevación militar.

A partir de aquí, tuvieron lugar dos fenómenos: 1) Las famosas colectivizaciones: el comité se apodera de la práctica totalidad de la tierra, expropiando a los grandes propietarios y a aquellos propietarios pequeños y medianos que se pusieron de parte de los militares. La tierra, por lo tanto, pasa a ser de propiedad municipal y se trabaja de manera colectiva, organizándose de igual modo el reparto de los productos tanto de esta tierra como del resto de actividades productivas del pueblo. Dependiendo de la localidad, subsiste o no a pequeña propiedad considerada «republicana», es decir, cuyos dueños no se habían pasado al lado sublevado. 2) Allí donde no aparecen las colectividades, se forman cooperativas de producción y consumo en las que la tierra no pertenece al municipio pero que, a efectos prácticos, funcionan de manera parecida a la colectividad propiamente dicha.

Según los datos que proporcionan los historiadores de la materia, 1/3 parte de la tierra del país fue colecti-

vizada de una u otra manera, cantidad esta que representaba 2/3 partes de la *tierra cultivable*. Por otro lado, allí donde las columnas militares anarquistas avanzan, especialmente en la zona de Aragón, se impone un régimen en aquellos pueblos que caen bajo su dominio.

¿Qué implicó este movimiento «colectivizador»? Allí donde predominaba la gran propiedad, esta pasó a titularidad del municipio, coexistiendo o no con pequeñas propiedades residuales que en muchos casos acabaron por cederse a la colectividad bien fuese por presión por parte de los trabajadores de esta, bien por efecto económico de la competencia que sus productos le hacían. Como buena parte de estas tierras no estaban cultivadas o lo estaban con técnicas rudimentarias, la colectivización supuso en muchos casos la modernización de la producción. Donde predominaba la pequeña propiedad, las tierras tendieron a agruparse, rompiendo la estructura de las pequeñas explotaciones que, por su naturaleza dispersa y fragmentaria, no podían mecanizarse. De nuevo, esto supuso una modernización de las técnicas productivas. Por lo demás, las colectividades funcionaban como propietarias del producto agrario, cuyo excedente o bien intercambiaban con otras colectividades o bien vendían en el mercado nacional. Se entiende que en ambos casos se trata de intercambios de tipo mercantil, con referencia a una unidad de cuenta monetaria, etc. De hecho uno de los fenómenos más particulares de este proceso fue la proliferación de monedas locales que, los comités anarquistas, una vez abolido el dinero «oficial» ponían en circulación para que ocupasen el lugar de este. Por lo tanto, economía local, cerrada sobre las fronteras municipales, con circulación monetaria, contabilidad de tipo empresarial, etc. Económicamente es fácil darse cuenta de que las colectividades estaban muy lejos de suponer ningún tipo de comunismo.

Realmente la colectivización de las tierras, bajo cualquiera de las formas en que apareció, constituyó un paso inmenso y acelerado en el camino que la revolución burguesa había dejado inconcluso: supusieron una reforma agraria ampliada y más profunda que la propuesta por los gobiernos republicanos, pero que iba en el mismo sentido. En lugar de propiedad individual de la tierra, se pasó a la propiedad municipal que obviamente sigue siendo propiedad privada incluso en términos locales. En lugar de apropiación privada de la riqueza fruto del trabajo asociado (caso de los jornaleros) apropiación municipal de la misma subsistiendo mediante el comercio con otras colectividades o con compradores privados la redistribución de la plusvalía entre agentes privados. El campo español, donde pervivían unas relaciones sociales capitalistas pero muy atrasadas, se puso al día en pocas semanas, profundizando en los términos típicamente capitalistas de la propiedad pero mediante la acción sindical. En cierto sentido, se llevó la propia revolución burguesa en el campo todo lo lejos que se podía hacer, liquidando incluso a la propia burguesía y colocando al proletariado rural a la cabeza de este movimiento.

De esta manera, ¿supusieron las colectividades un paso en el sentido de la revolución socialista? En términos económicos, no: únicamente terminaron de consolidar el proceso de conformación de las relaciones sociales capitalistas que había comenzado a generalizarse cien años antes. En términos políticos, tampoco:

## El programa agrario

si bien es cierto que en un primer momento implicaron el fortalecimiento de la clase proletaria del campo, que se impuso por la fuerza, inmediatamente después la absoluta falta de perspectiva y organización política, el repliegue del movimiento hacia posiciones localistas, basadas en la «construcción municipal del socialismo», etc. desorientó definitivamente a la clase proletaria que acabó siendo aplastada por las fuerzas contrarrevolucionarias.

El «movimiento de las colectivizaciones» acabó siendo suprimido por la vía militar: por un lado, el avance del ejército sublevado desde África hacia Madrid hizo un alto en los principales focos proletarios (Sevilla, Badajoz, etc.) para aniquilarlos. Por otro lado, las fuerzas burguesas y pequeño burguesas organizadas en torno al PCE y a sus batallones militares, lanzaron su ofensiva primero contra las colectividades de Castilla la Mancha durante 1936 y, finalmente, contra las de Aragón en el verano de 1937 (inmediatamente después de los sucesos de Mayo de 1937) liquidando a los líderes revolucionarios y suprimiendo sus organizaciones.

¿Cuál fue el papel de las organizaciones «proletarias» ante esta situación?

Resumimos las características esenciales que mantuvieron las organizaciones con mayor presencia entre la clase obrera.

En primer lugar, es necesario referir un punto básico que une a todas ellas: la defensa de la guerra como una lucha anti fascista que la clase proletaria debía llevar a cabo inapelablemente, implicó defender que la zona sublevada en su conjunto formaba parte del enemigo. Lo cierto es que, especialmente en la zona de Castilla la Vieja y Galicia, una gran cantidad de pequeños propietarios oprimidos por las deudas, ahogados por la crisis agraria, etc. veían cómo sus hijos eran reclutados para servir en el ejército. Estos hijos de campesinos tenían un interés directo en la solución del problema agrario si bien no en los términos en los que se había dado en las colectividades, sí en unos que les permitiesen salir de la miseria crónica en la que vivían. Las organizaciones obreras de la zona proletaria les olvidaron. Constituyendo como lo hacían una buena parte del ejército nacional, la cuestión agraria podía suponer entre ellos un revulsivo que les hiciese proclives a la propaganda y el encuadre proletario, pero la doctrina de la «guerra antifascista» impidió que tan siquiera los sectores minoritarios de la CNT, proclives a romper con la política interclasista de esta, pudiesen acercarse a la defensa de un programa coherente con las aspiraciones de los pequeños propietarios agrícolas que habían quedado detrás de la línea del frente. Así, se dio el caso que, una vez liquidadas las organizaciones obreras en las zonas que conquistaba, el gobierno sublevado tuvo que permitir que los campesinos que ocuparon tierras antes de 1936 las conservasen durante algún tiempo, temiendo una posible ruptura de su retaguardia. Las fuerzas políticas y sindicales del Frente Popular o asociadas a este, temiendo más la revolución proletaria que a las tropas de Franco, no tuvieron absolutamente ningún interés en explotar esta situación.

En lo que respecta a la CNT y a la FAI, a estas organizaciones, como hemos dicho, correspondió buena parte de la obra colectivizadora. En 1936 la CNT había celebrado el Congreso de Zaragoza y allí definió

una suerte de «programa agrario» que se basaba únicamente en la implantación de su «comunismo libertario» en el campo una vez estallase la revolución. En la práctica, esto fue lo que llevaron a cabo en la multitud de municipios donde tomaron el control una vez derrotadas las fuerzas militares o una vez entraron en ellos las columnas anarquistas que partieron de Barcelona y Madrid. Es necesario señalar, en este punto, un hecho para nada irrelevante: una vez el golpe de Estado fue frenado en las principales ciudades del país, el mapa del conflicto en ciernes diferenciaba dos campos, republicano y nacional, que a grandes rasgos se corresponden con el mapa de los diferentes tipos de distribución de la propiedad de la tierra: donde predominaba el gran latifundio, triunfaron las fuerzas republicanas. Donde lo hacía el minifundio, lo hicieron las nacionales. Esto es debido a que fueron los contingentes proletarios los que liquidaron la intentona golpista en casi todas partes. Donde estos contingentes faltaban, lugares por otro lado en los que el proletariado era numérica y organizativamente débil en las ciudades, los militares y las bandas falangistas y carlistas pudieron hacerse con el control tanto de las ciudades como del campo. El programa anarquista, basado en la feliz idea de la implantación inmediata del «comunismo libertario» vía colectivización de la tierra, no atendía al conjunto de necesidades del campesinado español: allí donde predominaban los jornaleros y asalariados del campo, etc. pudo tener éxito a la hora de movilizar a estas masas proletarias. Pero donde los regímenes de tenencia y explotación de la tierra hacían predominar al pequeño propietario, este programa contribuyó a desplazar a la población del campo hacia la órgita de influencia conservadora, algo que no necesariamente tendría que haber sucedido si las necesidades de este estrato de la población, obviamente no proletario pero no por ello necesariamente reaccionario, hubieran estado representados en el programa de los libertarios o de cualquier otra corriente. A las organizaciones anarquistas corresponde, por lo tanto, la política de dispersión y fragmentación del gran frente proletario del campo que se creó durante todo el periodo republicano y, especialmente, tras el golpe de Estado. Como escribíamos más arriba, el repliegue casi inmediato de las fuerzas obreras que habían impuesto las colectivizaciones a un terreno localista y municipalista abrió el camino hacia su disgregación vía militar por parte de las fuerzas burguesas organizadas por Franco y el PCE. En la visión de los líderes de la CNT y la FAI, las colectividades debían constituir el apoyo económico que la retaguardia prestase a los «frentes antifascistas» a los que acudían tanto los obreros de las ciudades como los del campo y, por lo tanto, subordinarse a las necesidades del Estado republicano, director del esfuerzo bélico en todos los sentidos. El famoso dilema entre «ganar la guerra o hacer la revolución» con que se resumen las luchas entre las corrientes escoradas a la izquierda dentro del anarcosindicalismo y aquellas más dispuestas a pactar de inmediato con el gobierno del Frente Popular, no tuvo relevancia ninguna en el campo. Mientras que en las ciudades la toma de la calle los días 19, 20 y 21 de julio por parte de las masas proletarias chocaba con el dominio político de la burguesía, más que visible en tanto los principales centros del poder eran naturalmente urbanos, y por lo tanto podía plantearse esta

disyuntiva, en el campo el control inmediato por parte de las organizaciones de jornaleros y campesinos pobres de los municipios no chocó con la presencia de ninguna fuerza estatal leal a la República: estas sencillamente desaparecieron, razón por la cual la política anarquista de subordinación al Estado burgués se vuelve mucho más aguda, puesto que no existía ningún elemento capaz de hacer frente a la fuerza organizada de los proletarios que justificase esta cesión. Es más, desde que el 23 de julio, en Barcelona, la reunión plenaria de sindicatos y militantes de CNT tomó la decisión de «compartir» el poder con los restos del Estado burgués aún en pie (que pronto mostraron ser mucho más que simples ruinas) se aceptó también subordinar el potencial revolucionario de los proletarios del campo a las exigencias bélicas de la burguesía y la pequeña burguesía republicanas. Como es sabido, estas exigencias pasaban por dejar avanzar a los militares sublevados sin oponer resistencia. Como consecuencia, en poco más de tres meses buena parte de los proletarios del campo en el oeste peninsular padecieron la represión salvaje que ejercía el ejército nacional allí por donde pasaba.

Para finalizar esta parte, se debe añadir que la política seguida por la FNTT-UGT fue prácticamente idéntica a la de los anarquistas. Mientras las bases proletarias se hacían con el control de los municipios donde constituían la mayoría sindical, tanto la Federación como la UGT y el PSOE imponían la subordinación política y militar al gobierno republicano, que desde septiembre estuvo encabezado por el líder socialista Largo Caballero. El resultado, por lo tanto, fue el mismo.

Respecto al POUM conviene detenerse un poco más. Como es sabido, este partido pretendía representar una suerte de oposición marxista anti estalinista y estar alejado igualmente de las posiciones de Trotsky, con el que elementos como Andrés Nin habían roto precisamente a la hora de fundar esta organización. El POUM adhirió poco después de su fundación al Frente Popular y, llegado el momento del alzamiento militar, movilizó a sus militantes para combatir junto a los miembros de CNT. Tras ello, Andrés Nin fue nombrado Consejero de Justicia del gobierno autonómico de Cataluña mientras que el resto de líderes del partido participaban de una manera u otra en los organismos de guerra creados por este gobierno y por el del Frente Popular. En lo que respecta a la cuestión agraria, el POUM había continuado la política del Bloque Obrero y Campesino en lo que respecta a la base social compuesta por los *rabassaires* catalanes y, para el resto del país, defendían su programa de la «revolución *democrático-socialista*» [ver *La guerra de España (2) La supuesta «izquierda» comunista española frente a su «revolución democrática»* en *El Programa Comunista* n° 54, para profundizar en el significado de esta consigna] A grandes líneas este programa puede sintetizarse en la afirmación de que en el campo español predominaban, en 1936, las relaciones de producción feudales y en que, de hecho, este campo era la base sobre la que se levantaba la fuerza de la nobleza en España. La «revolución *democrático-socialista*» debería liquidar este predominio profundizando en una reforma agraria que liquidase las viejas trabas feudales allí donde subsistían las pequeñas explotaciones e impusiese

las cooperativas agrarias de campesinos y jornaleros allí donde predominasen las grandes explotaciones.

¿Subsistía, en el campo español de la fecha, un régimen feudal? A tenor de lo expuesto resulta obvio que no, al menos en términos generales. ¿Qué sentido tenía, entonces, defender una revolución de tipo «democrático» en el campo? Podría afirmarse que pese a no subsistir un conjunto de relaciones sociales precapitalistas, el desarrollo de la economía agraria en el país había creado una masa de campesinos empobrecidos y de jornaleros que tendrán interés en una revolución agraria que supusiese un reparto de la tierra y el surgimiento de cooperativas de producción y consumo allí donde fuese posible. Pero esto es válido prácticamente para cualquier país capitalista, desarrollado o no. Excepción hecha de algunos países como Francia, la revolución agraria apenas ha tenido lugar en ninguna parte. Aún en países donde predomina un modo de producción capitalista altamente desarrollado, con una industria a pleno rendimiento, una clase burguesa perfectamente definida, un proletariado moderno, etc. las relaciones sociales en el campo casi nunca presentan esta nitidez. Achacar esto a la pervivencia del mundo feudal supone afirmar que la burguesía es capaz de resolver los problemas relativos a la economía agraria que su modo de producción no hace realmente más que exacerbar. El POUM veía, precisamente donde aparecía el fenómeno de los nuevos proletarios del campo, en la extensión del régimen del salariado también en el mundo agrícola, un resabio precapitalista. Es por ello que su programa agrario no contiene ni una mención a la lucha de los jornaleros en los términos en los que esta se estaba planteando: más bien pretendía reducir esta progresiva delimitación del campo proletario a un último estertor de la revolución burguesa y, por lo tanto, subordinar el cada vez mayor movimiento de jornaleros a los límites políticos republicanos. Finalmente, su participación en las instancias gubernamentales hasta el momento en que fue expulsado de ellas por la presión del PCE les hizo correr igual suerte que a la corriente anarquista: la política agraria de la República en guerra fue un continuo sacrificio de las fuerzas proletarias ante el enemigo militar, algo de lo que se hizo partícipe el propio POUM.

Respecto al papel jugado por el PCE en el ámbito agrario, basta con tener en cuenta un dato para ver la relevancia real del conflicto social en el campo durante el periodo estudiado. El PCE mantuvo en su poder, durante toda la Guerra Civil, el control del Ministerio de Agricultura. Como hemos dicho, el Partido Comunista de España era una organización minúscula hasta 1935, cuando entra en el Frente Popular y comienza un proceso de fusión tanto con las Juventudes Socialistas como con el también reducido Partido Socialista de Cataluña para dar lugar al PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). Ambos movimientos, amparados en el giro favorable a los Frentes Populares dado por la III Internacional stalinista en 1935, sirvieron para conformar un partido de cierta envergadura que, tras los primeros días de la guerra, sirvió de instrumento tanto a la política del imperialismo ruso en España como a las necesidades de una pequeña y mediana burguesía nacional avasalladas por la fuerza que había mostrado el movimiento obrero.

Fue en el campo donde este aspecto del papel juga-

## El programa agrario

do por el PCE tuvo más relevancia. El auge del proceso colectivizador tuvo como consecuencia inmediata un aumento de la presión económica, política y social sobre los pequeños propietarios de tierras que, o bien se resistieron a participar en este o bien lo hicieron forzados por las circunstancias. En el terreno económico, muchos pequeños propietarios perdieron sus tierras en favor de las colectividades o vieron disminuir el beneficio obtenido por la venta de sus productos por la competencia que estas les hacían. En el terreno social, fueron marginados de la vida municipal. Finalmente, en el terreno político perdieron el poco ascendente que habían logrado a lo largo de las décadas pasadas sobre la vida política municipal. El problema era considerablemente más grave en la región de Aragón. En ella el predominio de la pequeña propiedad agraria no fue obstáculo para que las columnas anarquistas que partieron de Cataluña hacia Zaragoza impusieran regímenes de colectivización forzosa en cada población donde entraban. Aquí los pequeños propietarios desposeídos constituían en muchos casos una mayoría de la población. Esto dio lugar a una masa de pequeños propietarios directamente perjudicados por las colectivizaciones y contrarios por lo tanto a ellas. Este grupo social se identificaba con las reivindicaciones históricas de la reforma agraria, pero no con el modelo de expropiación que se impuso al comienzo de la guerra. El PCE los encuadró políticamente para utilizarlos como fuerza de choque en el enfrentamiento que comenzó a planear contra los proletarios organizados sobre todo en la CNT.

El punto culminante de este encuadre fue la creación, en 1936, de la Federación Campesina, una organización satélite del partido que agrupaba tanto a los pequeños propietarios como a los grandes poseedores de tierras que dirigían realmente la política del partido. Partiendo de su escasa implantación social en el campo, donde como hemos dicho las fuerzas de la pequeña burguesía y de la gran burguesía rural habían quedado desarticuladas por la acción conjunta de los jornaleros y los campesinos pobres organizados en la CNT y en la FNTT socialista, la función de la Federación Campesina tuvo dos vertientes.

Por un lado, fue un instrumento económico a través del cual el Ministerio de Agricultura del PCE vehiculó los créditos agrícolas. De esta manera, se buscaba cercenar las vías de financiación que las colectividades necesitaban para comprar semillas, abonos, fertilizantes... pero también para dar salida nacional e internacional a su producción, priorizando la recepción de fondos por parte de los pequeños propietarios a los que, de esta manera, se ayudaba a salir del control de las colectividades.

Por otro lado, en ella se reclutaron buena parte de los efectivos que las columnas militares dirigidas por el PCE tuvieron en el mundo rural. En este sentido, las fuerzas militares del PCE acudieron en ayuda de los pequeños propietarios, especialmente en la región de

Castilla la Nueva, desde el comienzo de la guerra, requisando los suministros y los bienes de las colectividades, disolviendo las cooperativas que competían con aquellos e incluso fusilando a algunos de los líderes obreros del campo.

Contando con esta base social que le proporcionaba las dos vías de acción señaladas, el PCE pudo actuar con relativa libertad desde el Ministerio de Agricultura donde, por otro lado, no encontró oposición digna de tal nombre por parte de anarquistas o socialistas. Así, ante el torbellino social desatado en el campo por el inicio de la guerra, el PCE respondió desde el Ministerio legalizando «aquellas expropiaciones hechas a las propiedades de los terratenientes aliados del bando sublevado». Como se ve, esta argucia permitía, a la vez que mantener cierta posición «respetable» entre los proletarios del campo, situar implícitamente fuera de la ley las expropiaciones de aquellos propietarios que no habían huido al bando nacional, es decir, la mayoría. Con ello se tenían las manos libres para actuar militarmente contra prácticamente todas las colectividades del país.

Cuando, en junio de 1937, la presión ejercida sobre las colectividades y la represión llevada a cabo durante y después de los «sucesos de Mayo» amenazó con provocar una ruptura entre el gobierno republicano y los pueblos controlados por las organizaciones obreras, algo que se hubiera traducido en una paralización de los trabajos de recogida de la cosecha de cereal, el Ministerio de Agricultura legalizó *temporalmente* las expropiaciones sobre las que se asentaban las colectividades. Una vez terminada la cosecha, volvió a ilegalizarlas.

Este juego de tira y afloja, en el que las fuerzas anti proletarias enucleadas en torno al partido estalinista iban debilitando lentamente a los proletarios del campo ante la pasividad de sus supuestos líderes anarquistas y socialistas, duró hasta agosto de 1937. En esta fecha, las escuadras militares de Líster (oficial del ejército republicano a las órdenes del PCE) entraron en el municipio de Caspe, sede del Consejo Regional de Defensa de Aragón (organismo creado por los anarquistas en su avance a Zaragoza para regular la vida económica de la zona que controlaban) y disolvió tanto este como las colectividades agrícolas que dependían de él. Posteriormente, detuvo a 700 militantes de CNT en la región, descabezando con ello la organización anarcosindicalista y acabando definitivamente con la fuerza de este sindicato.

Con este acto, que supone a todos los efectos el fin de cualquier fuerza independiente del proletariado en la Guerra Civil, se consolidó la política agraria del gobierno republicano: defensa de los medianos y grandes propietarios agrícolas, liquidación del movimiento obrero rural y, a partir de ahí, oferta de paz al bando franquista sobre la base de la pacificación militar, pero sobre todo social, del país.

# El proletariado industrial en la Guerra de España (1936-1939)

Con esta parte del trabajo queremos referirnos al curso específico del proletariado industrial, sin duda el fenómeno más característico del periodo por cuanto, a todas luces, fue el germen de un potentísimo movimiento de clase que arrastró al proletariado agrícola y a determinadas capas del campesinado más empobrecido y que tuvo su expresión más llamativa en la derrota parcial del ejército a manos de la clase obrera organizada sindicalmente sobre todo en la CNT. Por la extensión que requiere un trabajo de este tipo, necesitaremos al menos dos intervenciones. La primera, esta, dedicada al periodo inmediatamente anterior a la guerra civil, hasta 1934, fecha del llamado «octubre asturiano» y la segunda, a presentar en la próxima reunión, dedicada específicamente al periodo de la guerra y atendiendo también a la importantísima eclosión de corrientes políticas que tuvo lugar precisamente con la contienda como catalizador definitivo de tendencias. Y aún con esta división, todavía es dudoso que no necesitemos una tercera parte dedicada exclusivamente a repasar las posiciones que la Fracción de la Izquierda en el Extranjero, con la cabecera *Bilan* como parte más visible, mantuvo al respecto de la lucha de clase proletaria en España durante este periodo.

Si bien el material que estamos utilizando es abundante, el trabajo ni siquiera está concluido para aquellas partes que ya hemos tratado (cuestión de la tierra, historia de España, etc.) porque las fuerzas de que disponemos no nos permiten realizar un trabajo todo lo exhaustivo que se requeriría. Pero esto es así en prácticamente todos los aspectos del trabajo teórico-político del Partido: nuestras fuerzas de revolucionarios combatientes no nos van a permitir redactar una *Enciclopedia* como aquella con la que contó la burguesía durante su revolución y tenemos que contentarnos con realizar un gran esfuerzo de síntesis en el que se expongan lo más claramente posible las grandes fuerzas históricas a cuyo análisis se consagra nuestra doctrina.

Este trabajo, basado en grandes líneas y no en el detalle, nos distingue de muchas corrientes y de muchos individuos que, incluso siendo generosos en lo que a sus motivaciones se refiere, no logran salirse del horizonte teórico, político... y mental, que impone la división burguesa del trabajo.

Por un lado, están aquellos que quieren crear una suerte de escuela historiográfica heterodoxa, que de alguna manera reivindique la interpretación marxista de la historia y utilizando esta para aclarar absolutamente todos los problemas, todas las circunstancias, todas las acciones, etc. que tuvieron lugar durante el

periodo de la guerra civil. No hay que negar el impropio esfuerzo que algunos historiadores de esta tendencia están realizando y la luz que arrojan sus trabajos sobre detalles que hasta ahora permanecían ignorados. Pero todo este esfuerzo no cambia el hecho de que aquello que falta es precisamente una definición marxista de los ejes centrales, una interpretación teórica amplia, de la guerra civil, que sirva para orientar políticamente al respecto y no un inventario exhaustivo de hechos que ya llegan al nivel de anécdotas y que contribuyen más que a aclarar, a dispersar la atención. Las escuelas historiográficas modernas, partidarias de historias locales y de visiones particulares que debieran explicar todo con el prisma de lo «singular» reflejan a la vez el vicio general burgués por la defensa del terruño frente y las ganas de todo historiador de labrarse un puesto con su particular aporte al mismo.

Por otro lado, abunda también ese tipo de textos que se limitan a esquematizar una especie de interpretación marxista de la historia, basando su explicación en un continuo recurso al enfrentamiento de tipo metafísico entre proletarios y reformistas, revolucionarios y burgueses, etc. y vertiendo la experiencia realmente valiosa de un periodo terrible en el molde de su propia incompreensión adialéctica de la historia. Para este tipo de análisis, el principal de los cuales es el publicado por el GCI, los problemas más importantes del periodo pasan desapercibidos porque, siendo una manifestación particular de un problema general, caen fuera de su marco escolástico de interpretación, que resuelve todo y siempre con fórmulas vagas.

Por nuestra parte, con el trabajo realizado hasta el momento creemos haber fijado unas conclusiones que merece la pena indicar una vez más

- Ensamblaje de la «singular» historia de España con la doctrina marxista: la historia de las revoluciones burguesas en España y del paso decisivo de 1868 a la lucha de clase proletaria a escala nacional, nos sirve para identificar una línea histórica bien clara que marca el curso de la lucha política del proletariado más allá de las fantasías libertarias y reformistas acerca de un ADN singular de la clase obrera española.

-Anclaje, también, de esta historia con las tesis del socialismo revolucionario de Engels y Lafargue: el paso histórico del periodo en el que la burguesía española constituye una clase revolucionaria que se enfrenta a los vestigios del Antiguo Régimen, no se resuelve idealmente. En el umbral de 1874, el proletariado español aún debía pasar por un tortuoso camino en el cual la pérdida de rumbo por parte de los marxistas que pu-

## El proletariado industrial

sieron en pie el Partido Socialista y la incapacidad de las sucesivas generaciones de comunistas revolucionarios para enderezar la situación (en 1920 el Partido Comunista y, posteriormente, las corrientes vinculadas a Trotsky y, en menor medida, a Nin) llevaron a la trágica derrota de los años '30, en el centro de la cual estuvo precisamente la trágica ausencia del Partido de clase.

-El significado histórico de la cuestión de la tierra en la guerra civil, que podemos resumir citando el último trabajo.

Realmente la colectivización de las tierras, bajo cualquiera de las formas en que apareció, constituyó un paso inmenso y acelerado en el camino que la revolución burguesa había dejado inconcluso: supuso una reforma agraria ampliada y más profunda que la propuesta por los gobiernos republicanos, pero que iba en el mismo sentido. En lugar de propiedad individual de la tierra, se pasó a la propiedad municipal que obviamente sigue siendo propiedad privada incluso en términos locales. En lugar de apropiación privada de la riqueza fruto del trabajo asociado (caso de los jornaleros) apropiación municipal de la misma subsistiendo mediante el comercio con otras colectividades o con compradores privados la redistribución de la plusvalía entre agentes privados. El campo español, donde pervivían unas relaciones sociales capitalistas pero muy atrasadas, se puso al día en pocas semanas, profundizando en los términos típicamente capitalistas de la propiedad pero mediante la acción sindical. En cierto sentido, se llevó la propia revolución burguesa en el campo todo lo lejos que se podía hacer, liquidando incluso a la propia burguesía y colocando al proletariado rural a la cabeza de este movimiento.

De esta manera, ¿supusieron las colectividades un paso en el sentido de la revolución socialista? En términos económicos, no: únicamente terminaron de consolidar el proceso de conformación de las relaciones sociales capitalistas que había comenzado a generalizarse cien años antes. En términos políticos, tampoco: si bien es cierto que en un primer momento implicaron el fortalecimiento de la clase proletaria del campo, que se impuso por la fuerza, inmediatamente después la absoluta falta de perspectiva y organización política, el repliegue del movimiento hacia posiciones localistas, basadas en la «construcción municipal del socialismo», etc. desorientó definitivamente a la clase proletaria que acabó siendo aplastada por las fuerzas contrarrevolucionarias.

### La excepción sindical de la «revolución» española

Nuestro trabajo, como maxistas revolucionarios, consiste en buena medida en desarrollar un trabajo crítico contra aquellas concepciones acerca del proletariado, su lucha y el resto de clases que, fuertemente influenciadas por algunas corrientes del pensamiento burgués, si no pertenecientes a estas directamente, pretenden ver fenómenos singulares, excepciones históricas o situaciones que deberían valorarse «más allá

de los prejuicios del dogma». De hecho, este tipo de argumentos que pretenden hallar situaciones del todo únicas que debieran ser entendidas sin hacer caso a las concepciones marxistas fundamentales, son el recurso favorito de los oportunismos de todo tipo. Desde Bernstein y su consideración acerca de la «excepción» que el desarrollo económico internacional, la concentración empresarial, el crédito y la concesión de derechos democráticos a los trabajadores abría para la acción socialista no-revolucionaria, hasta Gramsci y su hallazgo de la tremenda excepción histórica de *la revolución contra el capital*, pasando por todos los epígonos de estas escuelas de pensamiento anti marxista: de la singularidad histórica, que contradice la concepción doctrinal, se pasa a la flexibilidad política y con ella a un viaje sin retorno que es bien sabido dónde acaba.

El caso español, lo hemos dicho con anterioridad, ha traído ejemplos de esta «excepcionalidad» absolutamente grotescos, como por ejemplo aquella pretensión de algún elemento de CNT de que el carácter libertario de esta *revolución* se debería a un genoma especial de los españoles, a un tipo racial diferente al del resto de Europa. Pero más allá de estos casos que parecen más bien un chiste, lo cierto es que hay una serie de hechos históricos de gran relevancia en los acontecimientos que tuvieron lugar durante el periodo de los años '30 en España que se ha pretendido dejar como una simple anécdota o como un ejemplo de lo irreductible de dichos acontecimientos al patrón histórico marxista.

### La cuestión sindical.

El primero y más importante de estos hechos es la pervivencia durante décadas de un sindicalismo de tipo libertario que fue mayoritario entre la clase proletaria organizada, que cobijó en su seno a tendencias anarquistas que llegaron a ser predominantes mientras que en el resto de países de Europa donde existía un movimiento proletario potente este tipo de corrientes sindicalistas apenas tuvieron relevancia en los acontecimientos políticos del periodo. El sindicalismo revolucionario español, el anarcosindicalismo, se presenta de esta manera como el fenómeno más característico de la lucha proletaria durante los primeros cuarenta años del siglo XX y los principales sucesos de la terrible década de 1930 como su producto directo que sólo por él es explicable. De esta manera, la persistencia de un fenómeno de este tipo implicaría que el arco histórico del desarrollo de clase del proletariado español habría sido sustancialmente diferente a aquel del resto de proletariados.

Para el marxismo, sin embargo, el problema debe centrarse de manera completamente diferente. Retomamos el texto *El curso histórico del movimiento de clase del proletariado*

*Otra corriente revisionista, el sindicalismo revolucionario, parece reaccionar ante el revisionismo reformista, por cuanto proclama contra el método de la colaboración sindical y parlamentaria el de la acción*

*directa, y sobre todo el de la huelga general, que debería llegar hasta la expropiación de los capitalistas; pero en realidad se extravió también de la justa vía revolucionaria, ya sea porque surge de tendencias neoidealistas y voluntaristas burguesas, ya sea porque cree erróneamente que la organización económica sola pueda realizar toda la tarea de la lucha por la emancipación del proletariado, empleando la fórmula: «el sindicato contra el Estado» en lugar de la fórmula marxista: «el partido político obrero de clase y la dictadura del proletariado contra el Estado de la burguesía». Las degeneraciones del reformismo habían conducido a la llamada izquierda sindicalista a confundir la acción política con la acción electoral y parlamentaria mientras que la forma históricamente exquisita de la acción política desarrollada por medio del partido debe ser considerada la acción de combate revolucionario.*

Donde se coloca la aparición de las corrientes sindicalistas revolucionarias como una reacción contra la degeneración reformista imperante en la dirección de los partidos socialistas de la época. De esta manera, el sindicalismo revolucionario cae en un error simétrico al de estas corrientes: donde aquellas niegan la función del partido en la revolución proletaria e incluso la necesidad misma de esta revolución, los sindicalistas reclaman el impulso revolucionario excluyendo de él al partido de clase cuya naturaleza histórica y no sólo su forma contingente se ponía en duda precisamente por el predominio en ellos de las corrientes reformistas. De esta manera, en ambas concepciones el partido queda excluido de la que es por definición su principal tarea, la preparación revolucionaria, y en su lugar se colocan formas sociales típicamente capitalistas: la democracia como vía hacia la superación del mundo burgués en el caso de la socialdemocracia y el sindicato, agregado laboral que se forma de acuerdo a la división social del trabajo característica del mundo capitalista, en el caso sindicalista.

De esta manera, el sindicalismo revolucionario se entiende como una reacción ante un cuerpo enfermo pero que está ella misma enferma y que, por lo tanto, no representa una alternativa histórica real para la clase proletaria.

Para el caso español, las corrientes políticas e historiográficas que defienden la «excepción sindicalista» como su característica esencial niegan incluso que la principal corriente sindicalista, la CNT, que se impuso a cualquier otro tipo de organización durante 30 años y que enucleó en su seno a lo más valioso y decidido de la clase proletaria, apareciese como una reacción al oportunismo socialdemócrata y retrotraen su aparición a los propios orígenes de la Internacional en 1868.

De acuerdo con esta visión, el anarquismo español predominante entre los internacionales desde la llegada de Fanelli (quien, como se sabe, con una mano repararía los estatutos de la AIT mientras con la otra hacía propaganda de la Alianza bakuninista) es la base misma del anarcosindicalismo de 1910 y sus organizaciones el antecedente directo de la CNT. Sin duda será necesario, en otro momento, dedicar tiempo y espacio para escudriñar a fondo un cuento como este, que tie-

ne más de mitología que de realidad, pero por ahora debe bastar con mostrar una visión general (pero exacta) de los motivos que dieron lugar a la aparición de la corriente sindicalista revolucionaria en España.

Desde 1874, cuando la monarquía borbónica fue repuesta en el país y la oligarquía terrateniente y financiera instauró el régimen llamado de la Restauración, el movimiento obrero tal y como había brotado del subsuelo social en la revolución de 1868, fue liquidado. Después de las insurrecciones cantonalistas, de aquel ejemplo sobre *cómo no se hace una revolución* (Engels) la base social de la Internacional quedó desorganizada y las minorías aliancistas desplazadas a una posición marginal, toda vez que su vínculo con las corrientes republicanas había resultado ser mucho más estrecho de lo que ellas mismas estuvieron dispuestas a reconocer. La corriente marxista, encabezada por Mesa, Lafargue (ambos marcharon a Francia posteriormente) e Iglesias, con unas fuerzas numéricas muy reducidas pero con una capacidad política y teórica bastante mayores (no en vano la experiencia de la *escisión* en la Internacional en España resultó ser un ejemplo internacional que glosó el propio Engels) lograron mantener la indispensable coherencia doctrinal, lo que les permitió sobrevivir a los duros tiempos de reacción que sobrevinieron trabajando en organizaciones corporativas legales, si bien su influencia entre la clase proletaria fue, al igual que la de los anarquistas, prácticamente nula.

Las corrientes predominantes en el seno del proletariado español desde 1874 hasta 1909 fueron las propiamente corporativas (asociaciones profesionales, abiertas a la intervención política, pero neutrales al respecto de «la cuestión social») y las republicanas. Socialismo y anarquismo estuvieron, durante todo este periodo, prácticamente ausentes. Esto no quiere decir que el periodo fuese de absoluta calma social: tanto en Barcelona, donde la vida industrial crecía a ritmos acelerados y con ella las organizaciones de oficio, como en el campo de la Andalucía oriental, donde los movimientos campesinos organizados por las corrientes republicanas derivaron en algunas ocasiones en tentativas insurreccionales. Pero en general a lo que se asiste durante el periodo es a una progresiva transformación de las clases trabajadoras: del artesanado al proletariado industrial, del campesino al jornalero. Y es sobre esta transformación que se desarrollarán las nuevas formaciones políticas, si bien el largo periodo de tránsito vio cómo la influencia preponderante sobre ellas recaía en corrientes no proletarias como los republicanos (lerrouxistas, federales, etc.)

El momento clave de este desarrollo fue 1909. Durante la primera década del siglo XX esa clase proletaria ya más industrial que artesanal había desarrollado organismos de tipo sindical más allá de los límites estrechos del sindicalismo, especialmente en Barcelona. En estas organizaciones pretendían influir los grupos anarquistas que abandonaban la vía individualista y terrorista, pero predominaba el dominio político del republicanismo. Este, en medio de una crisis política y social que zarandeaba el régimen constitucional vigente desde hacía tres décadas y media, pretendía defen-

## El proletariado industrial

der a la clase obrera contra los desmanes de la oligarquía agro-financiera a la vez que buscaba utilizar a los proletarios catalanes contra la burguesía industrial autóctona, todo ello entre soflamas insurreccionales y llamadas a la violencia armada.

Por su parte, el Partido Socialista había experimentado un lento pero constante crecimiento que le llevó a alcanzar una fuerza modesta pero relevante principalmente en Madrid, donde además su sindicato (UGT, creado en 1888) comenzaba a agrupar a una cantidad importante de trabajadores especializados. La política del partido, abandonada ya la intransigencia original de los tiempos heroicos de Mesa y Lafargue, se basaba en las expectativas de crecer lo suficiente como para llegar a tener algún tipo de peso parlamentario a la vez que se lograba encuadrar sindicalmente a una cantidad cada vez mayor de trabajadores. De esta política quedaba completamente excluido el joven proletariado catalán y andaluz, que como se ha dicho comenzaba a organizarse sindicalmente y a mostrar una combatividad cada vez mayor en medio de la crisis del régimen de la Restauración.

En 1909 la guerra colonial que España libraba en Marruecos (donde actuaba en nombre de Francia y Alemania como potencia designada para imponer el orden resultante del reparto imperialista de la región) se volvió especialmente insoportable para las clases populares. Sucesos como el llamado *desastre del barranco del Lobo* (acontecido en un paraje cercano a Melilla) donde las tropas de reemplazo fueron masacradas por los rebeldes rifeños debido a la inutilidad del mando militar, pesaban mucho, especialmente sobre el proletariado que debía engrosar los ejércitos coloniales mediante levas cada vez más frecuentes y de las cuales la burguesía estaba exenta.

Cuando, en julio de 1909 se dio la orden de incorporar una nueva leva al ejército, en Barcelona estalló un motín que duró una semana y durante la cual los proletarios se enfrentaron una y otra vez al ejército y la policía mientras el partido republicano, tan locuaz a la hora de llamar a la guerra en tiempos de calma, se negaba a ponerse al frente de los insurrectos. Fue la llamada Semana Trágica, verdadera aparición del proletariado en la escena nacional en la medida en que supuso una revuelta netamente clasista en la cual la tradicional dirección republicana que imperaba sobre la clase obrera, sobre todo en Barcelona, fue desplazada tanto en los momentos de la insurrección como, sobre todo, posteriormente cuando esta fue sofocada y las cartas quedaron sobre la mesa y visibles para todo el mundo.

El valor de la Semana Trágica, más allá de la típica historia de saqueos de conventos e incendios de iglesias que era una constante desde la década de los 30 del siglo XIX, fue precisamente que la clase proletaria se liberó de los pesados ropajes del republicanismo radical y de su vertiente nacionalista española pero no para echarse en brazos de la corriente regionalista catalana, sino para representar sus propios intereses, el primero de los cuales era el fin de la guerra en Marruecos, que tanto la burguesía española como la catalana tenían interés en prolongar. Esto no quiere decir que la

clase proletaria ganase entonces, de una vez y para todas, su independencia de clase (que en última instancia sólo existe garantizada por el Partido Comunista): las dos décadas siguientes vieron cómo a las fuerzas organizadas del sindicalismo revolucionario, el obrerismo socialista, etc. se sumaban en la lucha por influir entre los proletarios las corrientes republicanas del independentismo catalán...

La Semana Trágica tuvo consecuencias inmediatas entre las corrientes que tenían un peso decisivo entre los proletarios.

La primera de ellas, el republicanismo de corte anti regionalista, que gozaba hasta 1909 de una gran prédica entre los obreros catalanes como resabio de las corrientes federalistas y proudhonianas de cuatro décadas antes, perdió esa situación de privilegio porque durante la insurrección se negó a conformar una dirección única para el movimiento y mostró con ello que no tenía intención, ni en 1909 ni nunca, de librar una lucha política en la cual la fuerza proletaria fuese la principal.

La segunda de ellas, el socialismo, con arraigo principalmente en Madrid (donde sólo hubo pequeñas manifestaciones contra la leva de soldados) se echó en manos del republicanismo nacional. Ante el empuje que la clase proletaria mostró, ante la ruptura tanto de la influencia republicana como de los límites del unionismo de tipo corporativista, la dirección del PSOE fue romper su clásico (y hasta el momento defendido a ultranza) aislacionismo respecto al resto de fuerzas políticas, y la creación de una alianza política con proyección electoral que se conoció como *conjunción republicano-socialista*.

Esta política, que en todo momento fue reconocida como una *alianza con la pequeña burguesía*, significó el abandono definitivo de ese tipo de pseudo marxismo «puritano» (que no ortodoxo) que reinó hasta entonces en las filas del Partido. Hasta el momento, el PSOE únicamente había desarrollado su labor política y organizativa entre los trabajadores organizados en corporaciones de oficios y en sindicatos locales, admitiendo a algún representante de las clases medias (Besteiro y Vera principalmente) como una concesión al medio intelectual del que este provenía, pero toda tendencia a sacar la lucha política fuera de la defensa del asociacionismo económico era entendida como una desviación de ese carácter pseudo marxista que impregnaba el Partido. De esta manera, la conjunción republicano-socialista debe entenderse como el triunfo de las corrientes abiertamente interclasistas que convivían con el obrerismo tradicional dentro del PSOE. Desde este momento, la lucha electoral cobró un papel ya no principal, sino único en la vida organizativa y la consigna republicana sustituyó a la antigua «lucha por el socialismo». Nótese, simplemente, que en el momento en el que la clase proletaria entró en el juego de la lucha política nacional, precisamente ese juego que el PSOE llevaba esperando (al menos en su prensa y en sus congresos) 30 años, el Partido dio un viraje definitivo y se coaligó con aquellas corrientes que habían perdido toda su influencia durante los motines de Barcelona. Algo menos de 10 años después, la corriente

marxista enucleada en torno a las Juventudes Socialistas, en medio de una conmoción social mucho más potente como fue la causada por la Iª Guerra Mundial pondrá como exigencia principal la ruptura de esa conjunción que se identificaba justamente como baluarte de las posiciones anti marxistas en el Partido.

Finalmente, las organizaciones características del proletariado catalán, sobre todo las del proletariado de Barcelona y alrededores sufrieron una súbita evolución. De organizaciones locales, con presencia en oficios determinados, con una tradición ciertamente larga pero dedicada exclusivamente a lograr mejoras laborales para sus afiliados, plantearon bruscamente la necesidad de agruparse en una confederación primero regional (la Federación Local de Sindicatos Solidaridad Obrera) y luego en una organización a escala nacional, la CNT. Hay que destacar que el asociacionismo proletario catalán, si bien tenía una larga tradición organizativa, era particularmente estrecho de miras. De hecho, el Partido Socialista creó la UGT precisamente en Barcelona y con la intención de arrastrar a la mayor parte de proletarios organizados en agrupaciones de tipo cuasi gremial hacia un sindicato de clase. El fracaso fue tan duro que la Unión tuvo que ser trasladada a Madrid y condenada a subsistir en la menos proletaria de las grandes ciudades del país.

Es por ello que la aparición de una corriente sindicalista pura, en la que confluyeron tanto los anarquistas como los restos de ese sindicalismo socialista que habían quedado organizados en pequeños núcleos de Barcelona, tuvo una importancia tan grande: por primera vez, la clase obrera catalana llamaba al resto del proletariado español a una organización y una lucha común rompiendo tanto con sus propios límites de tipo corporativo como con las fuerzas regionalistas y proto nacionalistas que habían organizado la llamada *Solidaridad catalana*.

La fundación de la CNT, por lo tanto, no tiene una relación directa con la predominancia de las corrientes libertarias en la Internacional de 1868: su formación fue el resultado de la rápida radicalización de una clase proletaria que luchó con las armas en la mano por primera vez como una clase propiamente dicha y de la defección de aquellas corrientes, republicanas y socialistas, que no sólo fueron incapaces de marchar a su encuentro sino que, además, se coaligaron entre ellas para conformar una corriente oportunista a escala nacional. Porque en 1909 se formó tanto el que fue el gran sindicato del proletariado español hasta 1936 como la principal corriente oportunista que engendraría la política republicana de 1931 en adelante.

Poco o nada, por lo tanto, tuvo de excepcional la aparición de la corriente sindicalista revolucionaria en España: como en el resto de Europa y en Estados Unidos, constituyó una reacción ante el giro oportunista dado por la dirección socialista. Es cierto, por ser una constante en la vida local, que en España los problemas nunca se plantean desde un punto de vista teórico, y en este caso la ruptura de este contingente proletario organizado en CNT *contra* el PSOE, no tuvo lugar rebatiendo las posiciones del Partido ni respecto a la guerra que desencadenó la respuesta proletaria ni

respecto a la incapacidad política de la dirección socialista para plantear siquiera coherentemente las tareas que la clase proletaria asumiría desde ese momento como propias. En lo que se refiere al primer punto, mientras que desde principios de siglo en la mayor parte de partidos socialistas del continente la corriente marxista revolucionaria se organizaba en torno al rechazo a las políticas imperialistas de sus respectivas burguesías nacionales, en España la crítica a estas políticas por parte del PSOE poco o nada tuvieron que ver con un anti imperialismo y un anti militarismo de clase. El PSOE lanzó la consigna anti belicista como vía para exigir un cambio en el gobierno que garantizase la buena marcha de las expediciones coloniales a África. Se criticó por su parte la incapacidad política y militar de los sucesivos gobiernos de la Restauración para llevar a buen puerto el esfuerzo bélico, pero en ningún caso se mantuvo una posición contraria a la política imperialista de estos gobiernos. La prensa socialista de la época da cuantiosos ejemplos de este militarismo soterado del Partido.

En lo que se refiere al segundo punto, la negativa del PSOE a participar en la revuelta proletaria con toda su capacidad organizativa significó un punto de apoyo para las corrientes libertarias que confluyeron en la CNT para defender su visión acerca de un marxismo de naturaleza intrínsecamente gradualista y contraria a la acción revolucionaria. De la lección fundamental, que era la colusión definitiva entre la dirección socialista y las facciones progresistas de la burguesía y la pequeña burguesía y la necesidad de enarbolar una verdadera política revolucionaria al respecto de las cuestiones centrales del poder, la violencia revolucionaria, etc., la reacción libertaria no pudo entender nada y únicamente aprovechó para hacer arraigar una tendencia contraria al marxismo que ya no desaparecería en los años venideros... incluso cuando la corriente anarquista se pasó, también, con armas y bagajes al campo burgués.

La ruptura, por lo tanto, con el oportunismo encabezado por el PSOE y refrendado por las corrientes republicanas, sin realizarse en el terreno teórico sí que tuvo un reflejo organizativo de primer orden en la conformación de la primera central sindical unitaria y de alcance nacional. Es cierto que la represión subsiguiente, especialmente la que advino tras la huelga general de 1911, colocó a la CNT fuera de la ley y que esto lastró durante al menos cinco años su crecimiento. Pero la existencia de una fuerza obrera que se colocaba en enfrentamiento abierto contra el PSOE era un hecho. Y que esta fuerza tenía el grueso de sus miembros en Cataluña, mientras que el PSOE apenas excedía entonces los límites madrileños, también... Y esto contribuyó decisivamente a esa caracterización tan singular que se hace de la historia de la lucha de clase del proletariado en España, cuando se eleva la anécdota a nivel de categoría y se quiere ver fuerzas espirituales de cualquier tipo donde lo único que cabe es una explicación materialista que entienda los movimientos sociales como consecuencia de las fuerzas de las clases enfrentadas.

El desarrollo del movimiento de clase del proletariado industrial desde su aparición en la primera déca-

## El proletariado industrial

da del siglo XX y su auge durante los años '30 no presenta una diferencia esencial respecto a los tipos, más conocidos, de alemán, ruso o italiano: la diferencia no es de tendencia, sino de intensidad. La explicación dada tradicionalmente a este hecho por parte de las corrientes oportunistas estalinista, socialista, anarquista (pero también de la llamada «izquierda») vinculada al POUM y a Nin) resalta el escaso desarrollo político, económico y social nacional como factor determinante de la ausencia de un partido obrero fuerte, de la presencia de una corriente sindicalista revolucionaria a gran escala o de un proletariado agrícola y un campesinado pobre levantiscos.

Hemos mostrado en trabajos anteriores que, desde el punto de vista político, este atraso no puede justificarse y que la serie de revoluciones y guerras civiles del siglo XIX constituyen los jalones del camino de la clase burguesa al poder; desde el punto de vista económico, la aceleración de la acumulación de capital en las principales ramas industriales desde finales del siglo XIX sigue un patrón similar al que se puede observar en el resto de naciones capitalistas desarrolladas (con la única diferencia de la especial significación que tuvo para España la pérdida de las últimas colonias de Ultramar, Cuba y Filipinas, contra los Estados Unidos)

Por lo tanto, sólo queda por explicar si acaso la «cuestión social» se desarrolló en España en términos sustancialmente diferentes y que permitan explicar algún tipo de salvedad al desarrollo normal de la lucha de clase proletaria que, en el periodo que pivota en torno a la Iª Guerra Mundial, se caracterizaba por el predominio de la corriente socialdemócrata, la organización de una parte considerable del proletariado en sindicatos fuertemente influenciados por ésta y la progresiva reducción de las corrientes libertarias.

Como hemos dicho en el punto anterior, el año 1909 supuso el punto clave de ruptura de los sectores proletarios más avanzados con las corrientes republicanas que habían ejercido una influencia determinante sobre la masa social durante las últimas décadas. Los hitos fundamentales de esta ruptura fueron la conformación de la CNT, un año después de los sucesos de la Semana Trágica, y, en negativo, el «giro republicano» de un PSOE que renuncia a encuadrar a joven proletariado surgido del crecimiento industrial del polo catalán. La joven Confederación fue ilegalizada al poco tiempo de ser creada, cayendo en un periodo de inactividad que se correspondió con una depresión general del movimiento obrero en el conjunto del país que sólo remitirá a comienzos de 1914. Por lo tanto, esta ruptura con las corrientes pequeño burguesas que tenían presencia entre la clase proletaria de la época no tuvo unas consecuencias inmediatamente visibles, sino que todavía se pudo observar durante unos años como esas corrientes se fortalecían amparadas por el pacto de la «conjunción», que parecía dar carta de naturaleza a los republicanos.

### La guerra

El inicio de la guerra imperialista de 1914 trazó una línea divisoria en la sociedad española. Las corrientes

monárquicas, vinculadas a la oligarquía terrateniente y a las capas más elevadas de la aristocracia financiera, fueron partidarias de la victoria de la Triple Entente, mientras que las clases burguesas que se habían apoyado durante los años previos en las corrientes políticas regeneracionistas, en el regionalismo de Cambó, etc. fueron partidarios de los aliados. El país como es sabido, permaneció neutral si bien esto parecía una concesión a la tendencia pro germánica y hacía gritar en su contra a las corrientes «aliadófilas»

Uno de los principales bastiones de la defensa del eje anglo-francés fue el Partido Socialista. En la sumamente limitada capacidad política de los prohombres del socialismo que habían ascendido a la dirección del Partido como consecuencia del pacto con los republicanos, Francia representaba el país de la revolución y de las libertades, por lo tanto el país que debía ser defendido a toda costa de la barbarie incivilizada que venía de Alemania. Para calibrar correctamente el alcance de esta posición debe entenderse que la debilidad internacional de España, apenas capaz de mantener el orden sobre un pedazo de Marruecos por encargo de las potencias europeas, volvía virtualmente imposible su entrada en la guerra. Por lo tanto, la posición del Partido Socialista no provenía de la influencia que sobre el mismo pudiesen ejercer elementos burgueses interesados en vincularle a la causa intervencionista, ni mucho la idea de una solidaridad nacional a gran escala con la burguesía patria, como fue el caso en Alemania... El chovinismo patriotero del socialismo español fue consecuencia exclusiva del total y absoluto abandono de las posiciones marxistas que, desde hacía al menos una década, se había certificado en la dirección del partido, incapaz tan siquiera de recubrir de un manto pseudo revolucionario sus posiciones. Tan sólo entre algunos elementos aislados de las Juventudes Socialistas pudo verse, a partir de 1915, algún tipo de tendencia a la ruptura con la línea predominante en el partido. Pero aún habría que esperar varios años para que esta tendencia se consolidase como una fuerza en condiciones de luchar de manera independiente en los términos en que las izquierdas del resto de países lo hicieron.

La tónica durante los primeros años de la guerra fue un espectacular aumento de la producción, sobre todo de bienes de equipo que se exportaban a la maltrecha industria de los países contendientes, y la consiguiente emigración a las ciudades de la tradicional mano de obra sobrante en el campo que acudía llamada por los altos salarios y las mejores condiciones de vida. Como resaltan todos los historiadores que se han dedicado a este periodo, fue uno de los pocos en la historia de España en los que las huelgas acababan con victorias proletarias de manera generalizada: el interés de los patrones por no entorpecer la producción, que se había vuelto increíblemente rentable, y el flujo de beneficios que llenaba sus cajas permitiéndoles ceder una y otra vez ante las reivindicaciones laborales, favoreció el rápido resurgir de las organizaciones obreras vinculadas a CNT, que constituyeron una tupida red asociativa especialmente en Barcelona y las aglomeraciones industriales cercanas a esta ciudad.

A la vez que tenía lugar este crecimiento económico y este desarrollo de la organización sindical del proletariado, el régimen monárquico se volvía más y más inestable: la tradicional alianza política entre la oligarquía terrateniente y financiera y las clases medias industriales, que era el verdadero sostén de este régimen, sufría como consecuencia de los desequilibrios que causaba el rápido ascenso de la burguesía industrial catalana (que llegó a constituir una alternativa de gobierno nacional con Lliga Regionalista a la cabeza), del desastre militar continuado en Marruecos (donde la guerra era vista, cada vez más, como una aventura de rapiña para beneficio de algunos grandes propietarios) y por el mismo auge del movimiento obrero organizado en las principales ciudades del país.

Esta crisis del régimen fue mortal, pero tardó varios años en llegar a término y sólo lo hizo cuando finalmente el movimiento obrero se volvió un problema de primer orden para el conjunto de las clases dominantes. Ante este hecho, la «crisis militar» que protagonizaron los oficiales en 1917 o la «crisis parlamentaria» que generaron los diputados rebeldes el mismo año, fueron problemas menores. El primer hito de este movimiento obrero, espoleado sobre el terreno económico por la presión que suponía el encarecimiento del coste de la vida, fue la huelga general de 1917.

Esta, convocada en el contexto de una crisis política sin precedentes, fue organizada por una alianza entre UGT y CNT y acabó siendo un fracaso por la nula disposición de los dirigentes socialistas (Largo Caballero principalmente) a una huelga a escala nacional. Pero este fracaso dio paso a un rápido proceso de decantación de las fuerzas revolucionarias dentro del PSOE y sus Juventudes, que constataron el fracaso de la política encabezada por la dirección del Partido y consistente en promover un lento progreso sobre el terreno sindical y una alianza sin condiciones con las corrientes republicanas en el de la acción política, totalmente confundida con la presencia parlamentaria.

Por parte de la CNT, la huelga de 1917 supuso la ratificación de sus sospechas acerca de ser la única fuerza verdaderamente revolucionaria del país: mientras que su impulso, principalmente en Cataluña, no se agotaba, el PSOE se mostró como una organización absolutamente incapaz de bajar al terreno de la lucha abierta contra la burguesía. Esta situación dio lugar al periodo dorado de la organización anarco sindicalista de antes de la República.

### El trienio bolchevique

Esta es una expresión, poco afortunada, con la que algún historiador de los movimientos proletarios en el campo ha querido mostrar la coincidencia temporal entre el triunfo de la revolución en Rusia y el periodo de mayor agitación social en España. Más allá de lo anecdótico del nombre, los años de 1917, 1918 y 1919, fueron, efectivamente, los de mayor auge del movimiento obrero en España, pero también los de su declive.

Después de la huelga general de 1917, acontecieron tres hechos fundamentales.

El primero de ellos, la aparición dentro del Partido Socialista de una corriente de izquierda que, desde las Juventudes Socialistas y apoyándose en los núcleos proletarios de Madrid y Vizcaya, acabaría por conformar el Partido Comunista de 1920. Previamente a la escisión, esta corriente lograría que el PSOE abandonase la política de alianza electoral con las fuerzas republicanas y que la propia dirección se viese obligada a mostrar una apariencia de retorno a las posiciones marxistas fundamentales acerca del Estado, la democracia burguesa, la guerra, etc. El impulso que supuso la toma del poder por parte de los bolcheviques y la formación de la Internacional Comunista conformó la base de la experiencia internacional, práctica y teórica, sobre la que se constituyó esta corriente.

El segundo, el fortísimo auge experimentado por el movimiento obrero catalán. Fue la época de la importantísima huelga de La Canadiense, en la que un movimiento de solidaridad con los huelguistas de esta empresa dedicada al suministro de electricidad movilizó a la totalidad del proletariado barcelonés, poniendo en jaque a una burguesía local absolutamente desprevenida e incapaz de presentar, por el momento, resistencia alguna. Ante esta huelga, el gobierno central tuvo que intervenir como mediador promulgando una ley por la que se reconocía el derecho obrero a la jornada laboral de 8 horas. Esta victoria constituyó el cénit del movimiento del proletariado industrial. En torno a él se forjó la verdadera corriente sindicalista nacional, encabezada por Salvador Seguí, partidaria de constituir una fuerza de oposición obrera cuasi política, interesada en los asuntos de gobierno, etc. Es decir, una fuerza reformista al uso que pretendía que las fuerzas acumuladas por parte de la clase proletaria a lo largo del trienio no se desperdiciasen en las aventuras insurreccionales tan queridas a los anarquistas (la otra gran facción dentro de CNT), sino que se conformase en algún tipo de organización permanente capaz de vincularse a proyectos políticos como el incipiente nacionalismo catalán, etc. Este reformismo de tipo sindical, del que la historia oficial de CNT no quiere oír hablar (amparándose entre otras cosas en que Salvador Seguí fue asesinado por la patronal), muestra la tendencia innata del sindicalismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía, en este caso de la oposición progresista burguesa, y a aceptar por tanto los límites de la lucha de clase dentro del marco de la defensa de la economía nacional. Pero sobre todo, desmiente el mito de esa corriente libertaria específicamente española y totalmente indómita que habría caracterizado al movimiento proletario local desde 1909. Un futuro trabajo sobre los orígenes del PCE, concretamente sobre la influencia de la ISR en la CNT, nos permitirá tratar este tema con la debida extensión.

La huelga de La Canadiense también significó el inicio de la derrota del movimiento de clase comenzado en 1917. Inmediatamente después de concluida la huelga con una fabulosa victoria proletaria, la patronal pasó a la contra ofensiva: se negó a liberar a algunos presos capturados durante las protestas. La CNT, incapaz de reaccionar, dio orden de comenzar una nue-

## El proletariado industrial

va huelga y la patronal, ya preparada si no en términos económicos sí en términos políticos, ordenó el lock out generalizado en toda la región. Con este cierre patronal comenzó, además, el terrorismo generalizado: las bandas organizadas por los empresarios con ayuda de los sindicatos católicos mataban en las calles de Barcelona a los sindicalistas revolucionarios. Layret, el propio Seguí... Todo aquel que tenía un nombre dentro de CNT fue condenado a muerte. La reacción por parte de CNT y, sobre todo, de los grupos anarquistas que operaban dentro de ella, fue fulminante y desencadenó un conflicto entre pistoleros que duró años, sepultó a la CNT y paralizó totalmente al movimiento obrero. Si en 1919 el Congreso de la Comedia, segundo congreso nacional de CNT (en el cual se aceptó la adhesión a la ISR) proclamaba que CNT estaría en condiciones de hacer la revolución en los próximos años, sólo dos años después los sindicatos estaban hundidos en la semi clandestinidad y todo el peso organizativo se dedicaba a alimentar la lucha armada, a cuyo calor se desintegró para varios años el movimiento obrero catalán.

El tercer hecho que caracterizó el llamado trienio bolchevique fue el movimiento de los proletarios del campo que, junto con determinados sectores del campesinado más empobrecido, protagonizaron durísimos episodios de lucha en la zona andaluza oriental y extremeña principalmente. Las ocupaciones de fincas, las huelgas en comarcas enteras, los sabotajes y los actos de terror contra los terratenientes, pusieron a esta parte del proletariado en puestos de primer orden en la lucha social pero, sobre todo, crearon la base política y organizativa sobre la que, llegada la crisis económica de 1929, que en España se manifestó con especial virulencia en el campo, permitió el resurgir a gran escala del movimiento obrero agrario que protagonizaría los acontecimientos de los que hemos hablado en dos artículos previos.

### Fin del trienio y reacción burguesa

El auge del movimiento obrero durante el periodo que sigue al inicio de la Iª Guerra Mundial y, especialmente, durante los tres años del Trienio Bolchevique finalizó cuando la clase burguesa pasó, en su conjunto, a la ofensiva. Hemos hablado ya del caso de Barcelona, puntal del movimiento de la clase proletaria española, donde se derrotó al proletariado tras largos meses de cierre patronal acompañado de un terrorismo encaminado a liquidar a sus líderes. Sin llegar a la intensidad del caso italiano, esta ofensiva burguesa tuvo un gran peso en la medida en que logró reorganizar las fuerzas dispersas de las diferentes facciones de la clase dominante que, durante la última década, estaban enfrentadas entre sí. Lo hizo por la vía del enfrentamiento directo con el proletariado, efectivamente, pero también promoviendo una salida política a la llamada «crisis de la Restauración». Se trató de la dictadura de Primo de Rivera, que debe ser entendida como un pacto a tres entre el estamento militar, la oligarquía terrateniente y financiera y la burguesía catalana, para im-

poner un gobierno fuerte tras dos décadas de crisis permanente.

Desde el punto de vista político, la dictadura de Primo de Rivera supuso el triunfo de la línea dura contra el movimiento obrero propugnado por la burguesía catalana y apoyado por el ejército. Esta línea se resumía en ejecuciones extra judiciales para desorganizar los sindicatos y revertir las conquistas laborales de los años previos. En este sentido, la llegada del dictador al gobierno significó que el conjunto de la clase dominante se comprometía con la defensa de los intereses de la patronal catalana y con que, llegado el momento de emplear la fuerza militar en una cuasi guerra localizada en la región, todos los burgueses aportarían su esfuerzo a la misma. Nótese que la influencia de la burguesía catalana a la hora de imponer un dictador para el conjunto del país marca una tendencia que es, de hecho, una constante desde entonces: no existe orden nacional posible sin el concurso decidido de esta burguesía. El auge de la pequeña burguesía local y sus partidos independentistas significará, únicamente, el intento de vincular a la clase proletaria local a este proyecto, si bien llegado el momento su capacidad para combatir y reprimir a la clase proletaria haya estado más desarrollada.

Pero, más allá de dar el golpe final al conflicto del proletariado catalán con la burguesía industrial de la región, el régimen de Primo de Rivera (que va de 1923 a 19230) cerró el episodio de la conflictividad proletaria que se había abierto con la huelga de 1917 mediante la cooptación del Partido Socialista y la UGT a su gobierno. Largo Caballero (el futuro Lenin español, como fue conocido por lo estalinistas durante la Guerra Civil) fue nombrado Consejero de Estado con el apoyo, dentro del Partido, de la plana mayor de la dirección a excepción de Indalecio Prieto, nada sospechoso de ser un revolucionario por otro lado.

Además de este nombramiento, punto culminante de la política de colaboración con la clase burguesa que el PSOE había mantenido durante los años anteriores, los sucesivos gobiernos de la dictadura favorecieron el funcionamiento legal de la UGT, mientras que perseguían con la saña de la que ya se ha hablado a la CNT. El objetivo era evidente: conformar una corriente sindical colaboracionista capaz de desplazar a las tendencias sindicalistas, siempre peligrosas y que podían enturbiar el salto económico que se vivió durante aquellos años. Junto a Largo Caballero y la UGT, la dictadura desarrolló toda una legislación social y laboral encaminada a dirigir parte de los pingües beneficios económicos que la burguesía nacional lograba obtener en un contexto de fuerte expansión (es la época de las grandes corporaciones nacionales, del desarrollo del comercio europeo, etc.) hacia los preceptivos mecanismos de amortiguación del conflicto entre clases, es decir, seguros de desempleo, sanidad, etc.

Para PSOE y UGT, la consolidación definitiva de su política colaboracionista trajo la sumisión ya definitiva a las exigencias de la burguesía que, desde ese momento, sólo dependería de determinadas alianzas con uno u otro sector de la misma. Tendrá que llegar otra dictadura, esta ya desprovista de todo miramiento, para

expulsar, esta vez por cuarenta y cinco años, al PSOE del poder.

Para la CNT el fenómeno fue más complejo. La lucha en la calle de los pistoleros libertarios, salidos en un primer momento de entre la juventud afiliada a determinados sindicatos confederales y luego del contacto entre estos y un lumpen proletariado más mercenario que político, dio lugar a toda una generación de especialistas en la famosa propaganda por el hecho. Ésta, si bien encarnaba la resistencia desesperada de determinados sectores proletarios ante una patronal absolutamente decidida a exterminarlos, expresaba también la propia incapacidad de la clase proletaria de aceptar la lucha sobre el terreno propuesto por la burguesía: carente de un órgano de combate como sólo lo puede ser el partido de clase, que asume sin ambages el trabajo militar como uno más de los terrenos en los que desarrollar su actividad, fue absolutamente incapaz de resistir a la presión patronal pero también de mantener una mínima estructura defensiva, ni en el terreno sindical ni en el de la lucha callejera. Los elementos proletarios que encabezaron durante los años de 1919 a 1923 esta lucha, sucumbieron por lo tanto a la presión de la patronal y al aislamiento en que finalmente quedaron. Los más significativos de ellos abandonaron el país o fueron a la cárcel y sólo regresaron o fueron puestos en libertad en 1931.

Por otro lado, la corriente puramente reformista, mayoritaria en CNT desde 1917 y a la que, pese a sus cuantiosas víctimas a manos de los asesinos de la patronal, cabe imputar el desastre que sobrevino tras la huelga de 1919, vio en la derrota subsiguiente la confirmación de sus posiciones. El sindicalismo revolucionario de CNT tiene, realmente, un recorrido muy corto. En su seno vemos surgir, a lo largo de su época gloriosa corrientes que continuamente arrastran a buena parte de la militancia a posiciones mucho más parecidas a las de UGT que a esa leyenda revolucionaria que se ha construido sobre los mitos del anarcosindicalismo. Durante los años de declive y derrota del movimiento organizado, estas tendencias se fortalecieron viendo precisamente en los ejemplos de colaboración gubernamental de PSOE y UGT una vía a emular.

De esta manera, las dos tendencias que concurrirán a los grandes acontecimientos de 1931 en adelante, se fraguan, al menos potencialmente, durante los años más duros de la dictadura. Una encaminada a la acción por la acción, aportó los muertos y presos de entonces, pero dio a luz a los elementos más característicos del periodo posterior (Durruti, Ascaso, García Oliver...) Otra, partidaria de un sindicalismo de tipo combativo pero moderado, comenzó a plantear desde ese momento la necesidad de una acción política concertada con determinados sectores de la burguesía y la pequeña burguesía. Fue, de hecho, la corriente que participó posteriormente en las alianzas republicanas que, junto con el PSOE y los partidos republicanos, participaron activamente en la transición de la monarquía (moribunda ya en 1930) a la República. Conformaron las fuerzas de choque de esta alianza, pero unas fuerzas de choque puestas al servicio indudable de las corrientes políticas burguesas que pactaron el cambio

de régimen para garantizar la supervivencia del Estado.

### Balance del periodo 1909-1929

Con esta narración de los acontecimientos hemos tratado de mostrar que la supuesta singularidad histórica del movimiento proletario español, una singularidad defendida a su vez como explicación de los acontecimientos del periodo que va de 1931 a 1936 y especialmente de la Guerra Civil, no tiene sentido fuera de la mitología libertaria que, en España al menos, tiene una larga tradición de falsificación.

Si extraemos los puntos fundamentales que resumen la dinámica del periodo, estos serían:

1- Fuerte desarrollo del movimiento proletario generado por dos factores. El primero el boom económico de la Guerra Mundial, que incrementa la demanda de mano de obra y transige ante las reivindicaciones obreras con el objetivo de evitar paros en el principal negocio de la época: el suministro de productos a los países involucrados en la guerra e incapaces de reactivar su economía civil. El segundo, el surgimiento de una organización sindical, especialmente entre los nuevos proletarios emigrados al centro industrial catalán, como la CNT, cuyos principales representantes habían participado en las luchas de 1909, de las cuales extrajeron la necesidad de una organización de este tipo como primera lección.

El arco de este movimiento de clase del proletariado abarca desde el intento fallido de huelga general en 1917 hasta la época del pistolero en las calles de Barcelona. En ningún momento llega a traspasar el nivel de la lucha sindical, entendida esta en su más amplia acepción, para plantear una lucha de clase a escala nacional: sus límites fueron los de la acción en defensa de las condiciones de vida más inmediatas de la clase proletaria y el movimiento quedó encuadrado dentro del tradeunionismo clásico. Los únicos intentos más o menos consistentes para escapar de estas limitaciones los encabezaron precisamente las corrientes típicamente oportunistas, como la de Seguí y su búsqueda de alianzas con el catalanismo «de izquierdas».

2- La predominancia, al menos en Cataluña, del sindicalismo revolucionario encarnado por la CNT no puede entenderse como un desarrollo específico del movimiento proletario español, sino como la permanencia de este en un grado inferior de desarrollo político. La ausencia, no ya de un partido comunista con fuerte presencia entre los proletarios, sino tan siquiera de una socialdemocracia organizada a escala nacional refleja tanto el nivel de desarrollo político, económico y social del país (en cuya mayor parte no se había planteado aún la lucha de clases en términos modernos -constitución del proletariado en clase y por tanto en partido, superación de la fase puramente trade unionista, ruptura con las corrientes políticas pequeño burguesas, etc.-) como la propia acción de la corriente socialdemócrata que, ante la aparición de las primeras «islas» de proletarización a gran escala, deja de lado cualquier atisbo de una posición política coherentemente

## El proletariado industrial

marxista y huye del contacto con estas masas proletarias. Allí donde aún conserve sus fuerzas (Asturias y País Vasco) el propio PSOE sufrirá terribles convulsiones en el periodo inmediatamente posterior.

3- La ausencia de un Partido Comunista con un peso notable entre la clase proletaria puede explicarse en los mismos términos. El desarrollo político, económico y social español, pese a haber conducido al país a un capitalismo pleno ya a finales del siglo XIX y a un régimen burgués similar al existente en el resto de países europeos, aún no había puesto en marcha a una clase proletaria constituida como tal en términos generales, es decir, fuera de los marcos locales que caracterizan siempre sus primeros pasos en la historia de cada país y más allá de las alianzas características con los restos de otras capas sociales que se resisten a morir ante el desarrollo de la gran industria moderna. La acción política y económica del PSOE estuvo encaminada a reforzar a los sectores republicanos frente a la gran burguesía financiera y a la clase de los terratenientes, precisamente como reflejo de esa alianza entre los proletarios prácticamente recién salidos de las corporaciones gremiales y sus socios tradicionales, y eso le llevó a negar las posiciones marxistas ante cuestiones centrales como el problema del Estado, de la organización sindical, de la guerra imperialista, etc.

Sobre esta base era imposible que los elementos influidos directamente por los acontecimientos rusos de 1917 y la formación de la Internacional Comunista dentro del PSOE, no tuvieron capacidad de conformar una posición netamente marxista que exponer y defender ante una clase proletaria en franco ascenso. Esto no significa que no fuesen capaces de conformar un partido sobre una base marxista (el PCE de 1920 fue ese partido), sino que no podían tener la fuerza, el alcance y la influencia entre una clase proletaria (de por sí muy desequilibrada en términos territoriales) que la situación hubiese requerido.

4- Ante este doble fenómeno (incapacidad de la clase proletaria de avanzar más allá del terreno tradeunionista e incapacidad de los elementos de vanguardia marxista para incidir consistentemente en ella) la fuerza política del oportunismo no apareció en un sentido estrictamente reaccionario, es decir, no se manifestó como fuerza de choque anti proletaria allí donde la efervescencia de la lucha de clase la hacía necesaria, como sucedió en Alemania o en Rusia, ni como un elemento de conciliación que desmovilizase en todos los sentidos al proletariado dispuesto al combate pero dudoso de su dirección, como fue el caso italiano. El Partido Socialista español se pudo mantener al margen de los principales acontecimientos del periodo, negando por ejemplo en Madrid lo que sucedía en Barcelona cuando los líderes de CNT eran abatidos en las calles. Este tipo de posición que logró mantener, fue la que le permitió el salto definitivo de la colaboración gubernamental y aún esto más como un experimento «desde arriba» que como una consecuencia del peso social del PSOE. Pero desde ese momento, que fue su verdadero 4 de agosto, el PSOE puede contarse definitivamente como uno de los principales baluartes del Estado burgués, cualquiera que sea la forma que este haya

tomado.

Existe aún otra corriente oportunista, si bien suele ser ignorada en las historias del periodo. Se trata de la corriente sindicalista que predominó en la CNT durante todo el arco de tiempo estudiado. Su origen plebeyo y el trágico final de muchos de sus miembros (ejemplo terrible de la no menos terrible estupidez secular de la burguesía española, incapaz incluso de entender a sus aliados potenciales) no debe llevar a error al respecto de lo que fue una política incapaz de sacar a los proletarios más allá de los trágicos límites de la acción económica, dejándoles absolutamente desprovistos de fuerzas a la hora de afrontar la represión, ya no económica, sino política y militar de la clase burguesa.

5- Los acontecimientos posteriores a 1930 (alianza entre PSOE, CNT y sectores republicanos para acelerar el cambio de régimen, llegada de la República, conformación de un gobierno socialista, etc.) tuvieron lugar sobre la configuración política del periodo 1917-1923. Fue la crisis de 1929 la que precipitó el desmoronamiento de una forma política del Estado, la dictadura de Primo de Rivera, que de por sí no podía ser sino transitoria. El terreno que dejó vacío y que estaba asediado por un proletariado que se había desarrollado significativamente en la última década y que fue golpeado con especial dureza por el paro y el hambre, fue ocupado por la alianza tradicional de PSOE y republicanos, llamados al gobierno por la burguesía monárquica con el único objetivo de contener a la clase proletaria. Con esta situación, la debilidad política y organizativa del proletariado no sólo no se solucionó sino que se agravó en términos comparativos ante la inmensidad de las nuevas tareas que la situación le exigió.

### Octubre de 1934, punto de llegada.

La llamada *Revolución de octubre* de 1934 supuso el punto álgido en la acumulación de fuerzas del proletariado español. Fue el momento en el que la clase proletaria pudo mostrar toda su fuerza sin que las ataduras que posteriormente le vincularon definitivamente a otras clases sociales fuesen todavía lo suficientemente firmes.

Pero, por lo mismo, 1934 fue un punto y final. Contrariamente a la historia que tradicionalmente defienden estalinistas, libertarios y las corrientes ubicadas a su izquierda, 1934 no representó un jalón en el camino del verdadero hito revolucionario que habría sido el periodo que va de julio de 1936 a mayo de 1937, con el triunfo de los proletarios armados en las calles frente a los militares. Tras la derrota de la clase proletaria en 1934, que no sólo se certificó en el terreno de batalla de Asturias sino que tuvo un peso nacional al mostrar que pese a la generosidad de una clase dispuesta a luchar y morir entre gestas heroicas y una resistencia numantina, la cabeza, el puesto orgánico que en el cuerpo social de las clases debe ocupar la dirección revolucionaria, estaba vacío. Este hecho fue la causa no sólo de la victoria de los elementos reaccionarios, sino, sobre todo, de que el balance político

resultante de esta derrota lanzase a los proletarios organizados política y sindicalmente a los brazos de la pequeña burguesía republicana, con la conformación del Frente Popular de 1935. Todo el misterio de la Guerra Civil y la insurrección de julio de 1936 queda resuelto, como mostraremos en la segunda parte de esta exposición, si se mira en su interior desde este prisma.

### *Los antecedentes*

Hemos visto anteriormente la evolución sufrida por las organizaciones proletarias -principalmente PSOE-UGT y CNT- en el bienio que va desde la llegada de la República hasta la insurrección de Casas Viejas de 1933 y, como señalábamos, estos dos años pueden considerarse como un periodo de intensísimo empuje proletario, acuciada como estaba la clase obrera por las consecuencias de la crisis de 1929, y absoluta incapacidad por parte de los cuadros dirigentes de PSOE y CNT de responder a este.

La consecuencia directa de esta situación fue la rápida pérdida de fuerzas por parte de la conjunción republicano-socialista que ostentaba el gobierno y la mayoría parlamentaria en las Cortes Constituyentes: los proletarios abandonaron tácitamente esta alianza, que tenía un alcance en primer lugar electoral, negándose a apoyarla en las elecciones de 1933. A su vez, esto implicó el triunfo de una amplia coalición de partidos de derecha (la célebre CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas) en la que intervenían desde las corrientes monárquicas hasta los sectores republicanos conservadores pasando por la corriente carlista y la conformación de un gobierno conservador dirigido por el Partido Republicano-Radical de Alejandro Lerroux.

Con esta situación, el equilibrio del régimen republicano está herido toda vez que la CEDA, que tiene derecho parlamentario a entrar en el gobierno aunque la corriente radical de Lerroux y la Presidencia de la República traten de impedirlo, es una coalición entre cuyos miembros se encuentran furibundos enemigos del propio régimen, corrientes llamadas *accidentalistas* por su asunción de la forma republicana del Estado como un accidente sin importancia esencial, e incluso fuerzas contrarias al propio sistema liberal preexistente a 1931.

La República había sido una maniobra por parte de un sector de la burguesía española-el más capaz sin duda- para traspasar el poder a una alianza de izquierdas capaz de contener a la masa proletaria y se encontró entonces privada de la base que le daba carta de naturaleza, carente del apoyo de la clase proletaria y encabezada por las corrientes anti republicanas. Ante esta situación, el equilibrio era totalmente inestable. La aceptación de los resultados electorales y la consiguiente entrada de los partidos reaccionarios en el gobierno hubiera significado el reconocimiento de que el paréntesis de las Cortes Constituyentes no había significado nada y hubiera mostrado el enfrentamiento entre clases de manera abierta. La no inclusión en el gobierno de estas corrientes, hubiera implicado una negación

del funcionamiento democrático constitucional y, en consecuencia, otra vía para reconocer la naturaleza real de un régimen republicano insostenible como el intento de tregua en la lucha de clases que suponía.

Por parte de las clases dominantes, en España nunca se puede esperar una gran amplitud de miras ni fórmulas novedosas para garantizar su dominio social. Tras las elecciones de 1933, la confederación derechista exigió su entrada en el gobierno con un programa que anulase toda la legislación social del bienio anterior, lo cual era prácticamente una declaración de guerra a las organizaciones republicanas y a la clase proletaria. Para ello llamó en su ayuda al ejército, único órgano capaz de centralizar a una clase burguesa increíblemente débil y fragmentada, y concretamente a la soldadesca que había hecho sus armas en la represión contra los rebeldes marroquíes.

Por su parte, el PSOE, que había roto el pacto con los republicanos como consecuencia de esta desafección proletaria a su tarea gubernamental de 1931-1933, únicamente era capaz de clamar por el retorno al «equilibrio» previo, a la restauración de la esencia prístina e inmaculada de la República contra la amenaza derechista. En esto consistió la célebre «radicalización» del Partido Socialista, en defender, muy vehementemente eso sí, la vuelta a la fase inicial del régimen republicano en la que había tenido una importancia de primer orden.

Esto, obviamente, era imposible. La labor legislativa y gubernamental del Partido Socialista (que, como hemos visto, tuvo esencialmente un papel represor) no estaba puesta en entredicho únicamente por las derechas que habían triunfado en las elecciones, sino también por una clase proletaria duramente golpeada por la situación económica y que ya había dejado decenas de muertos entre sus filas, inmolados en el altar de la legalidad republicana que ahora se quería defender.

### *La preparación*

En 1934 el enfrentamiento, cualquiera que fuese la forma que tomase, parecía inminente. Lo buscaba la derecha reaccionaria, que no tenía ningún miedo a deshacerse de la forma republicana del Estado para imponer un régimen similar al anterior, y lo tenía también en su perspectiva más inmediata una clase proletaria que sabía que ella era el objetivo último que la reacción quería cobrarse. En esta evolución de los acontecimientos existieron dos factores fundamentales para entender la forma en que estos se desarrollaron durante la última parte del año.

El primero de ellos es el marco internacional. Es sabido que el régimen fascista italiano era, desde 1932, un apoyo para las corrientes monárquicas que conspiraban contra la República. Este apoyo debe entenderse, todavía, como un refuerzo de las tendencias reaccionarias en un país vecino y no como una política intervencionista italiana como la que aparecerá a partir de 1936, pero no por ello dejaba de tener un significado relevante: las fuerzas reaccionarias españolas contaban con un impulso dado en el terreno internacional y basado en la experiencia que otras burguesías habían acumulado en las décadas previas. Por otro lado, el

## El proletariado industrial

ascenso en 1933 de Hitler al poder (hecho que no es necesario glosar para que se entienda el fortalecimiento que implicó para las tendencias más reaccionarias españolas) y la instauración de la dictadura de Dollfuss en Austria, dieron una gran energía a las corrientes que planteaban abiertamente la necesidad de disciplinar a la clase proletaria, aniquilar sus organizaciones e imponer un orden fuerte. La entrada en el gobierno de la confederación de derechas se plantea como un paso simbólico en este sentido y se liga tanto a la *tendencia europea* como a las necesidades interiores a las que esta puede dar solución.

El otro factor determinante es el hecho de que esta tendencia de carácter más beligerante no es todavía la predominante entre la clase burguesa española. Debe recordarse que la dictadura de Primo de Rivera, hipotético predecesor directo de ese *gobierno fuerte* que la derecha exigía había caído no madura sino podrida y carcomida en su interior como consecuencia de su incapacidad para cohesionar la disparidad de tendencias burguesas que pugnaban entre sí. Los antecedentes no eran muy halagüeños, especialmente para una facción republicana, encabezada entre otros por Lerroux, que tenía una experiencia mayor en lo que al control de la clase proletaria se refiere.

Entre ambos factores, ambos de gran importancia, se coloca la reacción del Partido Socialista ante la evidente ofensiva reaccionaria. Por un lado, se enarbola - y esto es común a todo el movimiento obrero organizado, anarquistas, sindicalistas y corrientes a la izquierda del PCE incluidos- la bandera del antifascismo nacional e internacional. Por otro lado, todavía se juega la carta de la defensa de las instituciones republicanas como baluarte contra esta reacción, defendiendo ante las masas proletarias que existen la defensa de la legalidad republicana (de una legalidad muy particular de hecho puesto que negaba el resultado de las elecciones) podía ser la defensa frente a las corrientes que se hacían eco en España de las tendencias nazi-fascistas europeas. Así, existen la propaganda democrática y legalista del PSOE tiene dos vertientes, la defensa contra el fascismo y la lucha republicana, con las que busca reconquistar a la clase proletaria. Fuera del terreno electoral, porque esta llamada a la lucha se realiza contra el mismo proceso electoral en que las derechas habían triunfado pero a la vez dentro del respeto a las instituciones republicanas que se busca defender o reconquistar contra la amenaza fascista.

Esta posición, sumamente ambigua, del Partido Socialista tenía como objetivo único reconquistar a los proletarios para la defensa de la República y se planteó como una suerte de *revolución defensiva*, dirigida a frenar armas en la mano el ascenso de la derecha al gobierno. De esta manera, el PSOE planteó que en el momento en el que el presidente de la República permitiese el acceso, condicionado también por la aceptación del gobierno Lerroux, de la CEDA a cargos ministeriales, el Partido «declararía la revolución».

A esta situación, se añade la presencia de otras fuerzas políticas igualmente relevantes en 1934. La primera de ellas, la CNT y las corrientes anarquistas que la controlaban una vez expulsadas las fuerzas *treintistas*.

En los puntos anteriores hemos examinado qué significó realmente este predominio anarquista en CNT y puede entenderse como algo natural que su posición ante la supuesta radicalización del PSOE fuese ignorarla. Esto significó que la mayor parte de las organizaciones sindicales encuadradas en CNT se negaron a secundar la consigna insurreccional dada por el PSOE. La excepción fue Asturias, donde CNT era minoritaria respecto a UGT pero existía una fuerte tendencia a la unidad creada por las singulares condiciones de la estructura minera de la región. Es en esta área donde se creó la célebre alianza UHP (Unión de Hermanos Proletarios) y de donde saldrá el principal contingente revolucionario de 1934.

La otra facción política relevante fue Esquerra Republicana de Catalunya (Izquierda republicana, en castellano, ERC por sus siglas) que, apoyada en la corporación agrícola *Unió de Rabassaires* (que se puede traducir como Unión de campesinos) y en el gobierno autonómico catalán que controlaba, mantuvo durante el periodo un pulso con el gobierno central y con la propia burguesía terrateniente catalana en defensa de los intereses de los campesinos locales por el problema del vencimiento de los contratos de arrendamiento de las tierras, que ERC quería prolongar en favor de los campesinos mientras que el gobierno central quería liquidar lo antes posible. ERC, como es sabido, era una corriente independentista y movilizaba a una parte sustancial de la pequeña burguesía catalana a la vez que contaba con el control de la policía local (empleada fundamentalmente contra CNT) y planteaba la posibilidad de levantar rápidamente, en caso de insurrección, un ejército catalán.

### Los hechos

El 4 de octubre del '34 se anunció la entrada de la CEDA en un gobierno conjunto con los republicanos de Lerroux. Esa misma noche, el Partido Socialista dio la orden de comenzar la insurrección. Este no es el lugar de narrar detalladamente los hechos, que abarcaron desde el día 5 hasta el 18 del mismo mes, cuando las tropas gubernamentales se hicieron finalmente con el control de todo Asturias, pero no se puede dejar de señalar que fueron los mineros organizados en la Alianza Obrera, los que avanzaron desde la cuenca minera hasta las principales poblaciones, llegando a controlar buena parte de la región asturiana pobremente armados y recurriendo a la famosa «dinamita revolucionaria» como arma principal para derrotar a la Guardia Civil en un primer momento.

Los acontecimientos, dentro de la llamada «Comuna asturiana», pueden ser familiares a muchos. Las acciones militares tienen un carácter local: se busca controlar poblaciones, acumular fuerzas y continuar avanzando, no establecer un frente fijo. Las poblaciones que se controlan son puestas bajo el régimen «comunista-libertario» aboliéndose la propiedad privada, suprimiendo el dinero... formando, en fin, pequeñas comunas de carácter anarquista. Los intentos por establecer un control total de las dos ciudades principales (Oviedo y Gijón) resultan infructuosos y lentamente

te las milicias proletarias cedieron terreno ante las fuerzas militares enviadas por el gobierno republicano.

La represión en Asturias fue terrible, la legión, cuerpo contra insurreccional creado por la burguesía española y adorado hasta el día de hoy por ella, se ceba en las poblaciones mineras, dejando un reguero de muertes desconocido hasta el momento en ninguna de las guerras civiles españolas. Miles de proletarios son apresados y encarcelados, el orden burgués se reinstaura con fiereza y se busca dar una lección al resto de proletarios del país.

En el resto del país, la orden revolucionaria del PSOE se incumple incluso por parte de sus propios dirigentes, que se esconden nada más darla y no reaparecen sino para entregarse a las autoridades cuando la sangre proletaria ya formaba ríos. La traición es más que evidente en ciudades como Madrid, donde se decretó una huelga general ante el absoluto desconcierto de los militantes obreros, que fueron abandonados a su suerte por su dirección.

Por lo demás, los acontecimientos sólo revistieron cierta relevancia en Cataluña donde ERC proclamó la independencia y movilizó a sus bases sociales, que junto al Bloque Obrero y Campesino, hicieron un conato de resistencia ante el avance del ejército. La negativa de CNT a intervenir en el movimiento, normal por otro lado toda vez que la primera orden del «gobierno nacional» fue detener a sus principales líderes, lo vuelve completamente inoperante y la «independencia» de Cataluña duró apenas unas horas, cayendo sin apenas oposición en el momento en que el Estado decidió suprimirla vía militar.

El saldo de octubre de 1934 fue, en lo inmediato, terrible para la clase proletaria: los miles de muertos en Asturias, caen en el debe del Partido Socialista que los lanzó al matadero siendo plenamente consciente de ello. La represión posterior, la destrucción de los cuadros políticos y sindicales en una de las principales regiones proletarias del país, pero también en las zonas de Castilla donde los ferroviarios y otros sectores se habían lanzado a la huelga general, provocó la destrucción del movimiento obrero organizado en estas zonas... y en muchas nunca llegó a recomponerse, dando lugar a una situación terrible cuando los obreros fueron, en julio de 1936, derrotados definitivamente sin que apenas pudiesen oponer resistencia.

Una buena parte de la clase proletaria, la que no estaba organizada directamente en CNT y que era mayoría fuera de Cataluña, creyó realmente en la insurrección como vía para aplastar a la reacción. Los términos en que se produjo la derrota implicaron que esta parte del proletariado no volviese a plantear ya la necesidad de la lucha revolucionaria. La represión fue militar y política. La clase proletaria, dirigida por un Partido Socialista que obviamente no tenía nada de revolucionario, aún contaba, en 1934, con cierta fuerza independiente. Esta se perdió cuando la clase obrera fue lanzada al combate a sabiendas que sería derrota-

da.

Respecto a CNT, los líderes anarquistas se negaron, como hemos dicho, a que entrase en la lucha. Pero, yendo mucho más allá, se negaron a combatir la represión burguesa, siendo incapaces de convocar tan siquiera una huelga cuando el ejército fusilaba sin parar en las cuencas mineras. Este fue el segundo factor de desorientación que objetivamente tuvo un peso decisivo en la clase proletaria. La lucha de clase, entendida como enfrentamiento de los proletarios contra un enemigo común, perdió todo sentido. Incapaces de remontar esta situación, los proletarios quedaron definitivamente presos precisamente estas corrientes oportunistas (socialistas y anarquistas) que les habían llevado a la derrota.

La consecuencia de octubre de 1934 fue la destrucción de la fuerza independiente de la clase proletaria. Y esto se consolidó con el pacto del Frente Popular al que se adhirieron, directa o indirectamente, todas las organizaciones que tenían fuerza entre los proletarios argumentando que, después de octubre, era necesaria una gran alianza «de izquierdas» para echar al fascismo del gobierno. Desde este punto de vista, puede entenderse la magnitud real de la derrota del '34. El Frente Popular no era, ni siquiera, un retroceso a la situación de 1931, con una gran alianza entre obreros y pequeño burgueses republicanos materializada en esa conjunción a que CNT apoyaba implícitamente. El Frente Popular supuso un retroceso a unos términos cuanto menos similares a los de 1909, en tanto en esta nueva alianza los proletarios ya sólo aportaban la fuerza que permitía maniobrar políticamente, pero sin tan siquiera tener una representación real en los órganos directivos. La división de la clase obrera con que se salió del octubre del '34 se consolidó con un programa aceptado por parte de PSOE, POUM, PCE e incluso CNT que rebajaba a los proletarios a mero apoyo de la burguesía republicana.

Como podremos exponer en la continuación de esta relación, los acontecimientos más sorprendentes de 1936, como fueron la entrega del poder por parte de los anarquistas a la pequeña burguesía republicana después de conquistarlo en la calle, la salida de los proletarios organizados militarmente de las principales ciudades para «marchar al frente» a combatir a Franco, la defensa del Estado burgués como garante de las conquistas logradas, etc. sólo se pueden explicar si se entiende que la clase obrera había sido derrotada políticamente en 1934. Aún cuando ya entonces el control sobre el proletariado lo ejercían organizaciones oportunistas, existía aún la certeza de que se podía y se debía luchar contra la burguesía. Ese era la tensión que se vivía en las organizaciones de base del proletariado. Con la derrota de 1934, con la cesión por parte de los líderes socialistas y anarquistas en la posterior coalición con los republicanos, esta independencia de clase quedó comprometida definitivamente.

Los actos terroristas, hoy de Hamás, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras palestinas, no pondrán fin a la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania.

¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de todo Oriente Medio, de Europa y del mundo, está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!

La burguesía palestina, hoy dividida en dos grandes facciones -Hamás y ANP-, se mueve en torno a tres líneas principales: 1) mantener relaciones lo más estrechas posibles con las diversas, y conflictivas, potencias regionales e internacionales que tienen interés en apoyarles; 2) defenderse de la opresión económica, política, social y militar ejercida principalmente por Israel, pero también por los demás Estados árabes de la región; y 3) mantener subyugado al proletariado palestino sobre el que las dos facciones principales ejercen su limitado poder, tanto para obtener una explotación suficiente como para garantizar los privilegios que conlleva ese poder como para utilizarlo como moneda de cambio con las potencias regionales e internacionales con las que mantienen relaciones.

El proletariado palestino, utilizado durante décadas como fuerza de choque en beneficio de las diferentes facciones en que se dividió la burguesía palestina y de las diferentes burguesías de los demás Estados árabes, siempre estuvo destinado a ser, a la vez, fuerza de trabajo explotada por cada una de las burguesías bajo las cuales tuvo la desgracia de estar o refugiarse y carne de cañón tanto en los conflictos con los que intentaba defenderse de cada ataque -ya fuera en Palestina o en los «campos de refugiados» de Egipto, Jordania, Líbano, Siria- como en los conflictos de Israel contra los países en los que se refugiaba.

Palestina: un proletariado y un pueblo condenados a ser masacrados. Israel: un Estado nacido sobre la opresión del pueblo palestino y un proletariado judío cautivo de los beneficios inmediatos, y cómplice, de esta opresión. Una opresión que no tendría la fuerza que tiene y no habría durado tanto si no fuera apoyada, alimentada y nutrida por las potencias imperialistas occidentales que han constituido con Israel una fortaleza a su imagen y semejanza en Oriente Medio, utilizando en función hegemónica las estrechas relaciones con las comunidades judías norteamericana y europea para mantener viva la defensa de los intereses imperialistas por encima de los intereses específicos y «nacionales» de la burguesía israelí. Una opresión que las potencias democráticas occidentales deben hacer pasar por una «necesidad de supervivencia» del pueblo judío, de cuyo exterminio por el nazi-fascismo se hicieron cómplices ayer, y al que hoy, bajo la forma del Estado-gendarme de los intereses imperialistas occidentales llamado Israel, pagan también una deuda histórica en beneficio de una burguesía «nacional» a la que permiten explotar a muy bajo precio a una masa proletaria palestina y reprimir, con los métodos violentos que consideran más eficaces, cualquier intento de

lucha, aunque sólo sea en el terreno de la defensa económica e inmediata. Una opresión cuya eficacia y duración se deben también a la pasividad general de los proletarios europeos y americanos que desertan de la lucha de clases desde hace décadas, imbuidos, como están desde hace generaciones, de ilusiones democráticas y colaboracionistas.

Por lejana que parezca la lucha de clase del proletariado en los países occidentales, es la única vía por la que la clase proletaria de los países imperialistas, de Occidente y de Oriente, que apoyan tanto a la burguesía israelí como a la palestina, puede redimirse entablado finalmente una lucha sin cuartel contra los verdaderos enemigos de clase: los imperialistas, fuerzas últimas de la opresión de todos los pueblos, de todas las nacionalidades.

El proletariado palestino nunca conseguirá por sí solo deshacerse de su propia burguesía, y mucho menos de la burguesía israelí. Ya se encontró en esta situación varias veces desde 1948, cuando el Estado de Israel se impuso por la violencia y siguió ocupando tierras palestinas. Las luchas que las distintas formaciones burguesas armadas palestinas llevaron a cabo a partir de los años 60 ya estaban impregnadas de un nacionalismo vendido a potencias extranjeras de las que recibía apoyo y directrices, y que nada tenía que ver con el espíritu y el impulso independentista «nacional-revolucionario» que distinguió las luchas contra la opresión nacional en Argelia, Congo y, más tarde, Angola y Mozambique, y que durante mucho tiempo caracterizó la revuelta espontánea del proletariado palestino. En los designios de los imperialistas vencedores de la Segunda Guerra Mundial, en particular del Reino Unido, de la URSS y, más tarde, de los Estados Unidos, toda la zona de Oriente Medio -abastecida de petróleo y con vías de comunicación estratégicas como el Canal de Suez, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico- adquirió inevitablemente una importancia vital para el capitalismo mundial. Las poblaciones árabes que viven en esa vasta zona, si hubieran tenido la fuerza de rebelarse contra los británicos y los franceses como se rebelaron contra los otomanos durante la Primera Guerra Mundial, podrían haber causado graves problemas a los intereses de los imperialismos británico y francés y, en perspectiva, a los imperialismos ruso y estadounidense, que, por supuesto, no tenían ninguna intención de permanecer ajenos a esa región.

«Fue el imperialismo», escribimos en 1958, «al descubrir y explotar los yacimientos petrolíferos de Arabia, y al insertar a los Estados árabes nacidos de la

## Los actos terroristas de Hamas

*desintegración del Imperio Otomano en la gran red de tráfico mercantil, especialmente de petróleo, el que preparó «el barril de pólvora» que hoy [1958, NdR] se ha convertido en una realidad. Fue este el que, prometiendo a los árabes la independencia para tenerlos como aliados contra los turcos o los alemanes, y a los judíos el hogar palestino para asegurarse el apoyo de los grandes capitales y de las minorías judías pobres pero fecundas de los países occidentales, creó las premisas de la tensión por la que se desgarró el Próximo Oriente, tanto más grave cuanto que entretanto los Estados árabes se han fortalecido económicamente e Israel se ha convertido en el gran centro de una industria y una agricultura ultranacionalizadas» (1).*

Pues bien, esa tensión por la que estaba desgarrado Oriente Próximo desde hacía tiempo nunca ha disminuido; si acaso, se ha acentuado cada vez más. En aquella época, lo que los imperialistas temían era la posibilidad de que los pueblos árabes lucharan y logran una unificación panárabe y un Estado supranacional, algo que existía en los designios de Siria y Egipto; pero esa unificación no se produjo debido a muchos factores históricos y contingentes, entre ellos la tradicional rivalidad entre tribus y jeques, reforzada y no disminuida con el tiempo precisamente por el descubrimiento del petróleo y la intervención de las potencias imperialistas que competían por su conocimiento de los desiertos y la explotación de las masas desposeídas y proletarizadas no sólo del vasto Oriente Medio sino también de Asia Central y Extremo Oriente.

La lucha por la autodeterminación del pueblo palestino podría haber formado parte del gran ciclo de luchas anticoloniales que se abrió tras el final de la segunda guerra imperialista mundial, especialmente en la segunda mitad de la década de 1960; pero el gigantesco potencial de clase representado por el proletariado palestino y las masas proletarizadas, aunque se expresó a través de su lucha indomable y armada en Palestina, Líbano, Siria y Jordania, no expresó un programa político autónomo y de *clase* que pudiera guiar el movimiento nacional. Este programa político revolucionario de clase tampoco estaba presente y operativo en la forma de la Internacional proletaria y comunista, ahora destruida y borrada desde hacía cuarenta años. Por otra parte, las fuerzas políticas de «izquierda» que formaban la «resistencia palestina», y que se autoproclamaban «marxistas», estaban todavía tan impregnadas de oportunismo de marca estalinista que sólo podían expresar programas y directrices políticas desviadas encasillando cada vez más al «movimiento de liberación» palestino en los juegos reaccionarios de las oligarquías árabes y los países imperialistas. No sólo se desvaneció rápidamente la gran aspiración de la unificación árabe desde el Océano Atlántico hasta el Mar Rojo, sino que también la ilusión de la emancipación palestina de la opresión árabe-occidental-israelí mediante una lucha de «resistencia» dirigida por los intereses de una burguesía palestina corrupta vendida al mejor postor y apoyada o por un bloque imperialista o por el bloque competidor, se encontró inexorablemente con la derrota más trágica. El mismo oportunismo de marca estalinista también influyó fuertemente en los proletarios occidentales, y europeos en particular, los únicos que podrían haber sido los aliados de confianza en la lucha contra el mismo enemigo, las clases dominan-

tes burguesas, no importa si israelíes, árabes, francesas, británicas, estadounidenses o rusas. La pasividad que los proletarios de Europa mostraron hacia la lucha del proletariado palestino no sólo se expresó en el abandonarlo a su suerte al tiempo que mantenían estrechas relaciones con cada una de sus burguesías nacionales para salvar lo que podía pasar, respecto a las condiciones en las que sobrevivían los proletarios palestinos, por privilegios económicos y políticos ganados a lo largo de los años; también se expresó, a través de las numerosas fuerzas políticas autodenominadas «comunistas», en fomentar la ilusión de que la solución a la «cuestión palestina» pasaba por decretar, a través de la ONU y de los diversos acuerdos entre los gánsters imperialistas, la existencia de dos Estados en el mismo territorio.

La «resistencia palestina», que siguen invocando los autodenominados revolucionarios comunistas, representados actualmente sobre todo por Hamás en Gaza y la ANP en Cisjordania, sirve hoy más que ayer para engañar y paralizar a las masas proletarias y proletarizadas palestinas no sólo en Palestina, sino también en Jordania, Líbano, Siria, donde se han refugiado en los famosos «campos de refugiados», y en cualquier otro lugar del mundo donde se encuentren exiliadas, para que su reacción a las constantes masacres de las que son objeto no se dirija finalmente hacia la lucha de *clases*, la única lucha que no sólo las colocaría en una posición de independencia y autonomía frente a cualquier otra fuerza burguesa y colaboracionista, sino que también abriría la posibilidad de ampliar la solidaridad de clase con los proletarios de los demás Estados árabes, con el proletariado israelí y con el proletariado de los países imperialistas, en primer lugar de los países europeos.

El camino de la lucha de clases es largo y queda lejano, eso es seguro, pero es la única perspectiva en la que los hechos materiales que subyacen al antagonismo entre las masas proletarias y la burguesía en todos los países conducen históricamente a la solución de toda opresión, de toda explotación, de toda guerra mediante la lucha de clases revolucionaria.

La movilización vista en varias capitales occidentales, desde que las tropas israelíes invadieron la Franja de Gaza, arrasando ciudades del norte, la propia ciudad de Gaza, y procediendo del mismo modo en el sur de la Franja a la que el propio Israel había obligado a desplazarse desde el norte a más de un millón y medio de palestinos, coreando «resistencia palestina», ondeando la bandera palestina y pidiendo ayuda humanitaria y el fin de la guerra, no es sino la enésima demostración de solidaridad vacía con un pueblo cuya enésima masacre es permitida, organizada y llevada a cabo por el único país democrático de Oriente Medio, protegido, apoyado y forrajeado por las grandes democracias occidentales, ¡y la estadounidense por encima de todas!

No es la primera guerra que estalla entre Israel y Gaza, o más bien entre Israel y los palestinos. Gaza está siguiendo el camino de Tall-el-Zaatar, cuando aquel campo de refugiados palestinos fue destruido y sus habitantes masacrados con una ferocidad sin precedentes. Pero Gaza está gobernada y controlada por Hamás y se ha convertido en el foco de la influencia iraní en un enclave dentro de las fronteras de Israel, lo

que resulta insostenible para cualquier gobierno de Tel Aviv, sea el de Netanyahu o no. Por ello, más allá de que Netanyahu y su gobierno se vieran sorprendidos por el mortífero ataque del 7 de octubre en el que las milicias de Hamas y sus aliados yihadistas masacraron, en un solo día, a más de 1.200 habitantes de kibutzs, en su mayoría proletarios israelíes y muy pocos soldados, y tomaron más de 200 rehenes; y al margen de las acusaciones de corrupción, que Netanyahu tiene todo el interés en evitar, lo cierto es que la reacción israelí -que en Washington han considerado «desproporcionada»- bombardeando ciegamente ciudades palestinas densamente pobladas y matando a más de 25.000 civiles, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, responde a la lógica de hierro de una guerra en la que el «enemigo» no es sólo el miliciano armado, sino todo el pueblo del que el miliciano forma parte. Es la lógica de hierro de las masacres fascistas y nazis, de las masacres de los boinas verdes en Vietnam y Camboya, por no hablar de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, lo que demuestra que la guerra que la burguesía libra contra un pueblo al que considera enemigo es una guerra total.

En guerras como ésta es el proletariado, en realidad, el principal objetivo, porque toda clase burguesa sabe que si hay una fuerza social capaz de oponersele decisivamente y con serias posibilidades de derrotarla, es la clase del proletariado, sobre todo si está dirigida por el partido de clase, como ocurrió en Rusia en 1917. Y cuando a la cabeza del proletariado no está el partido de clase, sino los partidos de colaboración interclasista, y así ocurre también en el caso palestino, la clase dominante burguesa ha logrado en gran medida su objetivo de desviar la energía de la clase proletaria hacia el terreno que le es más favorable sin tener que reprimirla sistemáticamente. En el caso de los palestinos, sin embargo, es el indomable impulso a rebelarse contra la opresión y la represión de Israel lo que a su vez empuja al Estado sionista a una represión cada vez más brutal y violenta, una represión que no se detiene ante ningún atentado terrorista, tal es el ansia de tierra y de poder absoluto que la burguesía israelí ha demostrado desde su reunificación en Palestina tras la Segunda Guerra Mundial. El juego imperialista, primero franco-británico, luego principalmente estadounidense, tiene como respuesta la creación del Estado de Israel, fiel gendarme y verdugo en tierra árabe y en una región estratégicamente vital para el capitalismo mundial. Pero la actual guerra de Israel contra Gaza y los palestinos, apuntando como siempre también al Líbano y Siria, se desencadena en una situación internacional ya extremadamente tensa debido a la guerra de Rusia en Ucrania, y en una situación en la que la economía mundial está al borde de una grave crisis. Aquí, pues, el enfrentamiento que parece limitarse entre Israel y una milicia terrorista bien organizada y apoyada por los enemigos de Israel adquiere inevitablemente una dimensión completamente diferente, en la que entran poderosamente en juego los grandes trusts no sólo del petróleo y el gas, sino también del armamento. Como sabemos, como marxistas, no son los Estados los que subyugan al capital, sino que es el capital el que subyuga a los Estados, tanto más en la fase imperialista en la que gobier-

na el capitalismo financiero. El interés primordial del capital financiero no es sólo aprovechar cualquier situación en la que pueda especular para aumentar su valor inicial, sino también crear las situaciones más favorables para esa especulación. ¿Qué puede haber mejor que una guerra iniciada, o por iniciar, y desarrollada en el tiempo y en el espacio, para hacer girar los beneficios a una velocidad cada vez mayor, ya que en la guerra cualquier arma, sistema de armas, medios, equipos e infraestructuras están destinados a desgastarse rápidamente para ser sustituidos continuamente por nuevos armamentos, equipos, etc., para lo que se necesitan enormes inversiones, por tanto enormes capitales?

El entrelazamiento de los intereses del capital de las grandes corporaciones financieras mundiales, los intereses de las grandes multinacionales dedicadas a la producción de todo aquello que se consume rápidamente y en cantidades anormales (como medicinas para epidemias y guerras, armamento, materias primas para la producción de energía, alta tecnología, etc.) y los intereses políticos de los grandes estados imperialistas, supera con creces cualquier intento del capital marginal y de los pequeños estados de escapar a la devastadora influencia del gran capital convirtiéndose en «autónomos». Pero entre estos intereses hay que considerar también otro elemento, el trabajo asalariado, verdadera fuente, a través de su explotación, de la valorización del capital. En efecto, al capitalismo le interesa que el proletariado de todos los países del mundo siga siendo una clase sometida al trabajo asalariado, una clase *para* el capital, como decía Marx, y se justifican todos los medios económicos, ideológicos, políticos, sociales, religiosos y represivos que las clases dominantes consideren que deben utilizar para que el proletariado no escape a su condena. Por un lado los llaman a votar, por otro los matan por rebelarse y los masacran si se atreven a organizarse y responden con violencia a la violencia.

Pero la historia nos enseña que el proletariado, de cualquier nacionalidad y color, en cualquier parte del mundo, puede transformar su fuerza social, indispensable para el capitalismo en cualquier país, de valorizador del capital -y por tanto de su explotación perenne- en sepulturero del capital, en fuerza social que destruye el sistema social capitalista y, con él, la clase burguesa que representa sus intereses, abriendo por fin a la humanidad el futuro de una sociedad sin clases, sin explotación del hombre por el hombre, sin opresión, sin guerra.

La lucha de clases del proletariado no es la lucha por la democracia y la colaboración interclasista entre explotados y explotadores: es una lucha por la vida contra la clase burguesa en todos los países, contra la opresión salarial en la que la burguesía basa su poder, contra todo tipo de opresión, económica, política, nacional, de género, que todas las clases dominantes -se presenten con traje y corbata, túnica y turbante, corona o uniforme militar- ejercen sobre el proletariado y las masas desposeídas y proletarizadas en todos los países del mundo. Internacional es el sometimiento de las masas humanas al capital, internacional es la lucha de clases contra el capital y las clases burguesas que administran su poder.

# De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente Medio en los últimos cien años, no se sale con el nacionalismo, sino con la lucha por la revolución proletaria y comunista

(«Il Comunista»; nº 179 ; septiembre-noviembre 2023)

Con la guerra de 1967, Israel, tras haber derrotado a los ejércitos árabes, se apoderó no sólo del Golán sirio y del Sinaí egipcio, sino también de Cisjordania y Gaza, donde los palestinos habían sido confinados tras las oleadas de expropiaciones que habían comenzado en 1948 con la constitución de Israel como Estado independiente y tras el período que va hasta los Acuerdos de Camp David de 1978 (por los que la OLP se había visto obligada a reconocer a Israel como entidad estatal), la lucha armada palestina, llevada a cabo por las distintas formaciones de la OLP con el objetivo de establecer el Estado de Palestina mediante la destrucción de Israel, terminó de la peor manera posible: Cisjordania y Gaza se convirtieron en jaulas en las que los palestinos que no habían huido a Jordania, Líbano, Siria, Egipto, fueron de hecho encarcelados, sistemáticamente reprimidos, vigilados por las fuerzas militares israelíes y por las propias fuerzas de represión de la OLP (que más tarde se convertiría en la Autoridad Nacional Palestina), reducidos en general a una supervivencia más que precaria. La guerra de guerrillas de las diversas formaciones de la OLP, desde su creación en 1964 en adelante, pronto se reveló completamente ineficaz e ilusoria con respecto al objetivo perseguido; y no sólo a causa de la poderosa maquinaria bélica de Israel, sino también a causa de las acciones represivas de todos los Estados árabes en los que se refugiaban los palestinos (*el Septiembre Negro* en Jordania y la *masacre de Tall-el-Zaatar* en Líbano son emblemas de la «solución final» con la que cada Estado árabe pretendía «resolver la cuestión palestina»). La peliaguda solidaridad árabe de los distintos Estados de Oriente Medio y del Norte de África no se limitó a mantener a los palestinos lo más lejos posible de sus territorios -al tiempo que alimentaba hipócritamente la idea primero de la «Gran Palestina» y después de «dos pueblos, dos Estados»- sino que tendió por todos los medios a arrojar de nuevo a los palestinos a la boca de su principal verdugo: Israel.

En un Oriente Próximo siempre asolado por el terremoto, mientras la ilusoria «unidad árabe» se había derrumbado por completo y la larga temporada de luchas anticoloniales en África y Asia tocaba a su fin, tenía lugar la llamada «revolución islámica» de 1979 en Irán, que derrocó al Sha, gendarme en jefe del imperialismo occidental en la vasta zona de Oriente Próximo, después de Israel. Los acontecimientos de Irán aparecieron entonces como una sacudida que habría debilitado al imperialismo occidental, y al estadounidense en particular, y habría reavivado las revueltas árabes en todo Oriente Próximo en la ola del fundamentalismo islámico que unía de una u otra manera a todos los pueblos de la zona. Era innegable el golpe que había sufrido la primera potencia imperialista del mundo en su carrera por el control total de una zona que, hinchada de petróleo, constituía un punto estratégico de primera importancia para cualquier imperialismo. En aquellas décadas, el imperialismo norteamericano había sustituido al colonialismo clásico

británico y francés en aquella zona, había aplastado los intentos de inserción del imperialismo ruso, y maniobraba el destino de los pueblos de Oriente Medio, y por supuesto de los palestinos, mediante dólares y armamento a Israel, sucesivos acuerdos con Egipto y las potencias petroleras, especialmente Arabia Saudí. Pero todo este hacer y deshacer de negociaciones y acuerdos no impidió que los regímenes de los países de Oriente Medio lucharan entre sí para hacerse con una porción de poder mayor que la que ya tenían asegurada, utilizando no sólo las alianzas inter-árabes para impedir que Israel expandiera su territorio más allá del valle del Jordán y el Sinaí, sino también la lucha independentista palestina (financiada a propósito), por un lado, para mantener ocupado a Israel en una guerra interna y, por otro, para impedir que la lucha del proletariado palestino pasase del terreno democrático-burgués al terreno de la verdadera y cruda lucha de clases. ¡Lo que ningún Estado y ninguna potencia imperialista quería era que Oriente Medio se transformara en la cuna de la lucha revolucionaria proletaria!

Los campesinos palestinos, violentamente expropiados de sus tierras, fueron así transformados a la fuerza en proletarios, en trabajadores a disposición de cualquier capitalista que quisiera explotarlos, ya fuera israelí, libanés, sirio, jordano, egipcio o palestino. El capitalismo, ese monstruoso sistema económico y social de explotación del trabajo humano, aunque con retraso con respecto a Europa y a muchas otras zonas del mundo, arraigaba en los países árabes con toda la cínica violencia de la que demostraba ser capaz; pero a medida que se desarrollaba, creaba al mismo tiempo una masa de trabajadores asalariados, de proletarios, a los que los acontecimientos históricos habían colocado en la condición de tener que luchar contra todo y contra todos sólo para sobrevivir un día tras otro.

Tras décadas de masacres por parte de los llamados «países hermanos» y de opresión directa por parte de la burguesía israelí, el destino del pueblo palestino y la lucha dirigida por su burguesía por la «liberación de Palestina» alcanzaron el punto más bajo de su historia: la posibilidad de formación de un Estado *nacional palestino* con las características materiales de un Estado independiente nacido de la lucha burguesa, pero al menos *nacional-revolucionaria* (continuidad del territorio, gobierno político en forma de república, recursos agrícolas e industriales básicos, mercado interior, etc.), se había desvanecido definitivamente. Las masas palestinas, verdaderos «extranjeros en su patria», transformadas en su inmensa mayoría en proletarios, en asalariados sin derechos, se vieron obligadas a emigrar constantemente de lo que un día fue su tierra a territorios de los que otros se habían apoderado. Su lucha, su resistencia, durante décadas enredadas en las intrigas de una burguesía palestina vendida ahora a una u otra potencia regional o internacional para preservar un privilegio de casta, fueron traicionadas, saboteadas,

atrapadas y desviadas mil veces, contribuyendo decisivamente a la consecución del objetivo al que aspiraban todos los actores presentes en Oriente Próximo (sionistas, imperialistas euroamericanos y rusos, potentados árabes), a pesar de los contrastes en sus relaciones mutuas: **desactivar la potencial lucha de clases del proletariado palestino**, la única que habría podido, e hipotéticamente aún podría, incendiar todo Oriente Medio en la perspectiva de la solución única de todos los problemas que se habían desarrollado en la zona, relativos tanto a las cuestiones «nacionales» aún no resueltas (palestina, yemení, kurda, por citar las principales), así como las relaciones de dependencia de las potencias imperialistas occidentales y orientales, bloqueando la perspectiva de la **revolución proletaria**, la revolución que no conoce fronteras y cuya verdadera fuerza motriz no es la unidad nacional, sino la **unificación de clase** en la lucha antiburguesa de todos los proletarios de la zona y del mundo entero.

A las masacres que han marcado la historia de las masas palestinas desde 1920, hoy se suma la enésima masacre que Israel está llevando a cabo en Gaza tras el mortífero ataque perpetrado por milicianos de Hamás el 7 de octubre contra kibutzim israelíes en la frontera con Gaza (matando a más de 1.400 personas, hiriendo a 3.000 y tomando 240 rehenes que luego fueron escondidos en los túneles de Gaza). Mientras escribimos, en Gaza, asediada por todos lados, hay más de 11.000 muertos, bombardeos diarios y hospitales destruidos; durante más de veinte días desde el comienzo de los bombardeos israelíes en Gaza, la población civil no ha recibido alimentos, agua, medicinas, combustible, mientras que la electricidad ha sido cortada a propósito; desde hace dos semanas, Israel y Egipto detienen los camiones de ayuda que hacen cola en el paso fronterizo de Rafah, y los gazatíes del norte, sistemáticamente bombardeados, se ven obligados a desplazarse hacia el sur, amontonándose en lo que se está convirtiendo en un enorme hormiguero inhabitable.

Hamás, como lo fue la OLP de Arafat y como lo es la ANP de Abu Mazen, es una organización política y armada burguesa que utiliza todos los medios para hacerse con una porción de poder en una zona donde la ley está en la boca de los fusiles y de los cañones (y hoy también de misiles), escudándose en la desgastada ideología de un nacionalismo que ya no tiene ningún valor históricamente revolucionario, pero que desgraciadamente sigue funcionando como justificación de su poder y su guerra. Por otra parte, difícilmente se puede pensar que Hamás no supiera que su mortífera incursión del 7 de octubre sería respondida por Israel como nunca antes, masacrando a una población civil que no tiene forma de escapar, ni hacia el norte, hacia Líbano, ni hacia el sur, hacia Egipto, ni siquiera hacia el mar abierto. Así pues, el canibalismo israelí va de la mano del canibalismo de Hamás.

Al nacionalismo palestino responde el nacionalismo judío, al terrorismo de Hamás responde el terrorismo de Estado de Israel, sofocando así incluso la idea de un levantamiento proletario en Gaza como ocurrió en el gueto de Varsovia en 1943. El gobierno israelí dirigido por Netanyahu lanzó, después del 7 de octubre, la tan esperada amenaza: la *eliminación total de Hamás*, sabiendo perfectamente que para eliminarla -o al menos para hacerla inofensiva durante mucho tiempo- tendrá que arrasar Gaza, como hicieron los nazis con el gueto de Varsovia; siempre que EEUU permita a Netanyahu perseguir tal objetivo. El hecho es que el «problema palestino» no se limita a Gaza, Cisjordania o Jerusalén Este, y no es un problema que sólo concierna a Israel. Hace tiempo que se ha convertido en un problema *internacional*, tanto del lado burgués como del proletario. Son los propios acontecimientos en torno a los

levantamientos palestinos y su represión, en Israel como en cualquier otro Estado árabe, los que muestran cómo en todo Oriente Medio la «cuestión palestina» ya no es sólo una cuestión «palestina», sino una cuestión internacional.

Ciertamente, la ausencia de un Estado palestino independiente, reconocido por otros Estados y en el que la vida social y política no esté regida por el acoso constante, la tortura, el racismo, la represión y la falta de cualquier derecho civil, pesa objetivamente como una losa para las masas palestinas desposeídas y el proletariado palestino. Por otra parte, la aspiración, enteramente burguesa y democrática, de un Estado independiente no es cosa del aire, forma parte de la historia de la clase burguesa que con la revolución política y con el desarrollo del capitalismo ha deshecho las formas sociales del feudalismo y del despotismo asiático de forma ciertamente desigual en las distintas zonas del mundo, pero de tal manera que hoy ningún país, incluso el más atrasado económica y socialmente, tiene la posibilidad de conducir su propia historia si no está fuertemente condicionado por el capitalismo mundial y, sobre todo después de la Segunda guerra mundial imperialista, por las potencias imperialistas que dominan el mundo.

### De vuelta a Lenin y la «cuestión de la autodeterminación de los pueblos»

Esta realidad incuestionable lleva a algunas formaciones políticas que se autodenominan comunistas, revolucionarias, o incluso vinculadas a (o herederas de) la Izquierda Comunista de Italia, a negar que siga existiendo una «cuestión nacional palestina» y a sostener que para los proletarios palestinos, como para cualquier población oprimida por otros pueblos, este problema ya no es relevante y que, por tanto, *sólo* deben dirigirse a la revolución proletaria internacional a la que están llamados todos los proletarios, de cualquier nacionalidad, de cualquier país. Una vieja posición proudhoniana, ésta, combatida ya por Marx y más tarde por Lenin. En la práctica es como decir que para los palestinos no existe el problema de luchar contra la *opresión nacional que* sufren, y para los proletarios israelíes (tanto árabes como judíos) que no tienen la tarea, en primer lugar, de luchar contra esa opresión ejercida por *su* burguesía *nacional*. Hay naciones dominantes y naciones oprimidas, y esto es, para Lenin, un punto central para todo comunista porque «*representa la esencia del imperialismo*»; esta división entre naciones es «*incuestionablemente sustancial desde el punto de vista de la lucha revolucionaria contra el imperialismo*». Y de esta división debe surgir *nuestra definición -consecuentemente democrática, revolucionaria y correspondiente a la tarea general de la lucha inmediata por el socialismo- del «derecho de las naciones a la autodeterminación»*. En nombre de este derecho, *luchando por su reconocimiento no hipócrita, los socialdemócratas* [término de 1915 que hoy equivale a comunistas revolucionarios, ed.] *de las naciones dominantes deben exigir la libertad de separación para las naciones oprimidas, porque de lo contrario el reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones y la solidaridad internacional de los trabajadores serían en la práctica sólo una palabra vacía, sólo hipocresía*. En cuanto a los socialdemócratas, es decir, los comunistas revolucionarios, de las naciones oprimidas, continúa Lenin, «*deben considerar como un hecho de importancia primordial la unidad y la fusión de los obreros de los pueblos oprimidos con los obreros de las naciones dominantes, pues de lo contrario estos socialdemócratas se convertirán involuntariamente en aliados de una u otra burguesía*

**nacional, que siempre traiciona los intereses del pueblo y la democracia que siempre está dispuesta, a su vez, a anexionar y oprimir a otras naciones»** (1). Recordando las posiciones de Marx y Engels sobre la «cuestión irlandesa», Lenin afirmó que *«el internacionalismo del proletariado inglés habría sido una frase hipócrita si el proletariado inglés no hubiera exigido la separación de Irlanda»*. Por otra parte, Lenin se refería también a la resolución del Congreso Socialista Internacional de Londres de 1896 que reconocía la autodeterminación de las naciones, resolución que fue completada con las indicaciones tácticas que el propio Lenin señaló en los textos dedicados a esta cuestión entre 1914 y 1916. Nuestros innovadores del marxismo dirán: pero mucha agua ha pasado bajo el puente desde los 1860-1870 de Marx y Engels y los 1915 de Lenin; ahora estamos en plena fase imperialista en la que la revolución democrática burguesa ya no está a la orden del día; por tanto, lo que entonces era válido, ahora está superado, ya no vale. Deberían tener la valentía de decir en voz alta que Marx, Engels, Lenin no pudieron prever que el capitalismo, en su fase imperialista, convertiría toda cuestión ‘nacional’ en completamente anacrónica, antihistórica, caduca, y que el proletariado de cualquier nación, no importa si dominante u oprimida, ya no debe ocuparse de ella... En particular, ‘olvidan’ que Marx siempre subordinó -pero nunca borró- la ‘cuestión nacional’ a la ‘cuestión obrera’, a la cuestión de la ‘revolución proletaria’, igual que Lenin y la Izquierda Comunista de Italia.

A pesar de las posiciones que niegan el derecho a la autodeterminación porque el imperialismo llevaría a los proletarios de cualquier país, aún más que en fases anteriores del desarrollo capitalista, a tener que luchar directamente por el socialismo, Lenin, tras afirmar que *«el imperialismo de nuestros días [estamos en plena guerra imperialista mundial, NdR], la opresión de las naciones por las grandes potencias se ha convertido en un fenómeno general»*, sostiene que *«el socialista de una nación dominante, que, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, no hace propaganda por la libertad de las naciones oprimidas para separarse ¡no es un socialista, un internacionalista, sino un chovinista!»* (2). Lenin insiste y subraya enérgicamente la cuestión de la libertad de las naciones oprimidas para separarse: *«Reivindicamos esto, no independientemente de nuestra lucha por el socialismo, sino porque esta última lucha sigue siendo una palabra vacía si no está indisolublemente ligada al planteamiento revolucionario de todas las cuestiones democráticas, incluida la cuestión nacional»*. Y, para evitar cualquier malentendido, reitera: *«Exigimos la libertad de autodeterminación, es decir, la independencia, la libertad de separación de las naciones oprimidas, no porque soñemos con la partición económica o con el ideal de los pequeños Estados, sino, viceversa, porque deseamos los grandes Estados y el acercamiento, incluso la fusión, entre las naciones sobre una base verdaderamente democrática, verdaderamente internacionalista, inconcebible sin la libertad de separación»*. Al igual que Marx en 1869 llamó a la separación de Irlanda e Inglaterra *«en nombre de los intereses de la lucha revolucionaria del proletariado inglés, así también consideramos la renuncia de los socialistas rusos a la reivindicación de la libertad de autodeterminación de las naciones en el sentido que hemos indicado, como una traición abierta a la democracia, al internacionalismo y al socialismo»* (3).

Así, para Marx y Lenin los intereses de la lucha revolucionaria del proletariado no pueden sino contener, en el caso de la opresión nacional, la lucha por la libertad de separar la nación oprimida de la nación opresora. Queda claro que ésta es una exigencia política inmediata y

democrática. Pero precisamente porque la lucha proletaria se dirige contra toda opresión capitalista, tanto más en la época imperialista, y aunque en la época imperialista las reivindicaciones democráticas pueden «realizarse», pero de forma incompleta (son palabras de Lenin) y a veces de forma «pacífica» (como la separación de Noruega de Suecia en 1905, o la separación de Eslovaquia de Chequia en 1993), de ello no se deduce en absoluto que el comunismo revolucionario deba renunciar a la lucha inmediata y decisiva por estas reivindicaciones; El verdadero problema es formularlas *«de manera revolucionaria y no reformista, no limitándose al marco de la legalidad burguesa, sino rompiéndolo; no contentándose con discursos parlamentarios y protestas verbales, sino atrayendo a las masas a la lucha activa, ampliando y reorientando la lucha por cada reivindicación democrática fundamental (por ejemplo, del derecho a la huelga al derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas, etc.) hasta el ataque directo del proletariado contra la burguesía, es decir, la revolución socialista que expropia a la burguesía»*. En resumen, el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación no es sino *«la expresión consecuente de la lucha contra toda opresión nacional»* (4).

Para que esta posición no aprisione a los proletarios, y a los comunistas, en la lógica de la política nacionalista burguesa, alejándolos de su tarea histórica revolucionaria, hay que sostener, como dice Lenin, que *«el objetivo del socialismo consiste no sólo en la abolición de la división de la humanidad en pequeños Estados y de todo aislamiento de las naciones, no sólo en el acercamiento de las naciones, sino también en su fusión. (...) Así como la humanidad no puede lograr la abolición de las clases sino a través de un período transitorio de dictadura de la clase oprimida, tampoco puede lograr la inevitable fusión de las naciones sino a través de un período transitorio de liberación completa de todas las naciones oprimidas, es decir, la libertad de separación»*. Todos aquellos que no estén de acuerdo con las afirmaciones de Lenin son libres de abandonar a Lenin, el marxismo y la Izquierda Comunista de Italia y echarse en brazos del utopismo «izquierdista» pequeño burgués, que, mientras enarbola la bandera de la revolución mundial del mañana que «unirá» (no se sabe mediante qué acciones) a los proletarios de todas las naciones, oprimidas y dominantes, abandona a los proletarios de hoy a la división entre los que forman parte de las naciones oprimidas y los que forman parte de las naciones dominantes, favoreciendo de hecho la opresión nacional.

La pequeña burguesía cree en el capitalismo «pacífico», en el equilibrio democrático gradual entre todas las clases sociales y, por tanto, en una igualdad etérea de las naciones sin tener en cuenta la realidad de la lucha de clases y su exacerbación en cualquier régimen, incluso en un régimen democrático. Bajo el imperialismo, la opresión de las naciones pequeñas se convierte en un fenómeno general y aumenta con el desarrollo de los contrastes interimperialistas, al tiempo que se incrementan los factores de enfrentamiento y guerra entre naciones, entre Estados. La unión pacífica de

(1) Véase Lenin, *El proletariado revolucionario y el derecho de autodeterminación de las naciones*, octubre de 1915, Obras, Editorial Akal, Madrid 1977, vol. 23, p. 39.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) Véase Lenin, *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, (Tesis), enero-marzo de 1916, Obras, Editorial Akal, Madrid 1977, vol. 23, p. 241.

las naciones, para la que las grandes potencias imperialistas formaron en 1919 la Sociedad de Naciones, que fracasó estrepitosamente con el estallido de la Segunda guerra mundial imperialista, y que luego se convirtió en la Organización de las Naciones Unidas heredera de los mismos objetivos engañosos de paz mundial, era y ha seguido siendo la ilusión típica de la pequeña burguesía, pero útil para la ideología burguesa que quiere hacer pasar el capitalismo por un sistema fundamentalmente «pacífico». Una utopía pequeñoburguesa compartida por todas las fuerzas del oportunismo político y sindical que influyen negativamente en las masas proletarias del mundo, a la que los comunistas revolucionarios deben contraponer, como dice Lenin, la división del mundo en naciones dominantes y oprimidas.

Reconocer esta división, desde el punto de vista proletario y comunista, implica una actitud diferente para el proletariado de las naciones dominantes y el proletariado de las naciones oprimidas: *«El proletariado de las naciones dominantes no puede limitarse a frases genéricas y estereotipadas, repetidas por toda burguesía pacifista, contra las anexiones y por la igualdad de derechos de las naciones en general. El proletariado no puede eludir con el silencio la cuestión -particularmente «desagradable» para la burguesía imperialista- de las fronteras de un Estado fundado sobre la opresión nacional. El proletariado no puede sino luchar contra el mantenimiento forzoso de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un Estado, y esto significa precisamente luchar por el derecho de autodeterminación. El proletariado debe exigir la libertad de separación política de las colonias y naciones oprimidas de su nación. De lo contrario (...) no será posible ni la confianza ni la solidaridad de clase entre los trabajadores de la nación dominante y los trabajadores de la nación oprimida»*. En el tema que nos ocupa, esto se aplica al proletariado israelí. Los comunistas revolucionarios de las naciones oprimidas, por el contrario, *«deben defender y aplicar especialmente la unidad completa e incondicional, incluida la unidad organizativa, de los obreros de la nación oprimida con los de la nación dominante. Sin esto no es posible -dadas las maniobras de todo tipo, las traiciones y las infamias de la burguesía- defender la política autónoma del proletariado y su solidaridad de clase con el proletariado de los demás países, porque la burguesía de las naciones oprimidas transforma continuamente las consignas de la liberación nacional en un engaño para los obreros: en la política interior, utiliza estas consignas para acuerdos reaccionarios con la burguesía de las naciones dominantes (. . .) en la política exterior, utiliza estas consignas para acuerdos reaccionarios con la burguesía de las naciones dominantes (. . .)», en política exterior tiende a alinearse con una de las potencias imperialistas rivales para alcanzar sus objetivos de rapiña»* (6). La tarea de los proletarios de las naciones oprimidas no es ciertamente fácil, pero si quieren que su lucha contra la opresión nacional tenga éxito deben tomar el camino indicado por Lenin, de lo contrario estarán constantemente aprisionados en las bobinas reaccionarias de su propia burguesía y las de la burguesía dominante. Incluso la tarea de los proletarios de las naciones dominantes no es fácil en relación con la cuestión de las naciones oprimidas, porque deben superar las barreras ideológicas, políticas y sociales que las burguesías dominantes alimentan constantemente pivotando sobre los privilegios económicos y los derechos civiles que les son

concedidos (pero no a los pueblos y proletarios de las naciones oprimidas) y que les privilegian sobre los proletarios de los países más débiles. Tareas diferentes, ya que los unos, durante un cierto trecho, tienen que luchar junto a los burgueses de las propias naciones oprimidas contra las burguesías dominantes, para luego volver su lucha contra sus propias burguesías nacionales y que otros deben luchar contra sus propias burguesías dominantes por la autodeterminación de las naciones que oprimen, sabiendo que pueden perder los privilegios que les diferenciaban de los proletarios de las naciones oprimidas, pero precisamente porque son proletarios, que pueden contar con la unidad de clase en la perspectiva de la revolución proletaria internacional para luchar contra toda opresión burguesa. Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre, dirían Marx y Engels, y reiteraría Lenin. ¿Puede ser libre un proletariado que con su actitud pasiva permite que su propia burguesía oprima a otros pueblos? Evidentemente no, porque su propia burguesía no se limita a oprimir a otras naciones, y a otros proletariados, sino que sigue oprimiendo y explotando incluso a su propio proletariado autóctono aunque le conceda algunas migajas de la explotación de otras naciones; migajas que, por otra parte, está dispuesta a recuperar en fases de recesión de su propia economía o de crisis más graves.

Pero Lenin no se limita a subrayar la necesidad de considerar siempre el punto de vista entre naciones dominantes y oprimidas. Nos da una forma de leer la realidad imperialista extrayendo las lecciones necesarias para la lucha revolucionaria en todo momento. Escribe que *hay que distinguir tres tipos principales de países* (7):

*«Primero. Los países capitalistas avanzados de Europa Occidental y Estados Unidos, donde el movimiento nacional burgués progresista hace tiempo que terminó. Cada una de estas 'grandes' naciones oprime a las naciones extranjeras en las colonias y dentro del país. Las tareas del proletariado de las naciones dominantes son aquí precisamente idénticas a las que se plantearon en el siglo XIX en Inglaterra con respecto a Irlanda»*.

Desde que el imperialismo ha hecho de la opresión de las naciones por las grandes potencias un fenómeno general, este problema no ha desaparecido del horizonte de la lucha proletaria, si acaso se ha agravado. Suponiendo, y no concediendo, que todas las colonias se hayan «liberado» de la opresión nacional de las viejas potencias colonialistas, la opresión nacional dentro de los países capitalistas avanzados sigue existiendo (los palestinos, los kurdos, etc. están ahí para demostrarlo). Por lo tanto, las tareas del proletariado en los países capitalistas avanzados con respecto a este problema no han cambiado.

*«Segundo. Europa del Este: Austria, los Balcanes y sobre todo Rusia. En estos países, el siglo XX ha desarrollado especialmente los movimientos nacionales democrático-burgueses y ha agudizado la lucha nacional. El proletariado no puede cumplir allí la tarea de llevar a cabo la transformación democrático-burguesa, como tampoco puede cumplir la tarea de apoyar la revolución socialista en otros países sin defender el derecho de autodeterminación. Especialmente difícil e importante es aquí el problema de la fusión de la lucha de clases de los obreros de los países dominantes y de los obreros de los países oprimidos»*. La conclusión de la primera guerra imperialista mundial trajo consigo el colapso de la Austria de los Habsburgo y la problemática formación de una serie de naciones independientes en toda Europa del Este (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Ucrania, mientras que los diversos pueblos eslavos del sur se fusionaron en Yugoslavia y las tres Venecias fueron absorbidas por Italia); en 1917, en plena guerra mundial, la revolución del

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*

proletariado en Rusia dio el pistoletazo de salida al movimiento revolucionario europeo y mundial en el que - como resume Lenin en este segundo punto- se entrelazaban dos tareas históricas, la democrático-burguesa y la socialista proletaria, para las que Lenin había esbozado magníficamente la táctica comunista (cuyo objetivo fundamental era la fusión de la lucha de clases de los obreros de los países dominantes y los obreros de los países oprimidos) como se desprende de las citas que hemos dado.

«Tercero. Los países semicoloniales, como China, Persia, Turquía y todas las colonias, con una población de unos 1.000 millones de habitantes [en aquella época, los habitantes del mundo eran unos 2.500 millones, NdR]. En algunos de estos países, los movimientos democrático-burgueses apenas están comenzando, en otros aún están lejos de haber terminado. Los socialistas no sólo deben exigir la **liberación inmediata, incondicional y sin contrapartidas de las colonias** -y esta exigencia, en su expresión política, no significa otra cosa que el reconocimiento del derecho a la autodeterminación-, sino que deben **apoyar a los elementos revolucionarios de los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional de estos países en los términos más enérgicos posibles, ayudarles en su insurrección** y, llegado el caso, en su **guerra revolucionaria contra las potencias imperialistas que les oprimen**. Como demostración del filotempismo de nuestro partido, esta posición también fue reiterada por nosotros en los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial con respecto a los movimientos coloniales, hasta el punto de que fue una de las razones del enfrentamiento y la escisión con los camaradas que más tarde siguieron al grupo Damen («bataglia comunista») (8). Evidentemente, la victoria de la revolución bolchevique en octubre de 1917, el esfuerzo por poner fin a la guerra incluso a costa de perder importantes territorios (véase Brest-Litovsk 1918), la fundación de la Internacional Comunista (1919), el apoyo activo a la lucha de los pueblos no blancos (véase el Congreso de Bakú 1920) y la guerra civil contra los ejércitos blancos que duró hasta 1921 tuvieron una influencia significativa en los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional. Sólo la alianza entre las fuerzas imperialistas que intentaban sofocar la revolución rusa y, con ella, la revolución en el mundo, y la contrarrevolución estalinista bloquearon el movimiento proletario revolucionario en Europa, Asia, América y África hasta tal punto que fue completamente desviado al terreno del nacionalismo y del imperialismo burgués incluso en los países opresores. La masacre de los proletarios y comunistas chinos que se sublevaron en Cantón y Shanghái en 1927, facilitada por la política contrarrevolucionaria de Stalin, dio el golpe de gracia a las posibilidades que tenía el movimiento revolucionario mundial en el desarrollo histórico de la Primera Guerra Imperialista Mundial y la revolución en Rusia. Esto no significa que las indicaciones político-tácticas de Lenin hayan caducado.

Si el objetivo para Marx, en la cuestión irlandesa, era educar a los obreros británicos en el internacionalismo proletario, el mismo objetivo tenían Lenin y la Izquierda Comunista de Italia. No hay ninguna razón histórica para borrar esta táctica de las tareas que incumben, en primer lugar, a los comunistas revolucionarios y, por supuesto, a los proletarios más avanzados y conscientes de sus intereses de *clase*. Repitémoslo: con el imperialismo, la opresión de los países dominantes sobre las poblaciones dominadas ha aumentado, no disminuido. El hecho de que muchas de las colonias que existían en 1920 ya no existan -o mejor dicho, hayan alcanzado la independencia política y formado sus propios Estados nacionales, pero desde el punto de vista de la dependencia del mercado mundial dominado por las

potencias imperialistas, ésta no ha disminuido sino que ha aumentado enormemente- ha demostrado que en los países semicoloniales y en las colonias, los movimientos democrático-burgueses, aunque revolucionarios (en comparación con las condiciones políticas, económicas y sociales anteriores), el progreso burgués y el desarrollo del capitalismo nacional no han hecho desaparecer las contradicciones fundamentales del capitalismo: explotación cada vez más intensa del trabajo asalariado, opresión sistemática de la mujer, opresión sistemática de las minorías nacionales. El lado históricamente positivo del progreso capitalista en muchas zonas antes atrasadas del mundo es la transformación de vastas masas de campesinos en proletarios, elevando incluso en esos países la principal contradicción social: el antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía, consignando así al futuro de la lucha de clases a batallones proletarios mucho más numerosos y menos intoxicados por el colaboracionismo interclasista oportunista de lo que han sido y siguen siendo los proletarios de los viejos pero poderosos países imperialistas.

Lenin afirmaba que para la educación revolucionaria de las masas «los socialistas [es decir, los comunistas revolucionarios, NdR]; los socialistas rusos que no exigen la libertad de separación para Finlandia, para Polonia, para Ucrania, etc., que estos socialistas actúan como **chovinistas**, como servidores de las monarquías imperialistas y de la burguesía imperialista, que se han cubierto de sangre y de barro» (9). Los acontecimientos históricos que siguieron a la Primera Guerra Mundial Imperialista, aunque llevaron a la independencia a muchas colonias y países anteriormente dominados, no borraron la opresión nacional de las naciones dominantes. A las antiguas potencias coloniales, más tarde transformadas en potencias imperialistas, se han unido otros países que, como Israel, fueron creados específicamente como gendarmes regionales en nombre de los imperialistas dominantes.

La opresión de los pueblos más débiles, que generalmente ha aumentado con el imperialismo, en determinadas zonas del planeta ha tomado así el rostro de la nación que ha sustituido el papel directo del colonialismo/imperialismo anterior, permitiendo así a las potencias imperialistas que realmente dominan el mundo, jugar la carta diplomática de la negociación entre dos pueblos de un mismo territorio - como los palestinos y los israelíes- que se disputan la independencia mutua. Ya en 1947, la ONU aprobó la resolución para la creación de dos Estados para los dos pueblos en el territorio llamado Palestina, y la presentó como la solución al conflicto judeo-palestino para el que implicaba a dos países árabes, Egipto y Jordania (que ocupaban militarmente los territorios habitados por los palestinos). Para que esta resolución se aplicara, Egipto y Jordania habrían tenido que contribuir decisivamente a que el Estado palestino viera la luz; en realidad, ni ellos ni Israel -que en 1948 se convirtió en un Estado reconocido internacionalmente- querían que ese Estado viera la luz, saboteando

(8) Hay muchos textos del partido dedicados a la cuestión nacional y colonial, pero aquí quisiéramos señalar, en particular, los *I fattori di razza e nazione nella teoria marxista*, de 1953 (en «il programma comunista», del nº 16 al nº 20 de 1953, luego en volumen, Iskra Edizioni, Milán 1976) y La lucha de clases y de Estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista de 1958 (en *El programa Comunista*, nº 36, octubre de 1980)

(9) Véase Lenin, *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, (Tesis) enero-marzo de 1916, Obras, Editorial Akal, Madrid 1977, vol. 23.

sistemáticamente toda iniciativa encaminada a convertirlo en un hecho consumado. A lo largo de las décadas, no sólo Israel, sino todos los Estados árabes en los que se refugiaron los palestinos huyendo de la persecución y las masacres, siguieron saboteando el nacimiento de ese Estado, convirtiendo a la población palestina en una masa de proletarios a los que explotar y, si era necesario, en carne de matadero. Todo esto dice mucho de las pretensiones de las potencias imperialistas que, además de controlar la ONU, controlan directa e indirectamente las fuerzas políticas (y militares) implicadas en el perenne conflicto de Oriente Medio. El objetivo de países como Egipto, Jordania, Líbano, Siria, es decir, los países árabes más directamente implicados en la lucha de los palestinos contra la opresión nacional, nunca ha sido contribuir al nacimiento de un Estado palestino independiente, sino «destruir» Israel, apoderarse de partes del territorio palestino y someter a la población palestina, que se estaba transformando de campesina en proletaria.

¿Destruir Israel? Lo intentaron cuatro veces en 25 años (en 1948-49, 1956, 1967 y 1973), tanto directamente como a través de la guerra de guerrillas dirigida por la OLP. No lo consiguieron, no sólo porque se enfrentaron a un Estado moderno, militarmente bien organizado y apoyado por los imperialismos occidentales más fuertes, especialmente EEUU, sino porque tanto en los designios del imperialismo, como en los de los Estados árabes ya formados tras la primera, y especialmente tras la segunda guerra imperialista mundial, no se contemplaba en realidad la constitución de un Estado palestino. La historia de «*dos pueblos, dos Estados*», que se está aireando de nuevo incluso en estos días en que Israel está arrasando una parte nada desdeñable de Gaza con el pretexto de eliminar el terrorismo representado por Hamás, nunca se la creyeron, ni nadie se la cree ya. La burguesía palestina, que después de la OLP se organizó en la ANP con el beneplácito de las potencias imperialistas, está a la espera de que EEUU -los verdaderos amos de Israel- y los países árabes que siguen interesados en financiarla, le concedan un privilegio más que la miserable «autonomía» que le han otorgado hasta ahora. Los proletarios palestinos no pueden esperar de esta burguesía corrupta, que se vende fácilmente ahora a uno u otro 'comprador', otra cosa que lo que se les ha dado hasta ahora: la ilusión de una pacificación con Israel mediante la intervención de los grandes imperialistas y, sobre todo, la realidad de una opresión que se declina en todas las formas más horrendas posibles.

Por eso la perspectiva que deben adoptar los proletarios palestinos, si no quieren seguir siendo masacrados sistemáticamente por la burguesía propia y extranjera, empezando por la israelí, no es la del terrorismo nacionalista y guerrillero, no es la de apoyarse en los rivales temporales de Israel, como Arabia Saudí, Turquía o Irán, sino la de la *lucha de clases* sobre la que atraer la solidaridad de los proletarios árabes de otros países de Oriente Medio, dirigiéndose al proletariado israelí como *hermanos de clase* y no como población enemiga. Será el proletariado israelí, en su mayoría o en su parte decisiva -al que los comunistas revolucionarios deben dirigirse, como indicaba Lenin, luchando contra su propia burguesía por el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los palestinos- el que tendrá que responder en el terreno de la lucha de clase proletaria. De dos cosas: o los proletarios israelíes, en algún momento del largo conflicto palestino-israelí, **rompen la colaboración con su propia burguesía** y luchan al lado de los proletarios palestinos de la forma indicada por Lenin, o seguirán siendo cómplices de la explotación bestial de los proletarios palestinos y de la opresión nacional del pueblo palestino llevada a cabo por su propia burguesía, declarándose así *enemigos* no sólo de los proletarios palestinos, sino de la lucha proletaria en general, de la lucha

proletaria y revolucionaria por la emancipación general del proletariado mundial. Hasta que los proletarios israelíes no rompan con su burguesía seguirán siendo esclavos de los intereses capitalistas *en la paz y en la guerra*, ellos también seguirán siendo convertidos en carne de cañón con el único fin de defender los intereses de la burguesía israelí.

### ¿*Dos pueblos, dos Estados*?

Como ya se ha mencionado, el lema «dos pueblos, dos Estados» se renovaba cada vez que la opresión de los palestinos, especialmente por parte de Israel, llevaba la tensión entre ambos pueblos a la guerra: esta reivindicación aparecía como la «solución» a las tensiones provocadas por la cuestión nacional nunca resuelta. Incluso hoy, ante el ataque terrorista de Hamás contra los kibbutzim israelíes, con el horror de su violencia, sus muertos, sus heridos y los rehenes llevados a Gaza, y la respuesta mortífera de Israel con el horror de sus bombardeos, la matanza multiplicada por diez de civiles, ancianos, mujeres y niños, se ha vuelto a poner de moda lanzar ese lema. ¿Quién lo lanza? Los pacifistas, por supuesto, los oportunistas de todas las tendencias políticas, las mismas potencias imperialistas y regionales que se han movido todas estas décadas para que esta «solución política» no se aplique. Todas las burguesías, implicadas directamente o no en el conflicto árabe-israelí, esperan la intervención de las grandes potencias imperialistas -Estados Unidos de América, Rusia, China, la Unión Europea- para dar la señal de que cesen las masacres, para que «por fin», después de tantas masacres, las poblaciones palestina e israelí encuentren un terreno común y empiecen a vivir en paz en su propio «Estado». Por lo tanto, Israel debería conceder a los palestinos la libertad de decidir sobre su propia independencia, trazando las fronteras de su propio Estado en el territorio que ya había sido fijado por la ONU en las últimas décadas en territorios separados (Cisjordania y Gaza) y que hasta ahora ha sido objeto de violentos enfrentamientos, ocupación militar por parte del ejército israelí y robo por parte de los colonos israelíes; un territorio que no tiene continuidad y que en realidad consistiría en dos enclaves separados dentro de las fronteras del Estado de Israel. En la práctica, aunque hipotéticamente se hiciera realidad la constitución formal de un Estado palestino, gracia concedida por las potencias imperialistas e Israel (pero no se sabe por cuánto tiempo), seguiría siendo un Estado cuya economía seguiría dependiendo de la concesión del paso de mercancías a través de las fronteras de Israel con Líbano, Siria, Jordania, Egipto; cuya economía se vería fácilmente asfixiada por la competencia no sólo de Israel sino también de los demás Estados árabes de la región acostumbrados hasta ahora a tratar al proletariado palestino -que constituye la inmensa mayoría del pueblo palestino- como mano de obra barata y carne de cañón en sus guerras de supervivencia, como demuestran Líbano, Siria e Irak, cuyos Estados están podridos hasta la médula y son mantenidos por los imperialistas euroamericanos y rusos que luchan entre sí por todos los medios por razones de influencia sobre la región de Oriente Medio que es estratégicamente demasiado importante para cualquiera de ellos.

Si las burguesías imperialistas no tienen ningún interés en conceder a los palestinos -directamente o a través de las autoridades locales- la libertad de constituirse en república independiente (si hubieran querido, habrían facilitado su formación como hicieron con otros Estados), menos aún lo tienen la burguesía israelí y las burguesías árabes que, tras décadas de enfrentamientos y guerras perdidas con Israel, han entrado en razón, considerando más ventajoso mantener buenas relaciones con Tel Aviv que enfrentarse militarmente.

Así las cosas, con un proletariado palestino que se ha agotado en una lucha de resistencia burguesa sin salida, con un proletariado israelí unido en la defensa de la existencia de Israel, y con unos proletariados en los países árabes fuertemente condicionados por las luchas de corte islamista, resulta ciertamente difícil imaginar que pueda surgir de esa tierra convulsa un movimiento proletario revolucionario que sea capaz de asumir las conquistas democráticas que las respectivas burguesías han sido incapaces de llevar a cabo. Por lo tanto, parece como si la consigna de la libertad de autodeterminación de los pueblos se hubiera desvanecido históricamente para siempre porque la lucha proletaria que tendría la fuerza para llevarla adelante y utilizarla para poder salir del camino de sus objetivos revolucionarios históricos después de demostrar que, para el futuro, lo más importante y fructífero en el enfrentamiento con la burguesía es la lucha internacionalista y no la nacionalista.

Ciertamente, si damos por sentado que la depresión social y política por la que atraviesa el proletariado de los países dominantes del mundo desde hace más de ochenta años no tiene visos de superarse y que las derrotas de los proletariados de los países dominados han cortado las piernas a los movimientos revolucionarios surgidos en las colonias y países oprimidos, haciendo a estos proletarios aún más esclavos del capital y de sus respectivas burguesías de lo que lo eran antes, entonces la preparación revolucionaria del proletariado internacional prevista por el marxismo debe ser archivada, confiando en los pequeños pasos teorizados por el reformismo clásico con los que poco a poco, poco a poco, nos engañamos a nosotros mismos que podemos... cambiar el mundo. Si, por el contrario, se observa el curso histórico del desarrollo del capitalismo en todo el mundo y se pone de relieve los puntos fuertes y débiles de su fase imperialista -lo que sólo se puede hacer manejando el marxismo como teoría de la evolución de la sociedad humana, como una teoría de la lucha de clases que históricamente tiene una salida *determinada* por todo su curso anterior - entonces la fe que los comunistas revolucionarios tienen en el futuro advenimiento del socialismo no se basa en la esperanza de que, por una particular combinación astral, nazca el gran líder que cautivará a las vastas masas proletarias del mundo y las conducirá hacia «el sol del futuro», tampoco se basa en la idea de que las vastas masas proletarias del mundo no esperan más que un «partido» que ilumine sus conciencias y las convenza de que su camino no es el que indican las burguesías y las fuerzas oportunistas, sino el que indican los comunistas revolucionarios y que, en particular, las masas proletarias deben pensar sólo en su revolución y no malgastar energías, fuerzas y tiempo en ocuparse de cuestiones *políticas inmediatas* -como la cuestión «nacional» que, por casualidad, ya no concierne directamente a los pueblos blancos donde se ha desarrollado el capitalismo, sino a los pueblos no blancos, colonizados y oprimidos por los pueblos blancos- porque esas cuestiones serán resueltas automáticamente por la propia revolución internacional...

Nosotros, en las reuniones del partido a partir de 1951-52, hemos retomado sistemáticamente la gran cuestión nacional y colonial enlazando con las Tesis del II Congreso de la Internacional Comunista -tesis que nunca hemos tomado por obsoletas- que, a su vez, fueron fruto de un trabajo teórico en el que Lenin dedicó gran parte de sus escritos precisamente a la autodeterminación de los pueblos y al comportamiento que debían adoptar los proletarios de los países colonizadores y los proletarios de los países colonizados por los pueblos blancos. El tema era y es que no podemos dar por obsoleta la cuestión 'nacional' y, por tanto, la autodeterminación de los pueblos, aunque haya sido planteada por la lucha contra la opresión nacional en

uno de cada mil casos. Por eso, al abordar la «cuestión palestina» (pero también la «cuestión kurda» y las demás) nosotros, como comunistas revolucionarios consecuentes, no la borraremos de nuestra propaganda, enmarcándola necesariamente en la lucha general contra el fraccionamiento de las naciones, sino por su fusión.

### **Por la unidad entre los proletarios de las naciones dominantes y los proletarios de las naciones oprimidas**

Que la revolución proletaria, si es dirigida por el partido comunista revolucionario -como lo fue en Rusia por el partido bolchevique de Lenin-, abrirá el camino a la solución de todas las contradicciones y problemas que la sociedad burguesa no ha resuelto -sino que, por el contrario, los ha agravado a lo largo del tiempo- es una gran y magnífica afirmación porque a través de ella y de la dictadura proletaria a la que debe conducir la revolución, será posible realizar la tarea histórica, que es responsabilidad exclusiva de la clase proletaria mundial, de superar todas las contradicciones de la sociedad burguesa y del capitalismo, acabar con toda explotación del hombre por el hombre, con toda opresión, y conducir a la humanidad hacia la sociedad de las especies, hacia el comunismo integral.

Pero, ¿cuáles son los verdaderos problemas políticos para los proletarios que sufren, junto a la opresión salarial, la opresión nacional y racial por parte de los pueblos de los países opresores? ¿Cómo llegarán a la revolución contra su propia burguesía y contra la burguesía del país dominante? ¿Qué *relaciones de clase* deben establecer con el proletariado del pueblo opresor? ¿Cómo puede el proletariado del pueblo opresor mostrar al proletariado del pueblo oprimido que es un aliado en el que puede confiar y con el que puede emprender la *misma* lucha emancipadora?

Dado que toda acción política de las clases está enraizada en la realidad económica y social existente, y que la acción política de las clases subalternas está inevitablemente influida y condicionada por la política de las clases dominantes, es igualmente inevitable que la acción política de las clases dominadas -para ser eficaz y corresponder a los intereses de las clases dominadas- deba ser materialmente antagónica a los intereses de las clases dominantes. En un mundo en el que domina la clase burguesa, sus intereses específicos, por un lado, chocan con los intereses específicos de las burguesías extranjeras (la lucha de competencia y las guerras entre ellas siempre lo han demostrado) y, por otro, empujan a cada burguesía a luchar contra sus propias clases subordinadas. Pero la lucha que los campesinos pobres, los proletarios, las masas desposeídas libran contra el orden establecido para escapar de la feroz dominación que pone en peligro su vida a diario, no tiene ninguna posibilidad de éxito, ni siquiera parcial, si no se libra en el terreno del enfrentamiento violento, en el terreno de la **lucha de clases**. Como siempre ha sostenido el marxismo, la lucha de clases es *lucha política*, compromete a las clases antagónicas a luchar en el terreno donde se decide el destino del poder político. Y en este terreno, la burguesía de un país -como ha demostrado la historia de la lucha de clases, de las revoluciones y contrarrevoluciones- en su lucha contra el levantamiento de las masas desposeídas, y más aún contra la insurrección proletaria, no sólo utiliza todos los medios económicos, sociales, religiosos, políticos y militares a su alcance, sino que puede contar con la alianza con las burguesías de otros países siempre que el incendio social que ha estallado en «su» país tenga posibilidades de extenderse a otros países. Para el proletariado, en cierto sentido, ocurre lo mismo: la lucha que libra en un país contra

su burguesía nacional tiene posibilidades de éxito siempre que se le una la lucha proletaria en otros países, particularmente en los países capitalistas más fuertes que utilizan esta fuerza suya para ayudar a la burguesía (o burguesías) bajo ataque proletario.

Un ejemplo práctico. Partido comunista revolucionario: ¿cómo debe hacer para que su lucha tome el camino de la revolución? ¿Cómo debe tratar al proletariado israelí, que forma parte del pueblo que lo oprime desde hace décadas y que, gracias a esta opresión, recibe a cambio un trato privilegiado en comparación con los proletarios palestinos y también con los proletarios árabes-israelíes? ¿israelíes? Es evidente que hasta que los proletarios de los países que oprimen sistemáticamente a los palestinos, como palestinos y como proletarios, empezando por los proletarios de Israel, no demuestren **con hechos** que ellos también luchan contra la opresión nacional antipalestina, los proletarios palestinos nunca podrán considerar a los proletarios israelíes, y a los proletarios de otros países, como sus aliados; siempre los verán como cómplices de los enemigos, en esencia tan enemigos como los gobernantes de Israel y de los demás países dominantes. El pueblo israelí, desde que Israel se convirtió en Estado independiente, ha fundado su «libertad», su «democracia», su «independencia» sobre la opresión del pueblo palestino; ha desarrollado su economía sobre esa opresión; ha jugado y juega el papel de gendarme del imperialismo norteamericano y sus aliados en toda la zona de Oriente Medio, demostrando que es capaz de oprimir y reprimir a cualquier fuerza que se oponga a su papel de gendarme del imperialismo: es, de hecho, uno de los principales bastiones de la reacción burguesa. Pero, como decía Marx, un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre; es un pueblo esclavizado por el capitalismo, esclavizado por un modo de producción que condiciona hasta tal punto toda actividad económica, política y social que se convierte en instrumento de la opresión capitalista. La única ‘libertad’ que se toman las clases dominantes de los pueblos opresores es la libertad de explotar a las clases subalternas, de aplastarlas y reprimirlas cada vez que se rebelan contra el estado de cosas existente, es la libertad de oprimir, precisamente, a los pueblos más débiles. ¿Qué «libertad» tienen las clases subalternas, las clases dominadas, los pueblos oprimidos? Ninguna, salvo la conquistada sobre todo por la lucha de la clase proletaria en la medida en que obliga a las clases burguesas dominantes a ceder en ciertas reivindicaciones democráticas, de las que forma parte la *autodeterminación*. Los comunistas revolucionarios son perfectamente conscientes de que tales reivindicaciones políticas *no* son un absoluto, sino - como dice Lenin- «una partícula *del complejo del movimiento democrático*», y precisa: «*hoy: del complejo del movimiento socialista mundial*». Una partícula, por tanto, algo que, *en determinadas situaciones*, también puede contradecir todo el «complejo del movimiento socialista mundial», por lo que debe ser rechazado (10). Se trata de evaluar esas «determinadas situaciones», y aquí sólo puede ayudarnos el método marxista, que examina todos los aspectos económicos, sociales, políticos, de relaciones de fuerza e históricos de las situaciones.

Volviendo a Marx y Engels, Lenin retomó la cuestión de la autodeterminación de los pueblos, dando al partido bolchevique y a los comunistas de todos los demás países una directriz político-táctica que, como hemos reiterado, no ha perdido su valor ya que, con el desarrollo del imperialismo,

la opresión nacional de los países más fuertes contra los pueblos y países más débiles no ha desaparecido, sino que se ha agravado. En los años de la Primera Guerra Mundial y de la revolución proletaria que alcanzó la victoria en Rusia, la cuestión «nacional» estaba aún muy viva y era históricamente decisiva en la mayoría de las zonas del mundo dominadas por el colonialismo europeo. Lo siguió estando en los años de la Segunda guerra mundial imperialista y sus secuelas, como demostraron las luchas de «liberación» contra las potencias coloniales europeas, especialmente en Asia y África. El gran diseño revolucionario de Lenin y de la Internacional Comunista, que veía un vínculo extremadamente positivo entre la revolución proletaria en Europa y América -es decir, en los países imperialistas más desarrollados- y la lucha de los pueblos coloniales por la independencia política contra los mismos países imperialistas que eran también las principales potencias coloniales, marcó el amanecer de la revolución mundial dirigida por el proletariado en todos los continentes. Que la contrarrevolución derrotó al movimiento proletario revolucionario y al partido comunista que estaba a su cabeza, es un hecho irrefutable; sin embargo, en las lecciones que hay que sacar de la contrarrevolución, no se puede borrar la existencia de la opresión nacional que muchos pueblos, y por tanto muchos proletarios, sufren bajo el talón de hierro de las potencias imperialistas y de sus ramificaciones regionales.

Es innegable, para nosotros, que hoy, con el desarrollo del capitalismo en muchas zonas del mundo que estaban completamente subdesarrolladas hace ochenta años, y con la formación de muchos estados que eran al menos formalmente «independientes», la cuestión «obrera», la cuestión «proletaria», tiene prioridad sobre cualquier otra cuestión social. Y es innegable, precisamente porque el desarrollo del capitalismo ha conllevado la formación de masas proletarias mucho mayores que en el pasado, que la cuestión de la «revolución proletaria» ha cobrado actualidad en muchos países que históricamente aún tenían el problema de llevar a cabo la revolución burguesa económica y políticamente. Sin embargo, los enfrentamientos interburgueses e interimperialistas han crecido hasta implicar numéricamente a más países, incluso en términos de fuerza militar, como por otra parte han demostrado las guerras locales, regionales y de área de los últimos ochenta años. Inevitablemente, los enfrentamientos entre países afectan también a los diferentes métodos de opresión, agravando todo tipo de opresión, incluida la opresión nacional y racial. Por lo tanto, es absurdo que quienes se proclaman comunistas, y revolucionarios además, afirmen que la «cuestión nacional no es un tema del que deban preocuparse los comunistas hoy en día, cuando es obvio incluso para un ciego que los palestinos, los kurdos, los yemeníes, los uigures y un centenar de otras poblaciones están siendo sistemáticamente aplastados bajo la opresión nacional.

Los proletarios palestinos, kurdos, yemeníes, uigures y otros proletarios oprimidos también tienen la tarea histórica de luchar por la revolución comunista proletaria, porque sufren las mismas condiciones de asalariados bajo la explotación capitalista que los proletarios de los países opresores, e incluso más, y porque la lucha de clases que se ha desarrollado durante los dos últimos siglos en los países capitalistamente más avanzados es la misma que se ha desarrollado y se desarrolla en esos países. Pero la opresión específicamente *nacional* que sufren domina inevitablemente su vida cotidiana y condiciona su lucha de oposición porque esta opresión afecta también materialmente a todas las demás capas de su nacionalidad, burguesas y pequeño burguesas, urbanas y rurales; y es este reparto específico el que une objetivamente a proletarios y burgueses

(10) Véase Lenin, *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, julio de 1916, Obras, Editorial Akal, Madrid 1977, vol. 23.

de la población oprimida en el futuro inmediato.

La lucha de los proletarios palestinos, o de las otras nacionalidades, contra la opresión nacional podía (y podrá) tener una perspectiva históricamente más válida y decisiva luchando, sí, en un terreno *inmediatamente nacional-revolucionario*, pero insertada en la perspectiva de la *revolución proletaria*, una perspectiva que siempre ha requerido una organización política y práctica completamente independiente de cualquier otra fuerza social porque, como sostenía Lenin, su tarea no termina en la lucha contra la burguesía *extranjera* por la independencia nacional, sino que continúa en la lucha contra *su propia* burguesía que - habiendo llegado finalmente al poder en el nuevo Estado independiente gracias a la victoria de la lucha nacional-revolucionaria- explotará y reprimirá ella misma directamente a las masas proletarias y campesinas pobres, ocupando el lugar de la burguesía extranjera expulsada del país. La revolución rusa de 1917 lo demostró sin lugar a dudas, al igual que, posteriormente, la revolución en China, Argelia, Cuba, Congo, etc. La alianza entre el proletariado y la burguesía de la nacionalidad oprimida tenía razón de ser en la medida en que esta burguesía luchaba en el terreno nacional-revolucionario contra la opresión ejercida por la burguesía extranjera; pero ya no tenía razón de seguir existiendo cuando los acontecimientos de esta lucha demostraron con hechos que la tarea primordial de esta burguesía era aplastar al proletariado, y al campesinado pobre, en condiciones de explotación si cabe peores que las anteriores. Y no hay duda de que las luchas libradas por la burguesía en Palestina o Kurdistán o cualquier otra nación oprimida ya no tienen las características de luchas nacional-revolucionarias como las de Argelia o Vietnam; Esto no quita que la opresión nacional ejercida por las burguesías de los países dominantes continúe también sobre ellos y que, en una futura situación de crisis general del imperialismo, en ciertas zonas donde la opresión nacional pesa desde hace muchas décadas sobre poblaciones que continúan rebelándose contra ella, reaparecerán condiciones sociales en las que no sólo el proletariado, sino también ciertas fracciones burguesas se verán empujadas al terreno de la lucha nacional-revolucionaria.

La situación que vivieron Alemania en 1850, Rusia en 1917, China en 1927 y de nuevo en 1949, y los países coloniales en los años 1950-1970, podría plantearse de nuevo, ciertamente con diferentes aspectos particulares, pero enfrentando a los comunistas y proletarios revolucionarios esencialmente a los mismos problemas básicos: si el mundo está dividido en naciones dominantes y naciones dominadas -y con el desarrollo del imperialismo esta división se ha agravado, haciendo cada vez más intolerable todo tipo de opresión social, incluida por tanto la opresión «nacional»-, ¿cuáles son las tareas del proletariado de los países dominantes y cuáles las del proletariado de los países dominados? ¿Cómo podrá el proletariado de los países dominantes *mostrar* al proletariado de los países dominados que no es cómplice de la opresión nacional ejercida por su propia burguesía imperialista si no es luchando contra ella para que, en primer lugar, reconozca el derecho a la separación de la nación oprimida? Tomemos de nuevo el caso de la lucha por el aumento y la abolición de los salarios: ha habido y hay comunistas que están convencidos de que los proletarios no deben luchar por una reivindicación inmediata o el aumento de los salarios porque ello confirmaría el régimen capitalista de opresión salarial, mientras que deben luchar directamente y sólo por la reivindicación última, es decir, por la abolición de los salarios, lo que significa luchar directamente y sólo por el socialismo. Estos «comunistas» olvidan una de las enseñanzas marxistas fundamentales de la lucha proletaria

por la defensa inmediata de las condiciones de existencia: el resultado más importante de esta lucha no es el aumento de los salarios *per se*, o cualquier otra reivindicación inmediata, que la burguesía siempre puede retirar, sino la **solidaridad de clase** generada por esta lucha cuando se lleva a cabo con medios y métodos clasistas, de ahí la conciencia de formar parte de una clase que tiene el potencial y la fuerza para fijarse objetivos más elevados frente a una clase dominante que impone su dominación social mediante la violencia de la represión en defensa de intereses antagónicos a los proletarios: la conciencia, precisamente, de **antagonismo de clase**, en la que se apoya el partido de clase para educar al proletariado a luchar no sólo por reivindicaciones inmediatas, no sólo contra la competencia proletaria, sino por metas políticas más elevadas hasta la conquista revolucionaria del poder político central. Sin estos pasos materialmente obligatorios, dictados por las relaciones de poder existentes entre la clase burguesa dominante y la clase proletaria, el proletariado será siempre prisionero no sólo de la ideología burguesa, sino también de los métodos y medios políticos y sociales que la burguesía adopta y hace adoptar, de modo que los proletarios abandonan la perspectiva de clase y revolucionaria, o ni siquiera se acercan a considerarla, y abrazan la perspectiva democrática y reformista porque todo está dentro de la dominación de clase de la burguesía dominante.

### Para el internacionalismo proletario

El desarrollo del capitalismo después de la primera guerra imperialista mundial y, sobre todo, después de la segunda guerra imperialista mundial, ha superado en muchos países, antaño muy atrasados, la fase en la que económica y políticamente la revolución burguesa estaba a la orden del día y las respectivas burguesías tenían el papel de dirigir a las masas proletarias y campesinas en esta revolución. Pero en muchísimos casos las burguesías de las pequeñas naciones, de las nacionalidades oprimidas fueron *compradas* por las burguesías de las grandes naciones dominantes, o arrendadas a ellas, convirtiéndose de hecho en una fuerza opresora y represiva más sobre su propio proletariado, confirmando así la perspectiva de Lenin según la cual el proletariado debía tener su propia organización de clase y su propia perspectiva política de clase completamente independiente de cualquier otra fuerza social, interna y externa, y proseguirla codo con codo en la misma lucha emancipadora sólo con los proletariados de todos los demás países. Una perspectiva para la que nació la Internacional Comunista, destruida más tarde por la contrarrevolución estalinista.

Como comunistas revolucionarios defendemos el internacionalismo proletario, propagamos el internacionalismo proletario, y debemos demostrar con nuestro programa y nuestra política y táctica que damos al internacionalismo proletario una demostración práctica sobre todo con respecto a los proletarios de las naciones dominadas, de las naciones oprimidas. Como comunistas revolucionarios estamos en contra de la opresión de las pequeñas naciones ejercida por las grandes burguesías imperialistas y, al mismo tiempo, en contra de la estrechez de miras de las pequeñas naciones, de su aislamiento, de su particularismo; luchamos para que todo interés particular, por lo tanto incluso el interés nacional, se subordine al interés general del movimiento proletario mundial, a cuyo movimiento los proletarios de los países imperialistas están obligados a aportar la mayor contribución, precisamente porque forman parte de las naciones que dominan el mundo.

Estos conceptos son expresados claramente por Lenin, quien no deja de señalar que: «Lo importante *no es si una*

quincuagésima o una centésima parte de las pequeñas naciones serán liberadas antes de la revolución socialista, sino que lo importante es que el proletariado en la época imperialista, por razones objetivas, se ha dividido en dos campos internacionales, de los cuales el uno está corrompido por las migajas que caen de la mesa de la burguesía de las grandes potencias -entre otras cosas, también como resultado de la doble o triple explotación de las pequeñas naciones- y el otro no puede liberarse sin liberar a las pequeñas naciones, sin educar a las masas en el espíritu antichovinista, es decir, antianexionista, de la «autodeterminación»». Y he aquí su diatriba contra los comunistas de palabra revolucionarios internacionalistas, de hecho cómplices del imperialismo y de su política de opresión de las pequeñas naciones:

«La educación internacionalista de los trabajadores de los países dominantes debe tener necesariamente como centro de gravedad la propaganda y la defensa de la libertad de separación de los países oprimidos. De lo contrario **no hay** internacionalismo. Tenemos el derecho y la obligación de tratar de imperialista y de canalla a todo socialdemócrata [todo comunista, ed.]. Se trata de una reivindicación incondicional, aunque hasta el advenimiento del socialismo la separación sea posible y 'realizable' en un caso entre mil» (11). Y subrayamos tres veces: ¡es una reivindicación incondicional, aunque hasta el advenimiento del socialismo la separación sea posible y 'realizable' en un caso entre mil! Lenin habla del advenimiento del socialismo, que, como bien sabemos, concierne al movimiento proletario internacional, a la revolución mundial, a los países del mundo, y de un objetivo aún no alcanzado en ninguna parte; habla de la libertad de separación de los países oprimidos como una reivindicación **incondicional**, ¡una reivindicación que hay que apoyar aunque fuera realizable en un caso **entre mil!** Evidentemente, y Lenin sigue advirtiéndolo a todos los comunistas, porque el apoyo a la consigna de la libertad de separación, de la autodeterminación de un pueblo oprimido, debe estar siempre subordinado a la lucha *general* del proletariado por el socialismo y debe en todo caso calibrarse según una evaluación de la situación histórica de las condiciones *particulares* del país o países oprimidos en los que se reivindica la independencia, la libertad de separación, y si este objetivo es realizable o no mediante guerras o revoluciones. Por lo tanto, por encima de las particularidades de una nación tan pequeña, lo que debe guiar la actitud de los comunistas revolucionarios, del partido de clase, en esta cuestión es precisamente **el internacionalismo**, de ahí la lucha por unir a los proletarios de las naciones opresoras y oprimidas, lucha -como ya se ha dicho- con la que el proletariado de la nación opresora debe demostrar en los hechos que no es parte activa de la opresión nacional, ni indiferente a la opresión nacional que su propia burguesía ejerce sobre los pueblos más débiles.

### Las tareas de los proletarios en los países imperialistas

Aunque la gran fase de las luchas anticoloniales de los primeros treinta años después de la Segunda Guerra Mundial haya terminado, las cuestiones «nacionales» en muchas zonas del mundo siguen estando muy presentes y constituyen ciertamente un obstáculo para la afirmación de

la perspectiva de clase proletaria. La fuerza ideológica y política de la burguesía, condensada en la reivindicación de la independencia nacional y la democracia a través de la cual se engaña a todas las capas del pueblo haciéndoles creer que tienen la posibilidad de expresar sus necesidades y satisfacerlas apoyándose en las diversas instituciones democráticas, descansa en la fuerza económica del capitalismo nacional e internacional. Pero bajo el imperialismo capitalista, la democracia liberal ha perdido completamente su valor político; sin embargo, apoyándose en la fuerza económica y militar de las potencias imperialistas mundiales, sigue manteniendo su influencia ideológica engañando a las masas proletarias no sólo de los países imperialistas, sino también de los países oprimidos, de que puede eliminar o aliviar sustancialmente las diversas formas de opresión social mediante, precisamente, la negociación, el regateo, el «diálogo» civilizado y pacífico con el que es posible, según la burguesía, superar los desacuerdos más agudos y poner fin a las guerras. Durante cien años y más, la historia de los contrastes interburgueses se ha desarrollado a través de guerras comerciales, agudos contrastes políticos y guerras, lastrando sobre todo las condiciones de existencia de las masas proletarias, que tienden a empeorar cada vez más, lo que demuestra que ningún diálogo entre clases 'resuelve' las contradicciones sociales y ningún diálogo entre Estados anula o reduce sustancialmente las fricciones y contrastes que el propio desarrollo del capitalismo genera continuamente.

Esta es una razón *más*, y no menos, por la que los proletarios de los países imperialistas -que, voluntaria o involuntariamente, disfrutan, aunque sólo sean las migajas, de la opresión cada vez más ciega y violenta que ejercen sus propias burguesías imperialistas sobre los países más débiles- *deben demostrar* a los proletarios de los países más débiles y de las nacionalidades oprimidas que están del lado de los oprimidos, luchar por el fin de las formas de opresión de sus propias burguesías imperialistas, empezando por las más intolerables como la opresión nacional, que es, junto con la opresión religiosa y la ejercida contra las mujeres, de las más profundamente arraigadas en la larga historia de las sociedades divididas en clases.

Sostener, pues, que la clase obrera ya no debe ocuparse, hoy, de la cuestión «nacional» -por tanto, de la *política* inmediata- es lo mismo, como afirmaba Marx en 1870, escribiendo a Paul y Laura Lafargue (12), que negar que deba ocuparse de la cuestión salarial, a la manera de los viejos socialistas, con el pretexto de que «*queréis abolir el trabajo asalariado. Luchar con los capitalistas sobre el nivel de los salarios sería reconocer el sistema salarial*». Lo que no se entiende aquí es que «*todo movimiento de clase, en tanto que movimiento de clase, es y siempre ha sido necesariamente un movimiento político*». Preocuparse por *la política*, para los comunistas, para los marxistas, significa considerar la realidad dialéctica sobre toda cuestión relativa a la sociedad, que es una realidad contradictoria que se desarrolla, como recuerda Lenin, a saltos, de manera catastrófica, revolucionaria, por tanto no lineal, no gradual, no rectilínea. Así como a partir de la lucha económica defensiva inmediata el proletariado no desarrolla su movimiento de forma gradual, lineal, en la lucha en el plano político de *clase* general, sino que lo hace en la medida en que, en el enfrentamiento con la burguesía y a través de la intervención e influencia decisiva del partido de clase en su movimiento, adquiere la perspectiva de ruptura social y revolucionaria como su única perspectiva de desarrollo histórico, así en la lucha en el plano *político inmediato*, por reivindicaciones políticas que no sean absolutamente incompatibles con el sistema político burgués -desde los derechos a organizarse en sindicatos los partidos políticos,

(11) *Ibidem*, pp.341-344.

(12) Véase K. Marx a Paul y Laura Lafargue, Londres, 19 de abril de 1870, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1976.

el derecho de reunión y manifestación, el derecho de huelga, el derecho a la prensa, el derecho a la autodeterminación de los pueblos y su separación en Estados independientes (derechos que en determinadas coyunturas históricas pueden incluso conquistarse sin violentos enfrentamientos de clase), el proletariado tiene todo el interés en eliminar del terreno de su lucha de *clase* todos los obstáculos ideológicos y políticos que la burguesía construye a propósito para desviar, debilitar, paralizar y aniquilar su movimiento de clase. Y no cabe duda de que la cuestión «nacional», precisamente a causa de la opresión específica que siguen ejerciendo las burguesías más poderosas, constituye aún hoy un enorme obstáculo para la reanudación y el desarrollo de la lucha de clase del proletariado, tanto en los países capitalistas más débiles como en los países imperialistas.

El salto de la lucha inmediata, económica y política a nivel de empresa y nacional, a la lucha política de *clase*, por tanto general y a nivel supranacional y mundial, no se produce sino en correspondencia con una profunda **ruptura social** que puede proporcionar no sólo la lucha por la defensa económica llevada a cabo con los medios y métodos de la lucha de clases (por tanto incompatible con la paz social y la colaboración interclasista) sino el desarrollo de la lucha política encaminada a la unificación de la clase proletaria por encima no sólo de categorías, sectores, géneros y edades, sino también de nacionalidades y fronteras en las que cada Estado burgués hace todo lo posible por aprisionar a sus proletarios. Luchar contra la opresión nacional de los países dominantes significa también luchar desde la perspectiva de la unificación de los proletarios de cada país contra la dominación de cada burguesía individual y de las burguesías unidas en la lucha contra los proletarios del mundo entero.

El objetivo histórico revolucionario del proletariado no es sustituir el Estado burgués, una vez derrocado, por otro Estado de clase, sino eliminar de la faz de la tierra toda división social en clases, por tanto todo Estado, toda fuerza armada erigida para defender a la clase dominante, todo privilegio de clase, toda opresión. Pero para llegar a ello, no en un solo país, lo que no es históricamente posible, sino a escala internacional, el proletariado debe dirigir la lucha revolucionaria durante un período no breve, unido a los proletariados de otros países -dominantes y oprimidos- con los que imponer su dominación de clase, su dictadura de clase, para poder intervenir con toda una serie de medidas políticas, económicas y sociales encaminadas a la transformación económica y social de toda la sociedad humana combatiendo con decisión la resistencia que las clases burguesas y pequeñoburguesas opondrán inevitable y violentamente a su desaparición.

La tesis marxista afirma que la preparación revolucionaria, la dirección de la revolución y el ejercicio de la dictadura del proletariado deben tener lugar bajo la dirección del partido de clase, el partido comunista revolucionario, máximo órgano revolucionario encargado históricamente de estas tareas. Y parte de esa preparación revolucionaria es la aplicación de una táctica política que considere las cuestiones sociales no resueltas por la burguesía -como, por ejemplo, la cuestión nacional para los pueblos oprimidos- como cuestiones para dar una dirección a la lucha revolucionaria del proletariado que promueva la unidad de los proletarios de las naciones dominantes y oprimidas.

El partido de clase -y la historia de las luchas de clases, revoluciones y contrarrevoluciones así lo demuestra- no posee la varita mágica con la que levantar al proletariado de un país concreto o de todos los países en un único movimiento revolucionario mundial; el partido de clase del proletariado no es un aprendiz de brujo como lo ha sido la burguesía respecto al desarrollo incontrolado de las fuerzas productivas en su sistema económico. Tendrá que dirigir la lucha

anticapitalista y antiburguesa en todas las esferas y en todas las cuestiones sociales que la sociedad burguesa no ha resuelto, no ha podido y no podrá resolver dadas las contradicciones congénitas de su sistema económico y social.

Y si fuera necesario, en interés de la dictadura proletaria conquistada en un país dado -como ocurrió en Rusia durante los años de la revolución bolchevique dirigida por Lenin-, demostrar a los proletarios de las naciones oprimidas todavía influenciados por sus respectivas burguesías que la autodeterminación de los pueblos no era una promesa falsa, sino una promesa que la dictadura proletaria (por oposición a la dictadura burguesa) cumplirá concretamente, no se impedirá la separación nacional. Lo cierto es que, junto a esa promesa, los comunistas revolucionarios pertenecientes a esa nación no dejaron de hacer propaganda entre las masas proletarias de la necesidad de su preparación y organización política independiente de cualquier otra fuerza social; que seguirían luchando junto al proletariado contra la burguesía con el mismo objetivo que los proletarios de otros países: derrocar el poder burgués, aunque acabara de establecerse con su propia contribución, y establecer su propia dictadura de clase junto a la dictadura proletaria que ya pudiera estar en marcha en otros países. El ejemplo lo dio la «doble revolución» en Rusia: por un lado el gobierno de Kerensky y sus partidarios (burguesía rusa, europeos, guardias blancos y oportunistas) y por otro los Soviets de los obreros, soldados y campesinos pobres bajo la dirección del partido bolchevique, se disputaban la victoria contra el zarismo; el gobierno burgués de Kerensky se detuvo en la *etapa nacional burguesa*, por supuesto, y continuaría la guerra imperialista iniciada por el zarismo; el proletariado, dirigido por los bolcheviques, estaba dispuesto a llevar la revolución mucho más lejos y luchó contra el gobierno burgués para establecer su propia dictadura de clase, poniendo fin a la guerra imperialista y trabajando por la revolución proletaria *internacional*. Lo importante aún hoy, aunque la cuestión de la «doble revolución» ya no está en el orden del día en los mismos términos que después de la primera y segunda guerras imperialistas, es no ocultar el hecho de que los proletarios de las naciones oprimidas siguen sufriendo un condicionamiento ideológico y político muy fuerte por parte de sus propias clases burguesas y tienden a ver a los proletarios de los países opresores también como sus enemigos. Hasta que no se aclare esta situación, hasta que los proletarios del país opresor no rompan drásticamente con su propia burguesía, independizándose organizativa y políticamente de ella, será casi imposible que los proletarios de las naciones oprimidas triunfen allí donde los proletarios de los países opresores han fracasado.

Y aquí reside la grave responsabilidad de los proletarios de los países imperialistas, de los países opresores. Mientras no rompan con la colaboración de clase con sus propias burguesías, seguirán pareciendo y siendo cómplices de la opresión y, por tanto, de las masacres ordenadas por estas burguesías con el único fin de imponer su dominación tanto sobre las masas de las naciones oprimidas como sobre las masas proletarias autóctonas. Por eso, para la burguesía israelí y las burguesías árabes que comparten con ella el miedo al estallido de la **lucha de clases** cuyo principal protagonista podría ser el proletariado palestino, los proletarios palestinos son el blanco preferido de toda opresión, de todas las masacres. No es a Hamás a quien la burguesía israelí, por boca de Netanyahu, quiere realmente eliminar: ha utilizado a Hamás contra la ANP en años anteriores, y puede volver a hacerlo en el futuro, aunque cambie de siglas, porque su objetivo es dividir a los proletarios palestinos, enfrentarlos entre sí, enfrentar a los proletarios palestinos con los demás proletarios árabes y,

sobre todo, alejarlos de la posibilidad -que hoy en verdad parece remota- de contagiar su lucha al proletariado israelí, al proletariado árabe-israelí en particular, aumentando así el potencial de la lucha de clases al contagiar también a los proletarios de los demás Estados árabes.

Hoy no podemos saber en qué país, o países, las condiciones objetivas y subjetivas estarán maduras para que la revolución proletaria no sólo estalle, sino que llegue victoriosa hasta el final. Pero los comunistas revolucionarios, en la reconstitución vital del partido de clase sin el cual ningún movimiento proletario revolucionario tendrá futuro, no pueden ni deben eludir ninguna cuestión política que la sociedad burguesa plantee en el terreno social de las relaciones capitalistas de producción y de fuerza. Y como demuestran las guerras y los enfrentamientos armados que han salpicado los últimos cien años, enfrentando a los grandes países imperialistas con la multitud de pequeños países oprimidos de este mundo capitalista, la cuestión «nacional» sigue siendo una cuestión política a la que no se puede dar una respuesta del tipo: el imperialismo ha vencido, por lo tanto ya no debemos ocuparnos de cuestiones políticas inmediatas como éstas; ocupémonos de la gran cuestión política de la revolución proletaria mundial...

El partido de clase es la conciencia histórica de la lucha de clases del proletariado internacional, es el órgano guía que une dialécticamente la conciencia de clase y la voluntad revolucionaria, sin la cual el proletariado de cualquier país del mundo, aunque luche denodadamente contra las clases dominantes que lo oprimen, tanto en el plano económico inmediato como en el plano político-militar más amplio, nunca logrará transformarse de clase para el *capital* en clase **para sí mismo**, en clase revolucionaria. En el atormentado y accidentado camino hacia la revolución proletaria mundial, los problemas económicos, sociales y políticos inmediatos no desaparecen, sino que insisten con peso y fuerza cada

vez mayores, tendiendo a paralizar y disgregar la lucha proletaria desde su base material: la lucha de resistencia a la presión capitalista, la lucha de defensa económica inmediata que, si se lleva a cabo con medios y métodos clasistas, representa la base misma de la lucha política revolucionaria potencial. Es en el terreno de la lucha de defensa económica y política inmediata donde el proletariado pone a prueba su fuerza, su solidaridad de clase y se organiza independientemente de la burguesía y de cualquier otra fuerza de conservación social (en primer lugar las fuerzas oportunistas); que el proletariado, por un lado ponga a prueba su capacidad de aguante en el enfrentamiento con la burguesía dominante más allá de las batallas derrotadas, por otro lado tenga la oportunidad de conocer al partido de clase, sus indicaciones, su programa, su voluntad de desarrollar la lucha de clases en el terreno inmediato y unificar a los proletarios combatiendo la competencia entre ellos, su dedicación a la causa histórica de la clase proletaria sin perder nunca los objetivos finales de la lucha proletaria mientras combate junto a los proletarios en la lucha diaria de resistencia al capitalismo. Ay del partido de clase que abrace la idea de facilitar su tarea revolucionaria saltándose la larga fase de los combates en el terreno inmediato que no son sólo económicos y sindicales sino también políticos, como en la cuestión de la opresión nacional y de un internacionalismo que, para no quedarse en una palabra vacía, debe concretarse en acciones y direcciones para las que no hay que inventar una nueva política, una nueva táctica: basta con seguir a Marx, Engels, Lenin y, quisiéramos añadir, Bordiga como ejemplos de intransigencia teórica de la que se derivan indicaciones políticas y tácticas que van a confirmar el marxismo luchando contra toda actualización, toda innovación, toda adaptación a situaciones particulares...

# EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):**

1. En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2. Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3. El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4. El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5. Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6. Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7. Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8. En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9. Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10. El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11. La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

